

25

CÁRLOS Y ELVIRA.

Enrrique Domenech

9596
Fey 1847

UNIVERSITY OF TORONTO

247-1387

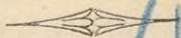
CÁRLOS Y ELVIRA.

NOVELA ORIGINAL

DE 25

ENRIQUE DOMENECH.

9596



(May 1847)

MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE R. VICENTE.

Preciados, 74, bajo.

1865.

CARLOS Y JAVIERA

ENRIQUE DOMENICH

MADRID

PRÓLOGO.

I.

El año de 1808, estaba en su principio.

Una perfidia diplomática habia robado nuestro Rey y una traicion villana y encubierta habia llenado de soldados extranjeros nuestro país.

Cualquiera que conozca los nobles y generosos sentimientos de los españoles, comprenderá el efecto que estos sucesos causarían. Amantes cual ninguno del espíritu de nacionalidad, engraidos con su poder pasado y sus victorias, y entusiastas hasta el extremo por sus monarcas

á quienes han mirado siempre con religioso respeto y paternal cariño, ni podian contemplar impasibles la venida de aquellos intrusos, alucinados por los laureles adquiridos en pueblos que no eran España, ni podian tampoco permitir que engañaran y prendieran al monarca favorito, al predilecto Fernando, que era el ídolo de aquel pueblo altivo y generoso por mas que él luego no lo supiera recompensar.

Carlos IV habia abdicado su corona en su hijo; este fué preso por una astucia del *conquistador*, y aquel, en vista de esto, reclamó y quiso anular una abdicacion tan perjudicial en aquellos momentos.

Pero era tarde. Tras la horrible carnicería del memorable dia Dos de Mayo, entró José I en Madrid, ufano por poder alcanzar al fin la realidad de su sueño dorado, mas al ver que el carácter español, no era sin duda como él se lo habia imaginado, tuvo que retirarse corrido y avergonzado.

Tras éste, vino poco despues Napoleon, el que tambien se engañó quizás, al conocer pal-

pablemente que este pueblo sabia recordar los tiempos gloriosos, de Sagunto en la inmortal Zaragoza, y los de Numancia, en Madrid.

Todos los generales del nuevo Alejandro, al invadir nuestras fértiles y ricas provincias, dominados por el vértigo de la ambicion y la avaricia, atacaban los templos, violaban el religioso asilo de los cláustros, el modesto de los habitantes en general y robaban en esta devastacion cuanto encontraban al paso, incendiando cruelmente lo demás.

Esto no podia quedar impune, y cuando el ejército francés llegó á los muros de Zaragoza, engreido por su gran número y fama de conquistador, todos los nobles aragoneses se aprestaron á las armas: ancianos y juvenes; mujeres y niños, aun cuando estos últimos no sirvieran mas que para dar á sus padres los cartuchos ya rotos, facilitando de esta suerte el mayor número de disparos en un instante dado.

Un entusiasmo indefinible reinaba en los ánimos, y todos se conceptuaban dichosos por morir peleando por su nacion y bajo una bande-

ra que ondulaba orgullosa al viento con el lema.

REY, PATRIA Y LIBERTAD.

Un día, pues, en que el pueblo zaragozano, estaba todo en las murallas defendiendo con una bravura sin igual sus derechos, su nacionalidad y su independencia, en una casa de la calle de San Jaime, hoy Jaime I, sucedía una escena en extremo tierna y que hacía ver una vez más el entusiasmo de que estaban poseídos los heroicos aragoneses.

Era una reducida pieza. En un extremo había una mesa y sobre ella varios libros y un crucifijo. En frente de la mesa una silla de brazos y allá en otro término, y como puesta accidentalmente, una cuna y en ella una niña como de unos diez ó doce meses, que en el momento que la presentamos á nuestros lectores, acababa de despertar y estaba llorando.

Era de noche y la opaca luz de un velon colocado sobre la mesa, prestaba una triste claridad á aquel lugar.

Una mujer lloraba amargamente abrazada á

las rodillas de un hombre alto, moreno, fornido, de mirada fija y dominante, de espresion dura y altiva y que sin embargo lloraba tambien.

Tras estos dos personajes y como envolviéndoles en un abrazo y en una bendicion, habia un anciano de venerable aspecto, que vestia el traje de los exclaustrados, por cuyas mejillas corrían igualmente copiosas lágrimas.

La niña, hija de la mujer que estaba arrodillada, seguia llorando.

El hombre á cuyos piés sollozaba aquella desconsolada madre, correspondia á la nobleza zaragozana; llevaba un trabuco en la mano, y su pecho y cintura, estaba adornado con todos los utensilios correspondientes á aquella mortífera arma, que, á pesar de su valor y su aparente dureza de carácter, no podia sostener.

—Teresa,—dijo este por fin despues de haberse dominado algun tanto.—¿Eres tú por ventura aquella que poco hace quería tambien salir al muro y hacer fuego á nuestro odioso enemigo? Eres tú la mujer que por sus venas corre

sangre española y que debe preferir mil veces la muerte de su marido, de su hija, de ella misma, al triunfo de esos malvados, que, si un día entráran en nuestra ciudad, la habian de incendiar toda, vosotras las mujeres habiais de servir de satisfaccion á sus brutales y lascivos deseos, y por fin, vuestros hijos más queridos, de espectáculo repugnante y sangriento al rasgarles las entrañas, estirarles los tendones y celebrar con risas y sarcasmos los ayes de aquellas inocentes víctimas y el terrible estertor de la agonía?.... Vive Dios que me enoja el que olvides ni un instante que te debes y nos debemos todos á la España y que se ha de morir por ella.—Ademas, el enemigo está todavía á larga distancia y no nos puede ofender directamente; y por lo tanto, no hay que temer por ahora ningun peligro. Ya en breve se cansarán, y cuando conozcan que los nobles españoles no ceden sin perecer antes, se retirarán, desistirán de su temerario empeño, y entonces volveré á tu regazo, recibiré de nuevo la sonrisa de ese ángel, y habiendo defendido á mi patria, orgu-

llosos por haber cumplido con nuestro deber, seremos felices.

—Sí, hijo mio—esclamó entonces el anciano—Dios, con su omnipotente diestra, os guiará al camino de la victoria, á la que llegareis sin lesion alguna. Él velará por vosotros, porque jamás olvida á los suyos..... No os arredre el recuerdo de los padres, de las esposas ni de los hijos: son objetos que llegan al corazon, pero que se deben posponer á la causa de la libertad. La paz de los cláustros se ha turbado; las cenizas de los muertos se han esparecido ignominiosamente; las imágenes han sido destrozadas; sus joyas, robadas; nuestro rey, encarcelado con engaño; nuestro honor, avasallado; nuestra libertad, encadenada; todos nuestros derechos, en fin, hollados, perdidos y pisoteados. ¿Y habíamos de dejar impune tanto insulto?... No: á las armas. Harto siento que mis años no me permitan empuñar un fusil é ir á la muralla. Pero te ayudaré no obstante. Rogaré al Eterno de continuo que la victoria corone nuestra obra, satisfaciendo nuestros de-

seos, y entonces volverás al hogar y abrazarás á tu esposa, que, muy lejos de llorar por tu partida, debe ansiarla, porque en las filas falta un valiente..... un valiente que no perecerá, no; la Providencia velará por él. Anda, anda; pon tu confianza en Dios, y él nos salvará.

—En ello confío—esclamó aquel noble aragonés á quien llamaremos Rafael—la nobleza de la causa me infunde valor y confianza. A la lid, pues..... y vos, padre mio, cuidad de Teresa..... velad por Rafaelita.....

—¡Rafael!.... ¡Rafael!.... esclamaba Teresa con angustiosa desesperacion.

—Yo te prometo velar siempre por ellas—contestó el anciano.

—Echadme, pues, la bendicion que fortalezca mi espiritu.

Rafael descubrió su cabeza y se arrodilló; Teresa se dominó por un momento y enjugó sus lágrimas; la pequeña Rafaela, como uniéndose á la religiosidad de aquel imponente acto, cesó tambien de llorar y se durmió de nuevo.

—El Señor en su alta omnipotencia—esclamó

el anciano estendiendo las manos sobre las cabezas de Rafael y Teresa—se digne daros acierto y bendeciros como yo lo hago en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—*Amen*—esclamaron conmovidos los tres personajes de esta escena.

Rafael se levantó, se dirigió á la cuna, dió dos besos á la niña, y, desasiéndose con fuerza hercúlea de los brazos de Teresa, se dirigió á la puerta y desapareció, diciendo conmovido y con voz apagada:

—Adios.

Teresa salió á una ventana para verle alejarse, cosa que era bastante difícil, atendido á la oscuridad de la noche, y luego volvió al lado del anciano que se habia sentado á leer.

Leia la Biblia, libro que, como decia el ilustre orientalista Jones, contiene más elocuencia, más verdades históricas, más moralidad, más riqueza poética, y, en suma, más bellezas de todas clases, que se pueden hallar en todos los libros juntos, sea cualquiera el siglo y el idioma en que hayan sido compuestos.

Inútil es decir las preguntas con que Teresa abrumó al pobre anciano sobre los sucesos de entonces y sobre el peligro que pudiera amenazar á Rafael.

El anciano, que se llamaba Raimundo, y que era un hombre que no obstante que vestía el sayal del penitente, conservaba en el mundo afecciones, sentía latir el corazón como un hombre de sociedad, y como si estuviera ligado á ella por lazos más fuertes que los de la religion y los de la caridad; contestaba á aquellas preguntas satisfactoriamente y envolvía á Teresa en un mar bonancible de esperanzas, mientras él era combatido por ideas que le hacían temblar y temer por la suerte de Rafael.

Raimundo había amado en el mundo á una jóven por quien hubiera dado cien vidas si las tuviera: era amado por ella y una felicidad infinita le sonreía. Mas estaba decretado por quien todo lo rige, que no se realizasen sus ensueños, y la tierna prometida bajó al sepulcro en el mismo dia en que debieran haberse unido ante el ara del Señor.

Gran golpe habia sido ésto para el infeliz Raimundo, y no pudiendo encontrar ya en el mundo la dicha apetecida, é inspirándole todo horror, determinó ir á buscar la paz del corazon en la soledad de un claustro, al abrigo de las intrigas y pasiones mundanas, y al efecto tomó el hábito de los Benedictinos.

Largos años estuvo combatiendo entre el amor que profesaba á su malograda amante y el que debiera profesar á Dios; largos años pasó en el claustro dedicado á la meditacion y penitencia, y siempre la imágen de su amada, los suspiros de amor, los ósculos de felicidad, venian á herir su imaginacion para hacerle desesperar y quejarse sacrílegamente de aquel suceso que le habia hecho desgraciado, obligándole á redoblar los ayunos para ahuyentar de sí las ideas que le apartaban del Dios único, á quien estaba consagrado.

El hacha incendiaria recorrió luego los vastos dominios de España; la sombra de la destruccion se estendió por todas partes, y bajo la piqueta de quien nada respetó, se desplomaron

algunos conventos, que si bien algo infeccionados ya por el abuso que creció despues y obligó á hacer general la medida, eran no obstante muchos de ellos, al par que retirado albergue de hombres justos y estudiosos, museos de riquezas y preciosidades artisticas que debieran haberse respetado y librado del saqueo y lastimoso desprecio del arte.

Uno de estos conventos que desaparecieron fué el en que estaba acogido Raimundo, y éste como todos sus demas compañeros, tuvieron que buscar refugio en otra parte, huyendo de la muerte que amenazaba á los que caian en manos de los destructores.

Raimundo, pues, salió al mundo de nuevo; pero no encontró en él nada de lo que dejó: la impasible mano del tiempo lo habia ido agostando todo: padres, hermanos, parientes, amigos, todos habian desaparecido.

No obstante, habia alguno que se acordaba de él, y, tendiéndole una mano de amigo y de protector, le amparó en su casa.

Este protector, este amigo, este hombre que

no confundia, como hacen muchos, la voz *libertad* con la *deirreligiosidad*, que comprendia que en aquella cabia y hasta era necesario, el amor y la caridad, era Rafael.

Se comprenderá ahora, pues, el cariño, el interés que Raimundo podia tener por el bienestar de aquel hombre, y con él el de toda su familia, que era tambien la suya. Le habian dispensado toda clase de favores, y no podia manifestarles su agradecimiento mas que profesándoles un cariño paternal y procurando por cuantos medios estaban á su alcance, hacerse digno de aquel honrado proceder. Él consideraba á Rafael y á Teresa como hijos y estos le consideraban á él como padre.

Largo rato trascurrió hablando, y la impaciencia crecia de punto á medida que las horas pasaban y los tiros se oian con mas frecuencia.

Por fin sonó á la puerta un aldabazo.

El anciano corrió á la ventana, y preguntó.

—¡Rafael!.....

—Abridme, padre mio—esclamó éste desde fuera.

Teresa se precipitó á la puerta, y abrió. Grande fué la alegría de estos tres seres al estrecharse de nuevo.... pero no pudieron dar rienda suelta á su contento.

Rafael venia con otro, y éste estaba herido. Era un francés que en un pequeño destacamento se acercó á la ciudad, y empeñando un reñido combate personal, cayó herido, y al pasar Rafael por su lado, exclamó:

—¡Por compasion; sed español!

Rafael, al oir invocar la nobleza española, y que decia «sed español,» como queriendo indicar que usase de la generosidad habitual en los españoles, se inclinó al suelo, le levantó, y con gran peligro de ser tenido por traidor á la patria y haber perecido á manos de sus compañeros, le llevó á su casa, y encargó su curacion y cuidado.

Aquel generoso héroe volvió al lado de los suyos, y Raimundo y Teresa prodigaron al herido toda clase de consuelos, curándole y atendiendo con el mayor esmero á sus más pequeñas necesidades.

Pasaron algunos dias; el conflicto general cesó, y el herido se restableció. No obstante, seguia sin salir á la calle, porque, de hacerlo, le hubiera costado la vida: ¡tan perseguidos estaban los habitantes de allende el Pirineo!

Todos le prodigaban las mayores muestras de amistad y de cariño, y Rafael se sentia cada dia mas contento por haber salvado á aquel hombre que él decia *era una escepcion de la regla* porque parecia un buen amigo, agradecido, leal y virtuoso.

En las largas veladas del invierno, el religioso se ponía á leer libros sagrados, y él al lado á escuchar con fervorosa atencion. Teresa hacia lo mismo, y aun Rafael cuando estaba en casa, no se desdeñaba de acercarse una silla y escuchar los ejemplos y preceptos de la *Biblia*, la vida de algun Santo en el *Año cristiano*, ó alguna reflexion de moral de Fray Luis de Gra-

nada, Fray Luis de Leon, y otros respetables escritores eclesiásticos.

Una noche, el cielo estaba encapotado, y alguno que otro relámpago, seguido de un lejano trueno, surcaba el espacio. Rafael no estaba en casa, y Raimundo leía rodeado de Teresa, Luis (que así se llamaba el francés) y Elvira, que, en su cuna y durmiendo, estaba al lado de su cariñosa madre.

Todos escuchaban con religiosa atención, y ningún hecho particular vino á interrumpir la lectura; si bien algunas veces unos espantosos truenos hacian enmudecer y paralizar la respiracion de todos, como para saludar á la tempestad que se habia declarado ya con toda su fuerza. Numerosos y encendidos relámpagos cruzaban el firmamento de continuo, y una pesada lluvia empezaba á caer, transformando las calles en caudalosos torrentes.

No obstante, el religioso, en los cortos momentos que se tomaba de descanso en la lectura, y en los que le hacia cesar la tormenta, observó que Luis, que se ponía los primeros días

al lado de Teresa, y que se cambiaban algunas frases, estaba colocado entonces enfrente de aquella; que entre ellos habia colocada una silla, y en ella, accidentalmente al parecer, un pañuelo blanco.

Á su penetracion y perspicacia no se le escapó una observacion y tras ella una sospecha, infundada quizás, pero que le hizo poner en guardia para evitar en todo caso una desgracia.

Siguió observando y vió que todas las noches se ponian del mismo modo: que Luis dejaba el pañuelo blanco encima de la silla, que luego lo tomaba Teresa, lo volvía á dejar más tarde, y, por fin, al ya retirarse, lo cogia Luis.

No habia ya duda que algo de particular mediaba entre los dos, y que aquellos cambios pudieran tener por objeto el comunicarse, ya que de dia no podian hacerlo, porque el disimulo lo exigia, y porque estaba siempre delante Raimundo, que velaba como un cuidadoso padre, y aun algunas veces Rafael.

Un terrible huracan bramaba, pues, sobre la cabeza de este noble aragonés, y era preciso conjurarlo.

Raimundo, antes que cerciorarse de la certeza de sus sospechas, principió por aconsejar á Rafael que, puesto que las circunstancias habian mejorado mucho y el herido estaba completamente restablecido, debia limitarse aquel favor y debia inventarse un medio, para que abandonára aquella casa hospitalaria.

Al escuchar esta proposicion, Rafael se alarmó; pero Raimundo que tenia gran imaginacion y mucho tacto, logró disuadirle de su idea y le apaciguó manifestando que el motivo que debia decidirle á hacer que Luis dejase su casa, era tan solo para evitar que cundiese la voz de que allí se albergaba un francés y le tomaran á él por un traidor. Rafael manifestó sentimiento por tener que despedir á un amigo tan intimo y tan leal, que demostraba en todas las ocasiones su agradecimiento, y, aunque conoció la verdad y la fuerza de las razones del religioso, no se atrevió á nombrar á Luis una palabra sobre

asunto tan desagradable para él y tan contrario á sus benéficos sentimientos.

Trascurrieron así algunos dias, y el mal iba en aumento.

Un dia, por fin, se decidió el religioso á dar al traste con las comunicaciones y salvar la comprometida reputacion de Rafael, y al efecto se puso á leer como de costumbre.

Una hora habria trascurrido, cuando se levantó Luis y se dispuso á salir de la estancia, como si algun negocio de gran importancia le llamára fuera.

Antes de salir, fué á coger el pañuelo blanco que Teresa habia dejado en la silla poco antes; pero Raimundo mirándole fijamente, y mas que á él, al pañuelo, dijo con cierto tono de imperio que contrastaba visiblemente con sus maneras humildes y afables:

—Mirad que ese pañuelo no es vuestro.

—¡Ah! perdonad, padre Raimundo—contestó Luis volviendo á dejar el pañuelo con una muestra de estrañeza y de disgusto—pero creí....

—No importa—interrumpió Teresa—es mio,

y el caballero Luis lo puede usar cuando guste. ¿No pensais del mismo modo, padre Raimundo?

—Sí, es verdad—replicó éste—pero esta noche se me ocurrió un versículo de la *Biblia*, en que dice: «no usarás sino lo que es tuyo.»

—Segun eso—añadió Luis amostazado—nada podré usar en esta casa, porque nada me pertenece. Fui recogido herido, y destrozado; me salvaron de la vida; me alimentaron; me vistieron, y, segun vuestro parecer, no podré usar ni de esa vida miserable que arrastro, ni de estos vestidos, ni de los alimentos que nutren mi debilitado cuerpo.....

—Sí, los podeis usar y aprovecharos de ellos, pero destinándolo todo al agradecimiento, no á la infamia.....

—¡Qué decís!.....

Raimundo no podia añadir una palabra mas.

El tenía tan solo sospechas, y el terreno en que iba á entrar era muy resbaladizo y muy comprometido si no salian ciertos sus temores.

Así, pues, se limitó á añadir:

—No quiero adelantar más mis consejos; aprovechaos de mis palabras, que hoy no son más que una pura advertencia y una observación, y marchad donde íbais. Yo seguiré leyendo.

Luis se dispuso á salir, cogiendo de nuevo el pañuelo.

—Pero el pañuelo se queda aquí—agregó luego el anciano con una espresion de autoridad sorprendente.

—El pañuelo!....—replicó Luis.

—Se queda aquí—afirmó Raimundo con un tono cada vez más imperioso, y con una voz sonora y revestida de una energía respetable.

Luis dejó el pañuelo sin saber á qué atribuir aquella exigencia; Teresa se apresuró á cojerlo, aun antes que aquel lo dejara; pero Raimundo se adelantó, é, interponiéndose entre las dos manos, lo arrancó con violencia de entrambas, y se lo guardó.

Teresa se sobresaltó y Luis salió cada vez más asombrado, temiendo que aquello fuera origen de una imprudencia.

Raimundo se sentó, apoyó los codos sobre la mesa, permaneció inmóvil un momento, cerró el libro, se levantó, dió un paseo por la sala, se acercó á la puerta, miró á uno y otro lado, la entornó, se detuvo á escuchar, y volvió donde estaba Teresa de pié, inmóvil, pálida y siguiendo con su mirada los menores movimientos de Raimundo.

Allí se detuvo un instante contemplándola, y con una calma glacial exclamó:

—Ya que hemos quedado solos, vamos á ver qué contiene este pañuelo misterioso que tanto interesaba á Luis, y tanto empeño tenias tú por que se lo llevara.

Y sacó de su bolsillo el pañuelo, disponiéndose á desplegarle.

—¡Ah! no, no—esclamó Teresa arrojándose sobre Raimundo—eso no.

Este sin moverse apenas, no obstante la fuerza que hacia Teresa por arrancarle aquel lienzo fatal, lo desplegó con aplomo y sangre fría y encontró una punta atada.

Teresa redoblaba sus esfuerzos suplicando.

—¡Por Dios, eso no, eso no!
 Raimundo siguió impávido, deshizo el nudo,
 y sacó de él un papelito diminutamente do-
 blado.

—¡Un papel! —esclamó con cierta sonrisita
 irónica.

—¡Ah! dádme lo, dádme lo—esclamó deses-
 perada Teresa—ese papel no os pertenece....

¡Oh! ¡sois muy cruel!....

El anciano permaneció impasible y desple-
 gando también aquel papel, leyó:

—«Inolvidable Luis.»

—¡Ah! ¡no leáis, no leáis, por compasión, por
 Dios, por la memoria de vuestros padres, por
 lo más sagrado que haya en el mundo!....

Y se arrojó á los piés del Benedictino, que,
 trémulo, con los ojos centellantes, inmóvil, re-
 vestido de una majestad imponente y con el
 billete en la mano, exclamó:

—¡Con que no quieres que lo lea y me lo su-
 plicas de rodillas! ¡Con que este papel está diri-
 gido á Luis, extranjero miserable que se le
 recoge y se le salva la vida para que luego siem-

bre el baldon en casa de su protector!.... ¡Y me demandas compasion!.... ¡Has invocado ese nombre en favor del infeliz de Rafael al conocer que le arrebatabas la joya más preciada del mundo, su único escudo, su gloria, su ambicion, el honor, en fin?

—¡Ah! Sí, yo he sido una ingrata; me he olvidado por un momento del amor que me profesaba Rafael y he dado oidos á la pasion de Luis; pero no leais ese papel que en un instante de locura escribí.

—¡Es un pacto!

—¡Soy muy desgraciada; tened compasion de mí; yo no miraré más á ese hombre; yo le despreciaré, le aborreceré, volveré al amor de Rafael, á la vida de una casada; permaneceré pura, puesto que aun lo soy; pero quemad esa carta, hacedla desaparecer.

—La quemaré, pero júrame hacer cuanto te diga.

—Lo juro—contestó Teresa con resolucion y como entreviendo la esperanza de salvarse de aquel contratiempo, que afortunadamente ve-

nian á detenerla en la fatal y temible pendiente del vicio y del abismo.

—Pues bien—continuó Raimundo—has de decir á ese hombre que alegue un motivo cualquiera y que abandone Zaragoza; y en seguida, sin necesidad que Rafael conozca nada, te dedicas á su amor, que es el más digno de la tierra, y al que te debes toda entera, por tí, por él y por esa niña que te acusaría siempre si labraras su desventura.

—Lo haré así, padre mio,—contestó con resolución Teresa.

—¿Lo harás?—insistió Raimundo.

—Lo juro—afirmó aquella.

—Pues en ese caso, quemó la carta y olvidemos lo pasado.

Dijo, y aplicó el papel á la luz.

—No tal,—esclamó Rafael entrando en aquel momento y apartando de la llama con mano fuerte la trémula del atónito anciano.

Rafael habia llegado pocos momentos antes y como al pisar el humbral de la puerta oyese un diálogo extraño entre el esclaustrado y su esposa,

se detuvo y escuchó desde el momento en que el anciano dijo:

—La quemaré, pero júrame hacer cuanto te diga.

Oyó todo lo que se dijo despues; pero no entendió lo que se habia dicho antes é ignoraba por lo tanto que la culpa que pudiera haber por parte de Teresa, se debia perdonar desde luego que por uno de esos prodigiosos avisos de la conciencia se purifica el alma y el arrepentimiento viene á embellecer el afligido ánimo del culpable.

Rafael no vió mas que su mujer era delincuente, y, desgraciadamente, no pudo escuchar más, ni tal vez le hubiera servido de nada en su atribulada y confusa imaginacion.

Dominado por el vértigo de la ira y la desesperacion, tuvo el valor suficiente para escuchar sin darse á conocer hasta que aquel escrito fatal iba á desaparecer presa de las llamas.

Entonces, trémulo de coraje, crispados los puños, inyectados los ojos en sangre, espeluznado todo, contraido el rostro, se interpuso entre la luz y el religioso, y arrebató á éste aquel documen-

to, que á haber desaparecido un momento más pronto, Rafael hubiera ignorado lo ocurrido y la felicidad hubiera seguido sonriendo á aquel matrimonio tan dichoso poco antes.

Es difícil describir la escena que siguió á esta inesperada aparición.

Teresa dió un grito y cayó desmayada; Raimundo antes que acudir á auxiliarla, salió á avisar á Luis para que se pusiera en salvo, cosa que hizo al momento apelando á la fuga; Rafael, impresa en su semblante su amarga desesperación, se puso á leer con una avidez extraordinaria aquel imprudente papel.

Cuando concluyó la lectura, el escrito se le escapó de la mano y cayó desplomado en una silla.

Cuando Raimundo volvió á entrar en la sala, estaba en este estado, y aprovechando estos momentos, se afanó por hacer recobrar el sentido á Teresa, antes que estallase la ira comprimida de su desventurado esposo.

Rafael, al pronto, cuando leyó el billete, nada vió, nada pensó: habia sido tan rudo el golpe,

que le habia privado de la facultad de pensar; mas poco á poco fué recobrando su inteligencia habitual y reflexionó.

Es imposible enumerar las diferentes ideas que cruzaron por su trastornada imaginacion.

Ver en un momento destruido el más brillante castillo que hombre alguno pudiera edificar. ¡Verse falto del amor de aquella mujer querida por quien hubiera arrostrado los más penosos sacrificios! ¡Conocer que este amor lo habia dedicado á un miserable extranjero que sin él hubiera perecido, dándole en premio de su abnegacion y generosidad, el baldon y la ignominia! ¡Verse deshonorado en fin!... Eran hechos que aun á la imaginacion mas obtusa la hacen comprender la inmensidad de aquella falta, obligando á que el corazon estalle hecho pedazos de ira y de coraje.

Ya en este caso, no se detiene á reflexionar si la culpa es completa; hay infidelidad en el corazon, y faltando éste, falta todo, moral ó materialmente.

Rafael lo comprendió así, y aunque por el

escrito no se podia deducir mas que existia el foco del mal, la pasion, pero no su desarrollo ni su complemento, él no entiende nada de esto, y solo ve manchado su honor por un hombre de quien esperaba un reconocimiento eterno, por un hombre que, avecindado casi en España, abandonó su adoptiva nacion y se puso á mandar un regimiento de los traidores intrusos; que demanda perdon, invocando la nobleza española; que se le concede y se le salva, y se le cura y se le rodea de todas las comodidades posibles, y premia tanto favor con una infamia.

Al entender esto, rechaza cuantas ideas se agolpan á su imaginacion. No ve los momentos de amor y felicidad que fugaces habian endulzado su existencia, no recuerda las caricias de su esposa, ni piensa tampoco en las dulces sonrisas de su hija, que, sin sospechar que su nombre se estaba jugando á un terrible albur, dormia con esa tranquilidad que se supone á los ángeles y con la cual habia visto dormir muchas veces á Teresa, enviándole entre sueños una plácida sonrisa ó un dulce beso de

amor. No ve más que su honor empañado, y era preciso volverle á su primer esplendor.

Para ello necesitaba sangre, sangre que regase el pavimento testigo de tal infamia, sangre que embotase la herida abierta en su corazón, y al efecto, desenvainando un precioso puñal de Albacete que llevaba pendiente en la cintura, se precipitó sobre Teresa, que aun seguía sin dar señales de vida.

Pero Raimundo, que con su escrutadora mirada habia ido siguiendo todas las variaciones de la fisonomía de Rafael, y habia previsto, por lo tanto, el desenlace de aquella cólera mal comprimida, había tomado en brazos á la tierna Rafaela, y al ver que aquel se arrojaba sobre su esposa para inmolarla á su furor, saciando así su sed de venganza, le presentó la niña, y exclamó:

—¡Rafael!.... ¡Tu hija!... ¡Perdon para la madre de tu hija!...

Rafael se detuvo, miró la niña que acababa de despertar y sonreía, dejó caer el puñal, cayó él en una silla, cogió á su hija en brazos, la cu-

bió de ardientes besos, y abundantes lágrimas de dolor y de amargura corrieron por sus abrasadas mejillas.

Mas, de repente, sus ojos brillan, un nuevo método de venganza cruza por su imaginacion; juzga que un ser inocente, infantil y noble no debe estar junto al vicio y la depravacion; se levanta, estrecha á su hija contra el pecho hasta hacerla llorar, y echa á correr desesperado, y esclamando:

—¡Venganza! ¡Venganza!

lino de ricas pesas; y á propósito, la traza
de color y de anagrama, corrieron por sus
saldas mejillas.

Mas de repente, sus ojos brillan, un nuevo
instinto de vergüenza cruzó por su imaginación,
¿qué que un ser humano, hombre y noble no
debe estar junto al vicio y la depravación, se
levantó, corrió a su hija contra el pecho para
hacerla llorar y oírle el correr despedido, y
señalando:

— ¡Vengas! ¡Vengas!

I.

Habian trascurrido veinte años.

España estaba tranquila, la alarma que habia cundido con motivo de los sucesos de 1808 habia desaparecido; la calma habia renacido en todo el territorio español; los talados campos volvian á producir; la crisis que habia producido la terrible hambre, se habia remediado tambien: la animacion habia vuelto á reinar, y de los escombros que habia dejado el hacha incendiaria y destructora del francés, brotaban nuevas granjas, nuevas casas de recreo.

Nos fijaremos en una de estas.

Como que á la entrada de aquellos mal aconsejados ilusos se elevaban todavia majestuosos castillos de la Edad Media, no era extraño ver luego reunidas en un mismo edificio la

severidad de aquella época, y la sencillez y elegancia del siglo XIX.

Los castillos que resistían al embate de las hordas francesas, eran luego reparados con la arquitectura moderna, y así es que el edificio ante el cual nos vamos á detener para seguir el hilo de nuestra historia, mirado por una parte, es una quinta ó casa de campo, y mirado por otra, es un castillo.

El castillo se eleva majestuosamente resguardado de fuertes torres y ennegrecidas paredes, sello indestructible del tiempo en que se fundó.

La quinta está construida sencillamente en la pendiente de una colina, rodeada de bellas praderas que convidan á solazarse al murmurio de los riachuelos que serpentean y se deslizan por entre las rosas y amarantos que embriagan con su aroma, é indican á su vista que la época en que está fundado aquel edificio modesto es muy diferente de la en que fué fundado el otro.

En el tiempo del primero, sus moradores no pensaban más que en la guerra: las caballerizas

estaban llenas de excelentes corceles que se cubrían con sus armaduras de brillante acero, que, unidas á las de que el ginete iba también cubierto, parecía formar una sola pieza de hierro como lo creyeron los araucanos: los salones, adornados con rusticidad y elegancia severa, estaban cubiertos de blasones, de armaduras, de escudos, cascos, lanzas, adargas, espadas y celadas: por doquier se veían puentes levantes, balaustradas de hierro, subterráneos, puertas secretas, encrucijadas, soldados y centinelas que recorrían sus puestos y acechaban con una fijeza y una atención, que parecían estar al frente y en campo del enemigo: en cualquier parte que uno se revolvía, observaba por los cuatro costados gruesas murallas resguardadas por profundos fosos y soberbias torres. Esto, los largos pasadizos y crujiás, los estensos salones, el viento que silbaba por todas partes y que corría y se difundía por el edificio á manera de fantasmas engañadoras que se esconden al quererlas mirar, y las águilas que anidaban en las partes altas, daban un aspecto de

suyo lúgubre, y de aquí que en los ócios de la guerra se inventasen cuentos de dueñas, de apariciones, de ánimas y demás supercherías que por desgracia aun se creen entre algunas clases de nuestra *culta* sociedad.

El otro es un edificio notable por su sencillez y elegancia, y en sus vistosos jardines, sus adornos, su mueblaje, su arquitectura, en fin, demuestra que su época es más débil, época en que no se piensa más que en el amor, la poesía y las intrigas políticas y palaciegas, intrigas que no salen de allí, y que no tienden más allá que á desposesionar á éste ó aquel del destino ó favor que tiene para que otro lo tenga en su lugar.

Estos dos edificios, pues, de carácter tan opuesto, estaban juntos, formando un solo cuerpo y una antítesis de sí mismo.

El hombre es por excelencia aficionado á las antítesis, sin duda porque él mismo es una de ellas, es una antítesis continua, y quizás por esta razón el edificio que acabamos de describir, gustaba á todos.

Sigamos en nuestra relación.

El día á que nos referimos para dar principio á nuestro relato, en uno de los balcones ó ajimeces del castillo estaba asomada una jóven, y en sus miradas y ademanes se notaba que, como devorando el camino de Segovia, en Madrid, al que daba el ajimez, queria ver los objetos que habia más allá.

Era de noche.

Esta correspondia á un hermoso día de primavera; pero como el que hubiese sido hermoso el día no era razon para que lo fuese la noche, ésta era lóbrega y nebulosa: ni un soplo de viento corria, y una calma espantosa reinaba en la naturaleza.

Las nubes se iban apiñando, y algunos relámpagos empezaban á surcar el espacio. El trueno se oia ya tambien á lo lejos.

La jóven iba vestida de blanco, y la blancura de su tez hubiera podido competir con la del vestido; las gracias parece que le sonreían, y se les veia reflejar dulcemente en ella.

Era una jóven como de unos veinte años, alta, admirablemente formada, esbelta, ojos

negros, pero rasgados, grandes, infinitos: porque su mirada era incomprendible; el fuego de ella, inmenso; absorbía, por decirlo así, cuanto la rodeaba, y toda ella se concentraba al mirar, y arrebatada. Su boca diminuta, su nariz aguileña, sus redondos hombros, su talle, su voluptuoso seno agitado en el momento en que la describimos por la inquietud, toda ella, en fin, era tal, que intentar sacar copia de ella seria punto menos que imposible.

¿Quién pinta, en medio de la inmovilidad en que parecía estar, aquellas miradas escrutadoras que dirigía por el indicado camino, y á cuyo extremo y como á unas dos leguas de allí, estaba la puerta de Segovia en Madrid? Y qué pincel traslada al lienzo, ni qué pluma al papel, la sublimidad de espresion al investigar el estado del cielo y notar que se estaba preparando para una tormenta?

¡Oh! no; no es posible.

Ella, con una mirada inmensa, penetrante, arrebatadora, salvaba la densa oscuridad que la rodeaba, se difundía por todos lados, recorría

el camino, lo pasaba, llegaba al fin, y no encontrando sin duda lo que queria, pasaba mas allá. Su oído atento parecia buscar lo que pudiera escaparse á la vista, y de vez en cuando suspendia esta escursion aérea, y fijaba sus hermosos ojos en el cielo.

Estaba ya cubierto con un velo enteramente negro.

Los relámpagos eran más vivos, los truenos más cercanos, más sonoros: la tormenta estaba ya cerca.

¡Qué hermosa estaba al reflejo de un relámpago en la actitud de querer reconvenir al cielo porque de tal modo impedia la felicidad tal vez que le aguardaba!

Luego volvía á calmarse, y seguía la investigación.

Una de las veces, tras un prolongado trueno que en otras ocasiones la hubiera hecho temblar, oyó un ruido extraño que la obligó á redoblar su atención.

El ruido seguía, y cada vez se notaba de más cerca.

Era incomprendible la causa de que provenia. El aire de tormenta, la lluvia que empezaba á caer, los truenos, en fin, lo desfiguraban y daban al traste con la intuicion mas completa.

Pero en breve se oyó claro.

Era el galopar de un caballo que venia en direccion al castillo.

Despues se vió destacar de la sombra un ginete.

Llegó cerca de la quinta, ató el caballo á un arbol entre la espesura de un inmediato bosquecillo, se dirigió á una tapia que habia á la parte opuesta, y la saltó. En aquel momento, un encendido relámpago cruzó el espacio.

Á su vivo reflejo se pudo notar que el terreno á donde habia saltado era un jardin, y que á un extremo, y al través de una reja, le aguardaba con los brazos estendidos una dama de incomparable belleza.

Esta dama era Rafaela; Rafaela era la jóven que aguardaba en el balcon con tanta impaciencia y como desafiando la tempestad, que bramaba ya estraordinariamente.

Rafaela, sin embargo, no hubiera contestado por este nombre.

En el tiempo que la volvemos á presentar á nuestros lectores, se llama Elvira, y por este solo nombre se entiende ella, y por este nombre la conocen todos los que la tratan.

Le adoptaremos, pues, nosotros tambien, y la llamaremos así.

Elvira esperaba en la reja, radiante de placer.

Cuando el caballero llegó á ella, exclamó:

—¡Hermosa mia!

—¡Oh! ¿y por qué has venido esta noche?

—dijo Elvira con una dulce espresion y un acento de interés que hacia palpar el alma.

—Porque no puedo vivir sin ti—contestó el caballero, imprimiendo un ardiente beso en aquellas marfíticas manos,—porque la vida para mí es un erial inmenso en que me pierdo si no te veo, en que padezco atrocmente si no estoy á tu lado.

—¡Ah! pero esta noche..... con esta tempestad.....

—¿Y qué me importan los truenos, la lluvia, ni el mundo entero? Solo me importa tu hermosura, y por estar á tu lado combatiría frente á frente con el destino y no me importaría que el firmamento se hundiese..... Pero al aspirar esta felicidad que me enloquece, al probar tan solo en mi mente el néctar de mi ilusion, siento que una duda aterradora penetra en el fondo de mi alma, y la quema y la destroza..... ¿Podré alcanzar la felicidad que me hace sonreir, la dicha inmensa de que seas mi esposa.

—¡Oh! sí; tuya, ó de la muerte.

—¡Ah! pero tu padre..... sus planes....

Elvira palideció.

—¿Dime—continuó el caballero—siempre, siempre me amarás, aun cuando tu padre te hiciera notar las conveniencias de otro enlace y quisiera hacerte disuadir del amor que tan feliz me hace ser? ¿Despreciarías sus consejos; cerrarías los oidos á los juramentos de amor de otro amante y siempre me amarías?

—¡Ah! siempre, siempre; tuya he de ser á despecho del destino. ¿Qué valen los consejos

de un padre cuando el alma está enamorada y anda inquieta soñando solo en amar? ¡Si vieras con cuánto anhelo te espero y con qué impaciencia devoro las revueltas del camino! ¡Si supieras el placer que experimento cuando oigo el galopar de tu alazan, y luego te veo á ti que corres á mi lado presuroso!..... ¡Oh! entonces conocerias que son inútiles cuantos esfuerzos hagan por hacer que te olvide.....

—¿Y no sospecha tu padre los amores que tú tienes conmigo?

—Aparenta no sospecharlo. Anoche, cuando te marchaste, me puse al balcon como de costumbre, para verte desaparecer, y cuando lo hubistes hecho, quedé inmóvil, entregada á mis ilusiones y á mis ensueños de amor. Pasó un rato, y cuanto mas embebida estaba en mis bellas reflexiones, sentí pasos á mi lado, me volví, y vi que era mi padre. Me interrogó varias veces por el motivo de mi inmovilidad y de mi tristeza, y como siempre le dijese que no tenia nada, que aquello seria un hecho casual, juzgó que mi tristeza provenia de no tener un



objeto que llamase mi atencion y me distrajese. Yo creo, sin embargo, que él piensa lo contrario, que él teme que la causa de mi distraccion provenga de lo mismo que dice que me hace falta, y para probarme, ó para alucinarme tal vez, me habló de esta manera:

—Hija mia, veo que vas creciendo en dias y en hermosura, y noto con pesar que tu corazon permanece indiferente á las delicias del amor: mis dias se van limitando, y quiero que al morir lo pueda hacer tranquilo respecto á tu posicion y bienestar. Al efecto, quisiera que te fueras fijando en las cualidades que adornan á algunos jóvenes distinguidos de la corte, quienes suspiran por ti, y verias en alguno de ellos una apostura, unos modales, una finura, en fin, que te llamarian la atencion, y te harian profesarles estimacion; ésta se trocaria muy en breve en amor, y te haria ser una feliz esposa, colmando con ello la dicha de tu padre, que no anhela sino tu bien. No creas tampoco que quiero que te alucines por un cualquiera, y sigas el ejemplo de muchas jóvenes de nuestros dias

que tan solo se dejan llevar de su impetuosidad y de su inesperto corazon; por el contrario, quiero que te fijes en los que puedan convenir á nuestra familia, porque tú eres jóven, hermosa y rica, y no conviene unirse á uno que no cuente con iguales medios de fortuna que tú. Un jóven me atreveria á aconsejarte, porque lo creo digno de ti por mas de un concepto. Es hijo único de un rico *Baron*, y á la muerte de su padre hereda él el título y estensas posesiones. Tiene una esmerada educacion, es galante cual ninguno, de una figura bizarra y de un talento grande y despejado; á más es poeta, y sus bellas poesías te entusiasmarian.

Le argüí sobre lo inconveniente que seria crear una pasion que no sentia, y me replicó diciendo que él no exigia que ya le amase, pero sí que le mirase con benignidad, seguro de que al fin seria cautivada por su talento: le aseguré, por fin, que por ahora ni sentia, ni queria sentir, y, prometiéndose vencer en aquella obstinada y desigual lucha, salió de la estancia, dejándome entregada á horribles me

ditaciones que me hicieron derramar lágrimas de tristeza.

—Y ¿qué piensas hacer?—esclamó el jóven principiando á sentir en su corazon los tristes síntomas de los celos.

—Resistir con todas mis fuerzas, y oponerme abiertamente á sus planes—contestó con resolucion Elvira.

—¡Oh! ¡gracias, gracias!

—Pero la tempestad crece, y no es conveniente que dilates por mas tiempo la permanencia aqui.... Puede venir mi padre..... Afortunadamente llueve ahora poco, y debes aprovechar este momento.

—¡Ah! temo separarme de ti, porque creo que no te he de volver á ver sino en brazos de otro.

—¡Primero en brazos de la muerte!

—¿Me serás constante?

—Te lo juro.

—Partiré de ese modo tranquilo, y ansiaré llegue el momento de poderte ver otra vez.

¡Adios!

—¡Adios!!...

Un beso resonó en la oscuridad, y un relámpago alumbró los semblantes de aquellos dos enamorados.

El uno partía hacia la tapia por donde había saltado antes, y la otra hacía las habitaciones interiores.

Ambos, antes de perderse de vista, se volvieron para verse por última vez aquella noche; pero no pudieron hacerlo: la oscuridad era profunda, y sus ojos estaban cubiertos de lágrimas que rodaban luego por sus mejillas.

Habían llorado: aquel llanto representaba el temor que tenían á los resultados de la tempestad que el interés fraguaba sobre sus cabeza.

II.

Pocos momentos despues, un ginete trasponia por una de las revueltas del camino de Segovia.

Aquel ginete era el amante de Elvira.

Esta, despues de haberle despedido, no obstante la lobreuez de la noche, agitando su lindo pañuelito blanco, volvió á las habitaciones interiores, en donde encontró á su padre que la salia al encuentro.

Este, en quien habrán reconocido nuestros lectores al antiguo conocido Rafael, desde el dia en que arrebató á su hija del lado de su madre, dejando á aquella abandonada, habia tratado tan solo del porvenir y felicidad de la niña, y, al efecto, trató de darla la mas esmerada educacion.

Convertida ya la niña en una jóven distinguida, tanto por su hermosura física y moral, cuanto por su rico patrimonio, parece que las miras del padre debieran estar satisfechas; pero nada de eso. El deseo de que su hija fuera feliz lo llevaba hasta el extremo de ordenarla, ó al menos indicarla con cierta autoridad, que distaba mucho de ser consejo, el ser á quien debia unirse por medio del himeneo, creyendo que así podria lograr que aquel matrimonio fuera un dechado de amor y felicidad, ya que el suyo no lo habia podido ser.

La jóven Elvira amaba con entusiasmo á Cárlos (éste era el nombre de su amante), y no podia oir sin notable disgusto las insinuaciones de su padre. Temia hablar á éste por que no le repitiera la cotidiana exhortacion, y para disimular aparecia risueña y contenta, á pesar de que, al verle, las lágrimas humedecian sus mejillas sin poderlo remediar.

Afortunadamente era bastante aficionado á la caza, y con este motivo pasaba en el campo la mayor parte de los dias.

Este en que presentamos á Elvira por primera vez en la preciosa primavera de su vida, era uno de los que Rafael habia dedicado á la caza; así que cuando entró y le vió allí, una idea desagradable cruzó por su imaginacion, y ésta y la sorpresa que la causó la hizo esclamar:

—¡Ah! ¡vos aquí!

—Sí, hija mia—contestó con dulzura Rafael:—no era caso de quedarnos á la intemperie en noche tan tempestuosa y cuando la cacería no era formal, ni habia hecho ningun preparativo.

—Me creí.....—balbuceó Elvira.

—Con este motivo—continuó Rafael—tendré el gusto de presentarte el jóven de quien varias veces te he hablado como conveniente á nuestra familia, y digno por mas de un concepto de que le des en matrimonio tu hermosa mano.

—¡Oh! me habeis perdido—esclamó Elvira, escapándosele del corazon la frase que aquel sentia.

—¿Qué dices?

—Que yo no puedo amar á ese jóven, yo no

puedo ser suya, yo no quiero verle, yo, en fin, padre mio, le detesto.

—¿Qué osas decir? Tendrás que recibirle, mal que te pese.

—Pero, padre mio.....

—Ahí viene; que conozca que eres una jóven de educacion esmerada.

Y adelantó hácia la puerta, en donde recibió al huésped presentándole luego á su hija, que permanecia de pié, inmóvil y apoyada en un velador.

Mientras estos tres personajes se envuelven, por decirlo así, en las ceremonias de etiqueta, nos entretendremos en hacer un ligero y pálido bosquejo del huésped de Rafael, del candidato á la mano de la encantadora Elvira.

Es un jóven como de unos 25 años, alto, de rostro enjuto, de mirada viva y penetrante, y de ojos y cabellos negros: un rizado bigote adorna su lábio, y una frente ancha y despejada dá á entender que debe ser de una imaginacion viva, penetrante y suspicaz, á propósito para el estudio de las letras, y en el que hubiera

sido efectivamente aventajado, si los trabajos literarios que emprendia no fueran tan solo un mero pasatiempo, y si unos ensayos que, apoyados en reglas y en los buenos ejemplos, pudieran dar más tarde escelentes resultados. Es de un carácter amable y condescendiente, despreocupado en extremo, pero amigo de que se le tenga en lo que vale, y aparecer en todas partes como el primero en su clase.

Por una coincidencia inesplicable, pertenece á la nobleza francesa, siendo hijo de un rico Baron de aquel país, que asuntos de política y de familia le habian obligado á avecindarse en Madrid hacia mucho tiempo.

Educado, por lo tanto, el jóven de que hablamos en la etiqueta francesa y la española, es inútil decir que simpatizaba con cuantos le trataban, y se atraia las miradas de mas de una jóven que se hubiera considerado feliz por oirle decir «yo te amo.»

Él, no obstante, no comprendia esa palabra llena de sublimidad, y se reia sin compasion de los infelices que habian tenido la desgracia

de aspirar ese fuego que emana de Dios, pero que, corrompido entre la podredumbre del mundo, no cumple muchas veces con su mision, y nos arrastra con frecuencia por caminos tristes y amargos que conducen á horribles precipicios.

Empero no se crea por esto que aparecia indiferente á la vista de una jóven; nada de eso: él juzgaba que la mejor galantería que se la puede dirigir es un suspiro de amor; un juramento apasionado que haga entrever allá en lontananza una felicidad eterna y una dicha sin fin, y, al efecto, á cuantas veia *amaba*, aunque estaba muy lejos de sentir lo que decia.

Y este jóven que se mofa de los que aman; que desconoce el poder del *alado rapazuelo*, y que por consecuencia ha de juzgar engaño las lágrimas de sus amantes, se ha de reir de ellas, y hasta, si se quiere, ha de saltar la valla del honor y la educacion para hacer que, subordinándose todas á sus caprichos, le proporcionen un placer que en vano busca: ¡este hombre, pues, es el que Rafael propone por esposo de Elvira y lo juzga como una buena adquisición!

¡Malditos intereses! ¡maldito amor paternal que de tal modo se interpreta!

El jóven de quien hablamos y á quien nombraremos Arturo, á los veinticinco años buscaba ya en almas inocentes un placer que no encontraba; á los veinticinco años se hastiaba del mundo y todo le parecia una farsa continuada, una negacion de la verdad, un vacío insondable, un erial inmenso, un campo sin frutos, un navío sin timon, un dia sin luz, y, en suma, cuanto le rodeaba le aburría, y por mas que tratára de despojarse de aquel fastidio, nunca podia conseguirlo.

Asistia á cazas, en donde le conoció Rafael; frecuentaba salones aristocráticos, concurría á los saraos, visitaba á menudo los billares y casas de juego, se encenagaba en las del vicio, y, sin embargo que en todas partes aparecia risueño y galante, de ninguna de ellas sacaba un remedio que deshiciese aquella callosidad que se habia formado en el corazon.

Rafael, pues, no habia visto en Arturo más que lo superficial, y se habia dejado arrastrar

por el interés y por las falaces apariencias. Había visto que todos le apreciaban, que deseaban su amistad, y creyó que el mejor medio de hacer feliz á su idolatrada hija, era el unirla con aquel hombre que tanto anhelaban otras.

Arturo, por su parte, había visto á Elvira, la había *amado*, deseaba tratarla, quería, en una palabra, poner su nombre en el catálogo de las amantes, y al efecto concurrió á una caza dirigida por el padre de aquella.

Este se regocijó mucho de aquella *casualidad*, y como uno y otro deseaban lo propio, en breve se hicieron amigos.

Arturo manifestó deseos de tratar á Elvira porque le era muy simpática, y sentía cierto interés por ella; Rafael puso algunas objeciones, para hacer más interesante á su hija, y por fin él mismo se encargó de indicárselo, y presentarle, si accedía gustosa á su insinuación.

Pasaron algunos días, al cabo de los cuales Rafael y Arturo se volvieron á reunir en una cacería.

El segundo, dijo al primero:

—¿Qué hay en el asunto?

—Muchos inconvenientes—repuso el interrogado—. No os conoce, es muy jóven, y su alma está educada en libros religiosos, desconociendo totalmente ese amor que tanto inflama y que tanto abunda en las novelas, que son libros que no ha visto jamás. No obstante; le he pintado vuestro carácter y vuestro amor, y espero que viéndoos, y con algun trato, se convencerá y concluirá por corresponder á esa generosa passion que no dudo teneis por ella. Esta noche descansaremos en la quinta, y con este motivo os podreis conocer mútuamente para uniros más tardé para siempre.

Una nube se presentó luego, y los dos caballeros se dirigieron á la quinta.

III.

Hemos descrito á Arturo: describiremos ahora á Cárlos. Para ello nos trasladaremos á una humilde habitacion, en Madrid, y entraremos en un reducido cuarto perteneciente á ella.

Aunque este cuarto sea pobre en adornos y no veamos brillar el lujo que en los salones de Rafael y los de Arturo, no por eso nos atreveremos nunca á llamarle *pobre*.

Las paredes están cubiertas de hermosos lienzos, y la existencia en él, de un caballete, paletas, colores, tientos y pinceles, indica que allí habita un artista, un artista que roba al arco iris sus colores y con ellos forma otra naturaleza, otro cielo, otro sol vivificador; proporciona á todas las clases de la sociedad el placer de tener en una sala un prado ameno matizado de flores, entre las

que se deslizan riachuelos mil de placentera corriente, que se precipitan luego en blanquísimas cascadas y caprichosos juegos de cristal; elevadas montañas áridas y desiertas, en donde solo nieve se mira y desolacion y espanto se contempla; y llanuras, mares ó montañas en donde el cielo se rasga en mil pedazos, vomitando fuego que estremece á los habitantes de aquellos lugares, y parece conmovér los poderosos cimientos de los gigantes de piedra que Dios sentó en la tierra para muestra de su grandeza, ó irritarse el mar con espantosa bravura; un artista que hace que el hombre viva desde la creacion del mundo, y conozca por consecuencia los caractéres de todas las épocas, sus trajes y sus costumbres; un artista que se remonta en alas de su fantasía por los espacios etéreos, desde donde contempla el mundo cual es, es decir, cual una mentira de halagüeñas apariencias, que se estrella y se desquicia al quererla comparar con la verdad que solo en el cielo reside; un artista, en suma, que posee las llaves del corazon humano, y traslada á sus

lienzos los secretos de aquel, con los medios de tocar sus más delicadas fibras.

En el momento que introducimos á nuestros lectores en el cuarto del respetable ser cuyas propiedades hemos tratado de bosquejar, estaba al caballete un jóven de simpático semblante, ancha y despejada frente, rubios y rizados cabellos tirados hácia atrás con desordenada pero elegante negligencia, ojos azules y espresivos, sonrosado semblante, boca contraída y pequeño bigote, que constituia, unido á una estatura arrogante, el retrato del pintor.

Este pintor era Cárlos, el amante de Elvira, el que vimos noches anteriores manejar las bridas de un fogoso corcel cual lo hubiera podido hacer un *noble*, y saltar las tapias de un jardin como un bandido, ó como uno de esos jóvenes que la sociedad les permite hacer lo que quieren, porque son, aunque humildes cervatillos, descendientes de *leones*.

Un pintor, pues, era el que pretendia la mano de Elvira, y con ello se comprenderá toda la contraposicion de cuadros, la diferencia



de situaciones, la diversidad de caracteres que podia tomar aquella lucha entre un noble y un plebeyo.

¡Y qué plebeyo! ¡un pintor! un pintor cuyo apellido no era conocido, pues solo se pronunciaba en voz muy baja cuando el caso lo hacia indispensable; uno que no se le conocia mas padre que un venerable anciano perteneciente á las suprimidas órdenes religiosas, y uno, en fin, cuya madre habia muerto sin saber quién era, de quién habia sido esposa, ni qué parentesco la ligaba con el esclaustrado, que era ya sumamente anciano.

Cárlos pintaba. Con el producto de sus cuadros mateniase y mantenia á aquel buen padre adoptivo, ocupaba una posicion bastante ventajosa, y gastaba caballo, cosa no muy comun en aquella época.

Pero es claro: esto no bastaba. Era pintor, y Rafael se hubiera guardado muy bien de permitir nunca el enlace de un pobre artista con la hija de un aristócrata rico.

Arturo era noble como ella, de gran posicion

y querido por todos los demás, y esto únicamente le convenia para hacer la *felicidad* de Elvira.

Que no fueran las acciones de aquel jóven digno de su nobleza ¿qué importaba? Los pergaminos eran solo los que en su concepto influian, y bastaba.

Peró Elvira se habia apasionado de Cárlos, y esto ofrecia un gran inconveniente. Su corazon era demasiado noble para fijarse en clases y categorías; su bondad la hacian reconocer solo una division: los bien educados y los mal educados; su amor y su pasion eran demasiado grandes para hacerla detener en el camino que sin faltar á su honor eligiera; en una palabra: su nobleza de espíritu la hacia élevar más alta de lo que el vulgo está generalmente, y decimos vulgo, por que tambien lo hay, y no en muy pequeña escala, entre la clase elevada.

Esta tenacidad y capricho hacian estar inquieto á Rafael, y fue lo que motivó el que se espresase en los términos que Elvira contó á Cárlos, en su entrevista nocturna; pero sin ma-

nifestar nunca que tenia conocimiento de aquellos amores con el que de noche saltaba las tapias del jardin y se acercaba á la reja para estrechar una blanca mano, y depositar en ella ardientes besos, que espresaban todo el amor que habia comprimido en aquellos corazones.

Rafael, por lo tanto, trató á todo trance de presentar á su hija al elegido para esposo, y cuando consiguió esto, como hemos visto en el capítulo anterior, satisfecho y confiado en la locuacidad y talento de su *futuro* yerno, salió, dejando á éste al lado de su disgustada hija.

Elvira, que ya de antemano estaba prevenida en contra de los juramentos de amor en que se iba á disparar Arturo en el momento que viera una ocasion oportuna, al ver salir á su padre, tembló, tuvo miedo de quedarse sola con un hombre á quien odiaba sin conocerle, y solo por el presentimiento de que la habia de hacer infeliz combatiendo su amor hácia Carlos, y, corriendo al lado de su padre, con una espresion de recelo y de temor, le dijo:

—¿Vais á salir, padre mio?

—No tal, querida:—le contestó aquel con tranquilidad;—voy tan solo á dictar unas órdenes interesantes y estoy de vuelta en seguida.

Y dirigiendo una mirada á Arturo, la indicó el comportamiento que debiera tener en presencia de un forastero.

—¡Ah! me habreis de dispensar, caballero:—esclamó aquella cuando Rafael se hubo ido, con una voz encantadora, y un acento de dulzura que producía un sentimiento desconocido de admiración.—Me habia olvidado.....—continuó.—Amo tanto á mi padre, que un momento que pase lejos de mí, me alarma y me causa tristeza.

—Vos, señorita—replicó Arturo, sois la que habeis de perdonar el que con mi presencia no os permita usar de esa expansiva libertad familiar.

—No tal.

—Además, que yo no podré hacer más que importunaros. Las simpatías que me habeis inspirado siempre, desde que os conozco, me impul-

saran á ser molesto, indiscreto quizás, y lo que os diga, que no será mas que lo que sienta el corazon, serán espresiones que, procedentes de otro, os causarían placer, y pronunciadas por mí os serán indiferentes, os disgustarán tal vez.

El acento con que Arturo pronunció estas palabras, indicaba que si no estaba enamorado ya de aquella que él habia querido fuera una nueva afiliada á su catálogo, al menos decia lo bastante para comprender que la timidez de Elvira al quedarse sola con él, y el acento de ésta al disculparse por su ligereza en mostrar temor, le habia impresionado, y el corazon iba ocupándose de lo que solo se habia ocupado la cabeza.

Elvira no comprendió ésto, ó, mejor dicho, aparentó no comprenderlo, y con extraordinaria sencillez y naturalidad le disuadió de las ideas que habia manifestado, diciendo:

—Al contrario; siento un verdadero placer en escucharos, y celebro la casualidad que os ha traído á esta quinta, en donde nada notareis más que franqueza y libertad.

—Agradezco..... — interrumpió Arturo, sin poder ocultar la complacencia que le causaba.

—Mi querido padre—continuó Elvira—me ha hablado de vuestras bellas cualidades.....

—Vuestro padre os ha hablado.....

—Sí; me dijo que érais algo poeta..... ¿Me hareis, pues, una trova?

—¡Ah! os haré una y mil. Si es que puede llamarse poesía á lo que escribo en algunos momentos de solaz; si es que puede tener inspiracion un hombre con quien las Musas se muestran altamente esquivas; si mi pobre pluma, en fin, puede atreverse á estampar vuestro precioso nombre..... ¡ah! tened por seguro, Elvira, que solo me ocuparé de vos.

—Pero ¿qué asunto puedo dar á vuestros versos?

—Cantaré vuestras preciosas cualidades, celebraré vuestra simpática hermosura, y os juraré un amor eterno que hasta ahora nunca he sentido, porque nunca tampoco he visto un ser ideal como vos que me lo inspirase, que me diese vida, que me hiciera conocer ese fuego

sacrosanto que solo en el cielo se alimenta y reside en la tierra en vos.

—¡Ah! os arrebatáis, en efecto, como un verdadero poeta. Os dejáis llevar por vuestra fogosa imaginación, y creéis estar celebrando una de aquellas deidades cuya hermosura debe ser celebrada con la lira.... pero la mía!.... dejaos de vanas quimeras; es solo una adulación, y.....

—¡Oh! no, no; os juro que nunca he sentido impresión como la que me habeis causado, y que jamás imagen mas ideal han podido fingir los poetas.

—Hablemos de otro asunto—dijo Elvira como disgustada por el giro que iba tomando la conversacion, de la que probablemente iba á resultar una declaración amorosa.

—¡Que hablemos de otro asunto!—esclamó admirado Arturo.—¿Y qué asunto—continuó—puede ser mas bello ni interesar más que el amor? ¿Qué idea puede causar más placentera sensación en vuestro noble pecho que ese fuego divino que tan feliz debe hacer al hombre que

posea el nacido de vuestro corazon, mientras que tan infeliz me hace ser á mí?

—¿Sois desgraciado?

—Sin igual.

—¿Y amais?

—Con delirio.

—¿Esperais?

—No lo sé.

—¿Sois constante?

—Hasta la muerte.

—¿Os corresponden?

—Lo ignoro.

—¿Y os desesperais?

—Ciertamente.

—¿Sois impaciente?

—Un poco.

—¿Por eso sufrís?

—Quizás.

—¿No hay otro motivo?

—Lo temo.

—¿Son celos?

—Algo hay de eso. Vos, en fin, Elvira, conocéis mi corazon, sabeis lo que pasa en él, y os

gozais en verle sufrir. Tengo, sí, celos, porque amo con delirio, quiero ser amado para luego morir en los brazos de mi ilusion, y esta ilusion se desvanece, huye, y me deja una duda que es mil veces más terrible que la realidad.

—¿Y hace mucho que amais?

—Hace muy poco.

—¡Y teneis ya celos!

—Sí; pero unos celos que me devoran y me hacen desesperar y anhelar la muerte de un hombre—esclamó Arturo con todo el furor de una rabia reconcentrada, al notar cierta ironía en las palabras de Elvira, y tener quizás algun conocimiento ó indicio de los amores de ésta con Cárlos.

—¡Oh! callad..... —interrumpió Elvira con cierto pavor. ¿Pero ese amor que sentís, lo habeis manifestado al objeto que os lo ha inspirado? ¿Os ha admitido? ¿Lo ha rehusado?—Repetió Elvira despues de una pequeña pausa.

—No, no le he dicho nada; no he tenido valor suficiente, y solo he confiado mi pasion al padre.

—¡Al padre! — exclamó Elvira con visible muestra de admiración.

—¿Os estraña?

—Algo en verdad, porque no es la persona mas á propósito para resolver la cuestión. Podrá entender en el consentimiento ó aprobación; pero en lo demás, lo juzgo una tontería..... Pero dispensad; creí que estaba hablando con algun antiguo amigo de casa. ¡Estamos tratando un asunto tan difícil y resbaladizo!.....

—¡Ah Elvira! me estais diciendo lo mal que he obrado, y temo haber cometido una imprudencia. Yo creí que para un corazón invulnerable por su candor y virtud, no habia mejor medio.....

—¿Y siempre habeis obrado igual?

—Nunca, porque nunca tampoco he sentido como ahora.

—A mi me parece que una hija ha de obrar con anuencia del padre, pero nunca éste con anuencia de aquella, porque ésta no puede ser la mayor parte de las veces esplicita ni natural. Los hombres están ligados en muchas ocasiones

por asuntos de interés, y el interés y el amor hacen mala liga en general.

—¡Ah! he sido un loco; perdonadme.

Y se arrojó á los piés de Elvira.

—¿Qué haceis?

—Pediros perdon por haber principiado por incomodaros y obrar contra vuestros deseos.

—¡No comprendo!

—Yo os he amado con locura: os vi en un sarao de Madrid radiante de belleza y atractivos; anhelé poseeros un dia, no me atreví á acercarme á vos, me hice amigo de vuestro padre, le espuse mis intenciones, las aceptó, y hoy.....

—¿Mi padre aceptó vuestro amor? ¿sabia si lo aceptaba yo?

—Por eso os pido perdon por mi error que os ha proporcionado un disgusto.

—Mucho estraño que á la clara imaginacion de mi padre se le escapára el comprender que antes que todo era consultar mi corazon que manda más que él, y más que yo.

—¿Pero vuestro corazon me rechaza? ¡oh!

por Dios, Elvira, dadme primero la muerte; prefiero morir á no merecer vuestro amor.

—Mi corazon late tranquilo todavía. Dejadle estar como está afortunadamente.

—¡Oh! no, no; vuestro corazon late por otro ser; vos amais, ¡oh, sí! vos amais.

—Pues bien, ¿á qué negarlo, haciéndoos entrever quizás una esperanza que no debeis alimentar? Amo, sí, y por lo tanto, si como amiga me estimais, tendré un placer en trataros; pero como amante, jamás.

—Os estais cebando en mi agonía, y con esa amistad que en otra ocasion me hubiera enloquecido, me dais la muerte, el mayor de los tormentos; porque yo sin vuestro cariño soy como un buque que combatido por una violenta tempestad va sin brújula y sin timon á merced de la borrasca. ¿Qué me importa la amistad si ésta me ha de ofrecer un continuo martirio al veros sonreir mirándoos en otros ojos? ¡Oh! no, eso no es posible; yo quiero que seais mia!

—Os dejais arrebatat, Arturo, por vuestra imaginacion de poeta. Reparad que si me que-

reis verdaderamente, muy lejos de contrariar mis ideas debéis apoyarlas, porque el amor no se puede dominar, y cuando se ama como amo yo, ni podeis evitarlo vos, ni yo misma, ni mi padre tampoco.

—Vuestro padre..... —interrumpió Arturo confiando en el dominio de aquel sobre su hija.

—Tampoco—respondió secamente Elvira con una muestra de profunda conviccion.

—Ese amor,—continuó,—solo Dios puede borrarlo, pero los hombres, no.

—¡Mientes!—dijo con una voz aterradora Rafael, apareciendo en la puerta.

—¡Padre!—balbuceó Elvira.

—Ni existe ni existirá:—añadió Rafael,—ese amor lo borrarán los hombres, y si mi dulzura y cariño no bastan para una hija desobediente é ingrata, emplearé toda la energía de que soy capaz, y haré que se me respete y se me obedezca.

—Marqués,—esclamó Arturo, mientras Elvira se retorcia las manos agobiada por el dolor:—permitidme que me retire, si continuais

demostrándome que he venido á turbar la paz doméstica, violentando la voluntad de vuestra hija.

—La voluntad de mi hija, es la mia.

—Pues bien: al ofrecerla mi cariño no ha sido mi ánimo contrariar en lo más mínimo sus ideas: ignoraba, como vos, que existian esos amores, y os pedí su mano..... nos hemos engañado, ella ama á otro, el corazon es rey, y es fuerza resignarse.

—¡Nunca! mi hija me obedecerá mal que le pese, y dentro de un mes, ó es esposa vuestra, ó lo será del Señor en el retiro de un cláustro.

—Os agradezco, marqués, el interés que os tomáis, pero yo nunca seré esposo de quien me dé la mano á la fuerza. Vuestra hija no me ama; está bien probado, ama á otro, y á él solo toca su posesion.

Elvira, al oir pronunciar estas palabras, levantó sus hermosos ojos bañados en lágrimas y los fijó en Arturo con una espresion de dolor y agradecimiento, que hizo conmovier violentamente el corazon del baron.

Jamás habia sido mirado con tal espresion, ni nadie tampoco habia rehusado su amor, aun cuando otros compromisos ligasen á la jóven á quien se dirigia: su orgullo, pues, estaba resentido; con él, el corazon iba participando del mismo sentimiento, y planes descabellados é ideas terribles de venganza cruzaron por su aturdida imaginacion, no obstante que aparentemente consentia y aun apoyaba las ideas de la desdichada Elvira.

Esta confió en su caballerosidad, y tuvo fé en sus promesas de favorecer sus miras de amor.

Pero se engañó: cuando su padre salió con una nueva excusa, Arturo se levantó para salir con aquel, mas se detuvo un momento; se acercó á Elvira, y, cogiéndola de la mano, la dijo:

—Señorita, ya habeis oido: esos amores que sin permiso de vuestro padre teneis son imposibles: no sereis jamás de ese hombre proscrito que huye al mundo y á los hombres su rostro, y mal que os pese sereis esposa mia. ¡Me habeis

—dado las gracias porque aparentemente intercedía por vos!.... ¡Por Dios, señora, que aun no estoy en el caso de aceptar una limosna! Yo os he amado como es imposible que os ame ese miserable que se esconde cual reptil inmundo, y al sufrir un desprecio con condiciones tales, no puedo menos de sentir hervir en mis venas la sangre de los Creveux que me impide doblegarme ante los caprichos de una niña que falta á los deberes que tiene para con su padre y para con la sociedad.

—Caballero,—esclamó Elvira levantando erguida su hermosa cabeza, y manifestando en su dolorido semblante toda la dignidad de que es capaz una dama cuando se ve ofendida.—Si mi padre se juzga con derecho para apostrofarme duramente en presencia de un extraño extranjero que ninguna relacion, ni de amistad siquiera, me une á él, nunca sufrirá que otro se atreva á dirigirme la palabra sin tener antes mi permiso. ¿Quién sois para imponerme condiciones? ¿Qué habeis pensado de la hija de Lainez? Sabed, pues, que mi padre, aunque obcecado

en este momento, no permitirá jamás que nadie falte á las consideraciones que se deben á su hija.

—Es verdad, señora,—contestó el baron;— me he dejado arrastrar por la desesperacion que ha producido en mí la idea de que podais pertenecer á otro, y os he faltado: perdonadme; mas hacedme el favor de prestar atencion un momento: seré breve.

—Hablad; os escucho:—dijo Elvira con cierta muestra de impaciencia.

—¿Es de este modo—prosiguió Arturo,— cómo en España se trata de prosperar, de hacer que sea siempre la nacion poderosa, rica, noble y envidiada de todas las demas naciones? ¿Es así cómo la nobleza enriquece sus pergaminos y aumenta los cuarteles de sus escudos? ¿Desobediendo las hijas de los nobles á sus padres, y uniéndose luego á miserables artistas, que, en vez de ensanchar las insignias de nobleza, no pueden hacer mas que echar una gota de barniz oscuro sobre un campo de oro donde volasen poco antes altivas águilas, ó hincasen sus

garras soberbios leones? Si así es, confieso que me he engañado doblemente, y que he aprendido el modo de crecer en pujanza una nación.

—Señor baron,—interrumpió Elvira sin poder escuchar por mas tiempo los cargos de aquel noble.—Nunca podrá ser tenida por una mancha el que al lado de un pergamino aparezca una paleta ó cualquiera atributo de un arte, pero, aun cuando así fuera, menos mancha seria ésta, que la de ir á otra nación, engañar á su rey, ponerle preso, y luego la *nobleza* de aquel otro rey que obró tan villanamente, entrar en el territorio del primero, saquearle, incendiarle, y arrebatár la tranquilidad de sus habitantes, robándoles haciendas, vidas y honor. Con la union de un noble rico y un artista pobre, no se hace mas que unir la gloria, la riqueza y el poder con la sabiduría, la humildad y la virtud. Si ésto, baron, lo considerais mal medio de que prospere una nación, no haceis más que mostrar en vuestro corazon un esceso de orgullo y una falta de razon. Vale más morir con gloria que vivir con deshonor.

La expresion que dió Elvira á su discurso conmovió á Arturo; pero como en él envolvía la condicion de éste, aludia á la Francia, acusaba á la nobleza de aquel país, y combatía enérgicamente su opinion, pidió rectificacion, y dijo:

—¡Es decir que vos creéis que vivo yo con deshonor!

—Perdonad; jamás dije tal. Vos considerais como una mancha el que se una un noble á un plebeyo, un rico á un pobre, y yo os quise demostrar tan solo que muchas veces sustenta mas nobleza un artesano debajo de su blusa, que el marqués en su carroza. Ya veis, este lenguaje es impropio de mí. Nosotras las niñas que tanto nos halaga el lujo y los festines, nosotras que somos tan propensas á cambiar cada dia de traje y presentarnos en público cada vez con un tocado, parece impropio que me espese de esta manera. Pero, ¿qué quereis? Me he criado sin madre; mi padre, entregado siempre á sus reflexiones y mal humor, no atendia á mí mas que para darme un beso, recoger una son-

risa mia y derramar sobre mi frente una lágrima, que tristes recuerdos sin duda le arrancaban del corazón, y me confió el restante tiempo á una pobre anciana que no tenía pergaminos, pero que poseía un corazón hermoso y puro. Esta mujer me crió con la mas tierna solicitud, y me inculcó en el corazón máximas magníficas de piedad. Murió ésta; he seguido estudiando sus consejos, y he deducido de ellos que la felicidad no existe mas que en el que hace bien y posee un corazón bello y generoso, y que, por lo tanto, el que mejor obra es el mas noble. ¿Quién me asegura además que ese á que vos os habeis referido, que ahora no tiene por escudo mas que una miserable paleta y por pergamino un triste lienzo al que traslada los colores de aquella, no sea un noble como vos, como yo, como el primero de España, y que, siñ embargo, azares de la vida le hayan obligado á permanecer retirado, á llamarse Cárlos y no D. Cárlos?

—Le llaman Cárlos?—interrumpió vivamente Arturo.

—Lo mismo hubiera podido decir cualquier otro nombre—replicó Elvira.—¿Pero tan solo por que sea un pintor, ya le habeis de decir que es un ser sin nombre, que huye su rostro á la luz, y que se arrastra como un reptil inmundo? ¡Por Dios, baron, que comprendeis mal la nobleza! ¡Que Cárlos es solo un pintor! ¿Y qué importa? ¡No podrá sostener el lujo que yo gasto! Tampoco me da cuidado: sea él noble de corazon, que me ame, que le ame yo, y basta para ser felices.

—No debeis, sin embargo, mirar por vuestra felicidad tan solo; debeis mirar por la de vuestro padre.

—Pues qué, ¿acaso al obrar mi padre de tal suerte le impele alguna razon ó el capricho? Si le dictara lo primero, faltaria yo no siguiendo sus consejos ni obedeciendo sus mandatos; pero obrando por lo segundo, no puedo, no debo complacerle. ¿Qué antecedentes ha tomado de Cárlos? ¿Qué antecedentes tiene de vos? Del primero, que es un artista y del segundo, que es un noble, y nada mas. ¿Y creeis que esto basta?

Puede muy bien equivocarse, y ser vos el artista y él el noble.

—Señorita..... —balbuceó Arturo, resistiéndose su amor propio, y no pudiendo contenerse.

—Dispensad si os he ofendido: ha sido una paridad en tésis general, y continuando en ella os diré que si mi padre tomára los datos necesarios, no afirmaré que suceda, pero podría suceder que concluyera por querer al artista sin pergaminos y desechar al noble con ellos.

—Concluyamos, señora, de una vez,—interrompió bruscamente Arturo, amostazado ya por completo.—Vos no me amais; dire más, tratáis de ridiculizarme y ridiculizais también á vuestro padre. Basta, pues. De hoy más, obraremos cada cual á su albedrío. Habeis oido ya á vuestro padre: sereis esposa mia, ó del señor; elegid. Hasta tanto que resolvais os dejo sola. Dispensad, sin embargo, que mi terquedad os proporcione quizás malos ratos; pero os amo demasiado para que no trate de conseguir vuestra posesion por todos los medios imaginables. Sed mia,—añadió dulcificando un poco la voz—

y me tendreis entonces siempre como vuestro más humilde esclavo.

—Hasta luego, baron,—respondió Elvira, levantándose y dirigiéndose á uno de los balcones, con espresion de desprecio y de disgusto.

—Marquesa..... hasta luego.

IV.

Pocos dias despues, llegaba á las tapias del jardin un ginete, como le hemos visto llegar otras veces; pero en el balcon que noches anteriores contemplábamos á Elvira aguardando con esa impaciencia propia del amor, y que á ninguna otra se puede igualar, no se veia ni aquel rostro hechicero, ni una luz, ni un pañuelo, ni una señal.

El balcon estaba cerrado, y á la manera que en un fatídico cementerio, no se veia la más pequeña claridad, ni se oia el más insignificante rumor que pudiera dar á conocer la existencia de alguien en aquel edificio.

Al ginete, que no era otro que Cárlos, no pareció estrañarle este silencio y esta ausencia de la persona á quien iba á buscar, antes por el

contrario, como convencido de que no habia de encontrar á nadie, venia cabizbajo, las riendas del caballo abandonadas en su mano, y como encomendado á la voluntad de aquel diligente animal.

Cuando llegó, sin embargo, á la vista del castillo, levantó los ojos y volvió á inclinarlos con una muestra de indefinible angustia, al propio tiempo que de enojo y desesperacion.

—¡Tampoco!!... —esclamó,—y siguió adelantando.

Llegó por fin á las tapias, y allí se detuvo: miró á todos lados, pero nada vió; subió á la tapia, y sin bajar de ella abarcó con una mirada todo el jardin, y nada distinguió tampoco. La reja que dias anteriores le habia brindado con tan envidiables placeres estaba cerrada, y en todo el jardin no se veian mas que las sombras que proyectaban los árboles al ser heridos por una luna menguante, cubierta á intervalos por ligeras nubes que pasaban empujadas por un viento Norte.

En esta disposicion, y convencido que nada

podía esperar, fué á bajar para montar en su caballo y retirarse, cuando se detuvo herido por la vibracion de una sonora carcajada, carcajada como de sarcasmo, carcajada que ya habia oido otras veces, y que siempre le habia helado la sangre, no por pavor, sino por rabia, por desesperacion, por despecho hácia un ser que se ocultaba en las sombras á manera de un ave de rapiña, para mofársele, para reirse de él, para escupirle en la cara.

Las noches anteriores habia callado, sin embargo; pero esta vez no pudo ya contenerse, y con una voz ronca de coraje, exclamó:

—¡Quien quiera que seas, que te escondes en la sombra para reirte á mansalva, sal á esta llanura y repite esas carcajadas de sarcasmo: ven donde un pequeño rayo de luna te hiera en el rostro, y entonces rie como quieras, pero prepara un arma con que defenderte! ¡No, no me importa que no tengas honor, y al matarte manche mi mano con la sangre de un cobarde! ¡Miserable! me insultas, y con honor, ó sin él, sabré castigar tu osadía. Si en este punto

no quieres, dime uno, cítame el que más te acomode, y allí acudiré para matarte, ó que me mates.

Guardó silencio, esperó un momento contestacion á su reto; pero nada se oyó: era sin duda demasiado cobarde para contestar á aquellas palabras dictadas por el amor propio ofendido.

El jóven, que vió en este silencio una nueva burla, volvió á esclamar:

— ¡Miserable! ¿Dónde esta tu sangre y tu pundonor? Valiera mas que rieras con una espada en la mano y la cara al descubierto.

Y, rojo de cólera, saltó de la tapia, montó á caballo, y clavándole las espuelas hasta hacerle sangre sin reparar ni pensar en que aquel generoso animal era solo su compañero y amigo en las horas de tristeza, desapareció, llevando en su aturdida cabeza mil ideas que le confundian y le abrumaban.

— ¡Si será—se decia á sí propio—la misma Elvira la que habrá inventado la burla de la carcajada al verme chasqueado tantas noches por

que no encuentro á nadie en el balcon ni en la reja? ¡Es claro! ella se reirá de mi insensatez al ver que yo, un pobre pintor, he aspirado á su posesion, á la posesion de una marquesa.—¿Por qué no conocí el primer dia que era una locura pensar en ella, y que la sociedad actual no reconoce más nobleza que la de los pergaminos y no la del corazon? ¿Qué me importa no haber cometido una infamia en mi vida, y haber aprendido un arte con cuyo auxilio he mantenido á mi pobre madre hasta su última hora, si esto no es ningun mérito para la sociedad y antes por el contrario es un delito, puesto que para ésta no hay más virtud que el ser rico y el ser *noble*?.... ¿Pero yo no la dije el primer dia que era un pintor, que no tenia padres, y no contaba por el presente mas que con el producto de mis pinceles? ¿Y ella misma no me advirtió que aquella confesion, hija de un pecho generoso, era la riqueza mayor que la podia ofrecer? ¿Pues entonces, á qué debo atribuir esta notable y repentina variacion? —¡Bien conozco que el padre se habrá

opuesto tenazmente, y la habrá prohibido el verme!.... Pero, dado este caso, ¿no ha podido poner un pañuelo en la reja, una criada que me advirtiese, un papel, en fin, que con su sola firma calmase esta horrible inquietud en que me encuentro?.... —No, no; ella no me ama; el baron ha estado en su casa; y ella que antes no conocia más bien que estar á mi lado, habrá distinguido en lontananza un porvenir más bello que el que yo la pudiera ofrecer, y lo habrá aceptado, olvidándome á mí, y condenándome á una vida de angustia y desesperacion. —¡Oh! y aun luego me saludan con una carcajada al notar sin duda en mis ojos un velo de tristeza por no encontrar el sol que me alumbraba otras noches.—Yo necesito sangre, sangre que me indemnice la pérdida que he sufrido al verme falto del amor de esa mujer ideal, y sangre que satisfaga mi amor propio, ofendido con tanto y tanto sarcasmo. ¡Ese que se apellida baron me ha de dar la suya, y á falta de arma para derramarla se la haré saltar con las uñas.

.....

Imbuido en estos pensamientos, llegó á su casa.

Allí le aguardaba con paternal solicitud el bondadoso anciano.

Con su escrutadora mirada investigó en el semblante del jóven qué nuevas traía.

—¿Qué?—esclamó al notar que su tristeza indicaba no haber sido más afortunado que las noches anteriores.

—¡Nada!—contestó el jóven con suma tristeza.—¡La misma soledad, la misma carcajada! ¡Oh! rujo de cólera al ver que un ser invisible se burla á favor de la oscuridad, y no puedo arrancarle esa ridícula careta.

—¡Oh! ¡y ser yo viejo!!... —esclamó á la vez con dolor el anciano.

—¡Ah! sí, padre mio, vos no dudo que me defenderíais, como habeis defendido siempre la justicia.

—¿Y quién es ese baron?—interrumpió vivamente el anciano.—¿De dónde procede? ¿Cuál es su origen.

—No sabré contestar á vuestras preguntas;

pero de algunos informes que he tomado, he deducido que es francés y noble, altivo como todos ellos, y rico aunque no tenga derechos.

—Pero Elvira.....

—De Elvira no sé, padre mio, qué pensar. ¿Quién sabe si la opulencia de ese jóven la habrá ofuscado? ¿Quién sabe tambien si el ridículo y excesivo rigor de su padre la tendrán esclava? ¿Y quién sabe, en fin, si uno y otro la habrán hecho pensar en que yo soy un pintor, y que como tal no debo jamás unirme á una marquesa como ella?

Guardaron los dos silencio por un momento, y al cabo de un rato de meditacion exclamó el anciano:

—¿En dónde pasa las noches ese baron?

—En un café de la plazuela de la Cebada.

—¿Qué hora es?

—La una de la madrugada.

—¡Ah! ¡magnífico! Dispon que me saquen la ropa.

—¿Para qué?—preguntó admirado Carlos

—Para salir.

—¡Para salir! Mirad que está lloviendo, y la hora es demasiado avanzada para vuestra edad.

—Cuando se va á recobrar la limpieza del honor, ni es uno viejo, ni es tarde, ni llueve, ni truena jamás.

—Pero es que diluvia!

En efecto; las nubes que corrian empujadas por el viento Norte cuando Cárlos llegó á la quinta, se habian ido estacionando y apiñándose, produciendo por fin una copiosa lluvia que con pesadez se desplomaba sobre Madrid.

—Mucho mejor—esclamó el anciano.—Con ésto estará más animada la reunion, y tendré más testigos al quitarle la máscara á ese *leoncito* que de tanta osadía se jacta. Esas carcajadas que tú oyes por las noches en el jardin, no son, no, producidas, como tu crees, por la misma Elvira, sino por ese baron que yo he de hacer, ó valgo poco, que se reconozca por un cobarde, ó que dé una satisfaccion á tu agravio. Soy muy viejo, hijo mio, conozco el mundo y conozco la nobleza. Elvira sin duda no pertenece á esa clase; Elvira es hija, á no dudar, de la desgracia, y está oprimi-



da también por ese que, habiendo dominado á su padre con sus riquezas, hace de los dos lo que le place, y condena á aquella infeliz á una vida de amarguras. ¿Cómo se titula? Barón de...

—De Creveux,—interrumpió Carlos.

—Está bien. Anda, pues, y mientras me visto, proporcióname un carruaje.

Carlos fué á insistir; pero el anciano con una imperiosa mirada le hizo comprender que su resolución era irrevocable.

Media hora no habria trascurrido todavía, cuando aquel salia vestido, no ya de clérigo, sino transformado en un caballero elegante, y, subiendo en el carruaje que le aguardaba á la puerta, se trasladó en un momento á la plazuela de la Cebada, mientras que Carlos se violentaba por no haber permitido aquel que le acompañara, como deseaba.

Llegó por fin á la puerta de una casa de casi repugnante apariencia, y entró en ella.

Tenia la muestra de café, y por consiguiente todo el mundo podia entrar; pero, sin embargo, era de lo que menos tenia, pues que aquello

era una salvaguardia para poder estar reunidos varios hombres de *aventura* sin ser notados.

El café, pues le seguiremos llamando así, ocupaba el piso bajo y el principal.

El anciano entró, como hemos dicho, pero no viendo allí sin duda lo que él buscaba, subió al piso principal, y, abarcando con una mirada todo el salón, se fué á sentar en una mesa no lejana de dos ó tres juntas, rodeadas por una multitud de jóvenes que conversaban y bebían alegremente.

Estos, al verle, como movidos por una misma idea, se miraron unos á otros, y, dejando la conversacion que tenían empeñada, por temor sin duda de que aquel inesperado huésped no llevase muy buenas intenciones y fuera su objeto oír para luego delatar, cosa que estaba muy en boga en aquella época, dijo uno en alta voz:

—Conque parece que por fin á Arturo le tenemos enamorado.

—Así parece,—contestó un segundo,—aunque, á decir verdad, lo dudo.

—Yo no solo lo dudo,—replicó un tercero,—

sino que hasta apostaria á que no lo está. Es muy duro el palomo para que se haga tierno, por más fuego que se le ponga.

—En verdad,—esclamó otro,—que él es de una naturaleza tal, que le sucede lo que á aquellos que mienten mucho, que concluyen por creer sus propias mentiras. Y sino, ved qué le sucedió con la hija del tejedor.

—Pero allí medió el orgullo y el amor propio.

—Una apuesta.

—¿Y creéis que en materias de amor se puede apostar?

—Sí; por que la cabeza debe dominar al corazón.

—Debe; pero no siempre puede.

—Pues bien: vosotros, que creéis que Arturo ama con pasion á esa Elvira, ¿quereis ver cómo por un almuerzo, por un café, por una apuesta cualquiera, la deja?

—Mirad que el padre no es ahora un tejedor que tenga que desesperarse antes que se le administre justicia. El padre de Elvira es noble y rico, y si Arturo tiene poder, aquel tiene más.

Por otra parte, hay de por medio un rival, que, según se dice, merece el amor de Elvira, y no permanecería indiferente si notara á la retirada de Arturo un desacato en ella.

—¿Tiene también un rival correspondido por ella?

—Sí.

—Pues ahora me afirmo más en mi idea de que Arturo ama á Elvira como un loco, y que no cejará en su empeño hasta haber conseguido su intento, ó haber hecho que ese rival desaparezca.

El anciano dió un salto en su asiento, como movido por un resorte.

—Lo que prueba evidentemente—continuó uno de los contrincantes,—que lo que obra en él es el orgullo, y no el amor.

—¡Pues es claro! ¡Quién piensa hoy en amar, y particularmente en amar según la escuela platónica! ¡Eso es de mal tono!....

Estas y otras consideraciones las hacían en voz alta, sin sospechar que era lo que le interesaba al anciano, y no lo que hablarían antes de su llegada.

En el café se habla siempre generalmente en alta voz, y es donde se cuentan todas las historias de amores, y donde se discute la virtud, el honor y cuanto existe en el mundo entre el número de los axiomas.

El café es una calamidad para las mujeres, y con razon le temen extraordinariamente. ¿Qué sucederá en Madrid, muy en particular en cuestion de amores, que no se diga y se comente en el café, ese punto de reunion precisa en la córte, á donde se acude para tratar de asuntos, para ver á un amigo, para hacer un encargo, para saber el estado de cierto negocio, para tratar de política, para escribir las gacetillas de los periódicos, para suponer las crisis, para remediar el estado financiero del país, para gobernar *en teoría* la nacion, y, en una palabra, para cuanto hay que pensar, hacer, negar, decir, comentar y discutir?

Los amigos de Arturo, pues, seguian esta costumbre, y llevaban á vueltas á su amigo y á Elvira, creyendo que nadie escuchaba, ni á nadie le podia interesar.

Al anciano le interesaba; pero, sin embargo, no le satisfacía mucho aquella discusión, porque su objeto era ver y conocer al baron, y, por lo que se desprendía, el baron no estaba allí.

Siguió, pues, aguardando, sin prestar casi atención á lo que hablaban, porque cuanto pudieran decir y cuantas reflexiones pudieran hacerse se las había hecho él ya, y había formado su opinion sobre aquel hombre.

Principió, por fin, á amanecer, é iba ya á disolverse aquella reunion y el anciano á impacientarse, cuando, no pudiendo contenerse por más tiempo, se acercó á aquellos, y les preguntó con una voz tranquila, y como indiferente:

—Perdonad, caballeros, si soy indiscreto quizás. ¿Conoceis al baron de..... Creveux?

—Tanto le conocemos—contestó uno—que le estábamos esperando.

—¿Me podríais decir dónde vive? Me urge hablarle, y.....

Al hacer esta pregunta, todos fijaron su vis-

ta en él, y le inspeccionaron los menores movimientos de sus ojos.

—No lo estrañeis: es un negocio que le interesa á él y á mí: me prometí verle en este sitio, porque me figuré que asistiría; pero viendo que no ha venido, os suplico me digais en dónde le podré ver. Si desconfiais, si mis canas no pueden servir de seguridad para poder ser admitido en su casa, decidme, citadme un punto en donde le pueda hablar.

—Perdonad, caballero; no ha sido desconfianza lo que ha motivado nuestra estrañeza..... pero como.....

—Sí, lo comprendo; mas.....

—Caballero de Gracia, 15, principal, es su casa.

—Os doy las más sinceras gracias, y os repito dispenseis mi libertad al venir á importunaros. Mañana veré al baron.

Y, tras un signo sencillo y elegante de despedida, se alejó, dejando confusos á todos aquellos jóvenes, que se deshacian en conjeturas sobre el objeto de aquel hombre.

—¿Será algun padre?—esclamaba uno.

—¡Si será tal vez algun marido de mujer joven!—replicaba un segundo.

—¡Si será rival!—esclamaba por fin otro en medio de grandes carcajadas y pullas, dirigidas á unas canas, que, aunque no fuera mas que porque eran canas, debieran haberlas respetado más.

Y entre preguntas y respuestas, observaciones y conjeturas, se levantó la sesion, como hubiera dicho hoy cualquiera de ellos al comparar lo que ellos habian hecho, y lo que se hace en el punto que motiva esta frase tantas veces repetida sin producir nada al país, y se retiraron todos, cuando el sol doraba ya las calles de Madrid.

V.

El anciano se marchó al momento á casa, y contó al jóven, para tranquilizarle, lo acaecido.

—Pero, ¿qué intentais hacer?—preguntó Carlos:—¿para qué quereis saber la casa?

—¿Has sentido miedo alguna vez?—interrumpió el anciano.

—Pero.....—balbuceó el jóven.

—Tú contesta. ¿Has sentido miedo alguna vez?

—Jamás.

—¿No tendrías reparo en matar á un hombre?

—¡Matarle!....

—O que él te mate á ti.....

—¿En duelo?

—En duelo.

—Ninguno. Pero, ¿qué sucede?

—Mañana te has de batir con el baron.

—¡Batirme!

—Sí; ó te has de batir tú, ó me bato yo.

—¡Batiros vos! ¡estais loco!

—Sí, yo: te han insultado; tú eres mi hijo, y quien te insulta á ti me insulta á mí, y nunca dejé impune ninguna ofensa. Fuerza es decirlo ya: queria ocultártelo; pero no puedo por más tiempo: hoy se ha recibido una carta para ti.

—¡Una carta! ¿De quién? ¿De ese miserable?

—No; de Elvira.

—¡De Elvira!....

—Sí; la he llevado conmigo para estampársela en la cara á ese Arturo. Lee.

Y le entregó un papel que Cárlos cogió con avidez.

Decia así:

«Cárlos: Pudiérais haber conocido ya que los amores que han mediado entre los dos han sido un juego del que vos érais el protagonista. Ni el silencio ni la soledad en los jardines, ni las carcajadas con que han saludado vuestra aparicion en aquel lugar, han bastado

para hacéroslo comprender. De hoy más, pues, seguid pintando, y no volvais á los jardines de —*Elvira.*»

Cárlos, á medida que habia ido leyendo la carta, habia ido exaltándose, y cuando llegó al fin, exclamó estrujando entre sus manos aquel infame papel:

—¡Miserable!.... ¡Mujer habia de ser, y mujer *noble!*.... Maldiga el cielo....

—Nada de maldiciones, Cárlos—interrumpió el anciano;—sosiégate: trae ese papel, observa y reflexiona. Cómo crees tú que *Elvira* habrá escrito esta carta, con pena ó con alegría?

—Con alegría..... riendo..... gozándose en su obra y su burla insensata,—exclamó desesperado.

—Con pulso firme, ¿no es así?

—¡Claro es!.... el asunto no puede ser más placentero.

—Pues escucha: mira.

Y el anciano, desplegando el papel, lo estendió sobre una mesa.

—¿Ves esa letra?

—¿Y qué?

—Que esa letra no es natural.

—¿Qué quereis significar?—dijo vivamente Carlos, como queriendo vislumbrar un rayo de esperanza.

—Esa letra—continuó el anciano,—está temblorosa; los caracteres son desiguales, irregulares, y faltan algunos. Además, ¿observas esta mancha, y ésta, y ésta en que está disuelta la tinta? Pues esas manchas son lágrimas, lágrimas, Carlos, que dicen mucho en una carta, lágrimas que algun otro menos viejo que yo no hubiera notado; pero que para mí dicen mucho.

—Luego quereis suponer.....

—Sí; quiero suponer, supongo..... digo más; afirmo, que esa carta le ha sido dictada á Elvira, y obligada á escribir á la fuerza, y, en su desesperacion, ha llorado. Las lágrimas han ensuciado este papel, y esas manchas que para el que la ha hecho escribir no significan nada, para mí significan mucho, y para ti tambien deben significar. Esa carta la ha hecho escribir Arturo. Á Arturo, pues, veré mañana, y haré que te dé

una satisfaccion por sus agravios, y si no te la quiere dar, me la dará á mí, ó le mataré.

—¡Oh! ¿luego puedo esperar todavía en Elvira?

—Mientras viva debes esperar. En estas circunstancias no vale que ella misma te diga: «te aborrezco:» mírale los ojos, tócale la mano, obsérvale el corazon, y en todas partes verás contradecida aquella negativa. Ahora recojámonos un poco: cuando sea más tarde, me veré con el baron. Déjalo de hoy más á mi cuidado: yo aclararé este negocio.

—En vuestras manos lo dejo todo.

—Descansa, pues: hasta luego.

—Hasta luego.

Y se retiraron á sus respectivos aposentos.

Largo rato habia trascurrido, y aun no habian podido conciliar el sueño.

Cárlos, fluctuando entre la esperanza, la duda y el desengaño, tenia alternativamente pensamientos de placer ó desesperacion.

Quando la esperanza le sonreia, sonreia él

tambien: veia el mundo bello, y se creia que todos los demas obstáculos que se pudieran presentar, teniendo el amor de Elvira, le serian fáciles de vencer: aquel odio por parte de la familia de ella le parecia cosa insignificante, y hasta parecia querer desafiar al destino á que se conjurara más todavía contra él. «Que no me falte el amor de Elvira—esclamaba—que Elvira me sea constante, y lo demas, ¿qué me importa? Son vanas pretensiones el querer que yo desista de mi empeño y que renuncie á una felicidad tan placentera como la que me brinda la mano de Elvira. Nunca, nunca lo conseguirán.» Pero luego, como si fuera por un efecto de cosmografía, estas bellas ideas desaparecian, presentándose en cambio las de que Elvira le era infiel, y que, seducida por el oropel del baron, le dejaba y se avergonzaba de haberle amado alguna vez. Eran tan incoherentes las reflexiones que hacia en este caso, que renunciamos á enumerarlas.

Cuándo creia culpable de esta variacion al padre de ella, que, á fuerza de ponerle en ridícu-

lo, la habia hecho convencerse de ello y renunciar á su amor; cuándo lo atribuia al carácter voluble de Elvira y al deseo de tener varios adoradores, y cuándo, en fin, creia que toda aquella trasformacion era debida á los extraordinarios resortes del baron, entre cuyos resortes se le presentaba la idea de que si alguno de éstos seria la impostura, haciéndola ver que ella se le reia, para que, ofendido, la abandonára, y ella más ofendida, se resintiera, tratára de olvidarle, y se arrojára para conseguirlo en brazos del otro.

De esto surgia nuevamente la duda, y de la duda pasaba otra vez á las sospechas, embrollándose más y más, y concluyendo por no poder conciliar el sueño ni mucho menos entenderse á sí mismo.

Al mismo tiempo, el anciano, si bien pensando con esa madurez propia de los años y la reflexion que enseña la esperiencia, estaba violento por no poder ir ya á exigir á aquel imberbe la satisfaccion que reclamaba su amor propio y el honor de su ahijado.

—Yo necesito—decíase á sí propio—demandarle á ese baron, ó á ese nadie, una esplicacion clara de su conducta, y luego, cuando el honor esté perfectamente vindicado, ir al padre de esa muchacha y descubrirle el secreto que ya no puede permanecer oculto para él; es preciso decirle que Cárlos es..... pero no; su madre me encargó al morir que no revelase nada á nadie; que fuese siempre un secreto el origen de ese niño, y he de cumplir con su encargo. Me advirtió que el dia que Cárlos fuese á contraer matrimonio le diese el cofrecito que guarda los secretos de su procedencia, y no puedo hacer mas que callar hasta que llegue este caso, porque de lo contrario, seria faltar á mi juramento.—¡Ah! pero ella no debió prever el caso en que él se enamorase de una hija de un noble y le despreciaran porque, en la apariencia, no fuera él noble tambien, y en este caso escepcional, yo debo ir y manifestarlo todo, todo; debo decir..... No; exigiré al baron la satisfaccion que me debe, y nada más. El tiempo me descubrirá terreno: yo ademas no sé todavía quién es ese marques ni



esa Elvira, ni si son ricos ó no lo son. Creo que Elvira es buena amante y buena hija tambien; luego lo mismo será buena esposa y buena madre despues.

Y con estas reflexiones quedó dormido.

.....
 Cuando despertó, no habian trascurrido todavía tres horas, y ya Cárlos estaba levantado.

No habiendo podido dormir, parece que deseaba ver llegar el momento de batirse con el baron.

El anciano, por el contrario, aunque lo deseaba por una parte, lo temia por otra, y así es que, con gran calma, se desayunó, se vistió, y, metiéndose en un carruaje que habia hecho venir, se dirigió á la calle del Caballero de Gracia.

Llegado allá y enterado de si estaba visible el Sr. Arturo, se introdujo en un elegante gabinete, prévio el oportuno aviso y permiso para pasar.

El gabinete era lo más elegante que se puede concebir, tanto más notable cuanto que era

de un jóven rico y derrochador, y generalmente los cuartos de éstos se distinguen siempre por el desórden y desaliño, aunque los objetos todos sean de mucho valor.

El gabinete á que nos referimos tenia las paredes forradas de seda azul con estrellitas de oro; un gran divan le rodeaba, y en el centro, otro de cuatro caras, formaban una especie de ceñidor ó verja á un elegante y sencillo parterre, de cuyo centro salia una cristalina fuente que parecia regar aquellas plantas y flores que se mudaban con las estaciones. Algunos lienzos adornaban las paredes, y cuatro magníficas lámparas pendian del techo, advirtiéndose por doquier un gusto especial al ver combinadas en juegos caprichosos, el agua, las flores y la luz. Este gabinete, en fin, parecia más bien el cuarto voluptuoso de Vénus, que el severo de un Apolo.

Á la entrada del anciano, un jóven salió á recibirle, y, haciéndole sentar en uno de sus muebles divanes, le interrogó acerca de su objeto.

—Os estrañará tal vez mi visita,—dijo el anciano.

—Me estraña en efecto—contestó Arturo—pero, sea cualquiera su objeto, me complazco en ello, porque, aunque jóven, la ancianidad y el talento son para mí prendas muy respetables.

—¡Ojalá el corazon no os engañe! Pero, yendo al asunto, supongo que estaremos solos y que nadie nos oirá.

Arturo instintivamente miró fijamente al anciano, se levantó, abrió consecutivamente dos puertas-cristales que tenia aquel saloncito, inspeccionó el interior, volvió á cerrar, cerró tambien la puerta por que habia entrado el anciano, y, volviendo á su lado, dijo:

—Estamos enteramente solos: podeis hablar.

El anciano miró fijamente á Arturo, y haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, principió diciendo:

—Jóven Arturo, ¿teneis corazon?

Á esta pregunta tan estraña, tan inesperada, tan original, se quedó atónito, y despues de un momento de silencio, de indecision respecto á la respuesta conveniente, contestó:

—Corazon de veinticinco años, fuerte y so-

berbio como un leon, é incapaz de inmutarse por todo lo del mundo.

—Lo comprendo; pero á eso que vos llamais tener *mucho corazon*, es á lo que yo llamo no tener *ninguno*. Corazon que *no se inmuta por todo lo del mundo*, corazon que no llora al ver llorar, y más á una mujer, Arturo, á una mujer débil, insuficiente para resistir en una lucha, eso no es corazon, eso es un callo al que no penetra más voz que la del egoismo, la del amor propio y la del interés.

—¿Qué quereis decir?....

—¿Os acordais de Elvira?

—¡De Elvira! ¿La conoceis?

—¡Que si la conozco!....

—Acaso os manda ella.....

—Sí; me manda á que me quejé á vos por vuestra crueldad, ya que ella no puede hacerlo por sí. Ayer la hicísteis escribir una carta, violentándola para que ridiculizara á su amante: la carta fué en efecto á su destino; ¿pero creéis, Arturo, que tan pobre de recursos está Elvira, que no pudo espresar entre las pala-

bras que vos las dictásteis: «Cárlos, yo te amo, esto que te escribo no es lo que siente mi corazón?»

—¿Y cómo se ha atrevido Elvira?..... pero..... por otra parte..... esa carta que escribió, la vi, la leí yo antes de mandarla á quien iba dirigida..... ¿Cómo os lo ha dicho ella? ¿quién sois?

—No os apresureis, Arturo: filosofemos. Elvira no os ama.

—Pero su padre exige que se una á mí, porque soy rico, soy noble como ella, y puedo hacerla feliz.

—Pero sin ella amaros, ¿cómo podeis hacerla feliz? ¿sabeis lo que es la palabra *felicidad*? Sabeis que para ser felices dos seres no necesitan ser ricos, ni nobles, ni de alta alcurnia, sino amarse, tener buen corazón y ser honrados?

—Pero si Elvira se uniera con ese á quien ama, seria condenarse á vivir en la oscuridad, en la miseria.

—Pero él es honrado, ¿ó es, por el contrario, de mal proceder?

—Él es un pintor, cuando ella es una marquesa.

—De modo que el ser pintor es una cosa degradante, y por eso le habeis escrito la carta de ayer.

—Yo no la escribí; fué Elvira.

—Pero vos la dictásteis.

—Bien, es verdad..... pero..... su padre..... las necesidades y conveniencias de familia.....

—Y no comprendéis, Arturo, que la letra es mas permanente que la voz; y que si de una palabra dicha á veces sin pensar, se suele pedir una satisfaccion, de otra, pero escrita, para lo cual se necesita que esté pensada y meditada, se pide con mucho mayor motivo? Pues bien, mirad este papel.

Y sacó la carta que aquella madrugada habian leído.

—¿Es ésta la carta que ha escrito Elvira? continuó el anciano con tranquilidad.

—Esa será..... —balbuceó Arturo.

—No, no; vos debeis conocerla.

—En efecto, es su letra.

—Pues en esta carta dice además de lo que vos dictásteis: «Cárlos: esto me lo dictan; y no quiero decirlo; lo que espreso no lo siento; me violentan.»

—No veo.....—dijo Arturo, mirando muy fijamente á ver si descubria algunos signos misteriosos entre los escritos con tinta.

—Mirad, ¿veis esas manchas? pues esas lo dicen. Esto son lágrimas de la desventurada Elvira. Ella, pues, no dice esto que hay escrito; vos lo dictásteis, y por lo tanto vos solo sois el que lo decís; vos solo, pues insultais á Cárlos, vos solo sois el que le sonrojais, y por consiguiente, como caballero, creo que no rehusareis probarle todos los estremos que tratais de probar á Elvira.

—¡Luego es Cárlos quien os envia, y no Elvira!

—Es Cárlos y Elvira. Cárlos, porque le insultais; Elvira, porque la oprimís. No sé por qué cansaros: vos no amais á Elvira, por mas que os esforceis en probarlo; y Cárlos, que la ama, y que se ve ofendido por vos, que le insultais, y

maltratais á una distinguida y virtuosa jóven, os pide una satisfaccion á sus agravios, agravios que han atacado á su honor..... y manchas que en el honor se hacen, no se pueden borrar sino con sangre.

—¡Luego los pintores tambien quieren solventar sus cuestiones como los nobles, con dueños!—interrumpió Arturo con sarcasmo.

—Los pintores, caballero—contestó el anciano con enérgica dignidad,—cuando se les hiere no son pintores, son leones; leones que se ponen frente á un noble, y son más nobles que aquel. Y además, Arturo, que Cárlos, aunque pintor, tiene pergaminos como vos.

—Y bien: ¿qué quereis?

—Que os batais; que perezca uno de los dos.

—¿Qué sois vos de Cárlos?

—Padre.

—¡Padre! ¡Y quereis esponer la vida de vuestro hijo!

—Es que la vida de mi hijo es el honor, y antes que vivir sin él, yo propio le mataria. Ya no es aquí la cuestion de una mujer la que

obra; es la honra suya, es la honra de mis canas; y si no os batís con él, os batireis conmigo, y, si no, os mataré alevosamente, porque con más orgullo puedo vivir siendo asesino que deshonrado.

—Pues bien, caballero, nos batiremos. Pero yo os juro que Elvira no será de Carlos, aunque yo perezca.

—Y yo á la vez os juro que será del señor, y hasta de la muerte primero que vuestra.

—Veremos. ¿Y las condiciones del duelo?

—Á cualesquiera me presto.

—¿Quereis pistola?

—Me place. ¿Á qué hora? ¿cuándo? ¿en dónde?

—¡Me estraña, vive Dios, la sangre fria con que ajustais la muerte de vuestro hijo! ¿Sabeis de cierto que es valiente, y no temblará al verse frente al cañon de una pistola?

—Nunca ha temblado, ni nunca tampoco se ha reido de otro, valido de la oscuridad.

—¿Qué quereis decir con eso?

—Que los que se valen de la oscuridad para

prorumpir en carcajadas de sarcasmo, son los cobardes; mas no los que llaman á aquellos á la luz y no logran verlos.....—Pero, en fin, estos son hechos que mañana se aclararán con la decision de la suerte, que favorecerá á la justicia.—¿En dónde nos veremos?

—En el Retiro, al amanecer, junto al estanque.

—¿Solo?

—Podeis venir acompañado de quien os plazca: nosotros iremos los dos solos.

—Está bien.

Y poco despues, con la misma finura y galantería que á la entrada, se despidieron.

—Mucho siento que comprometais la vida de vuestro hijo—añadió Arturo, acompañándole hasta la puerta.

—Mucho siento que hayais comprometido la vuestra, replicó el anciano.

VI.

Mientras esto sucedía, y mientras el pobre padre de Carlos estaba violentándose y destrozando el corazón con la horrible idea de la probabilidad de que su hijo pereciera en el duelo, que ya casi sentía el que se verificara, y de cuyo paso principiaba á arrepentirse, al paso que se iba acercando la hora, en casa de Elvira estaba ocurriendo una escena verdaderamente singular, y que por el interés que presta á nuestra narración pasamos á describir.

Serian como las dos de la tarde, el tiempo continuaba nublado como la noche anterior, el padre de Elvira había salido por la mañana, y aquella permanecía sentada en un sillón al lado de una ventana que daba vista, por un lado, al camino que en otro tiempo contemplaba con

tanta ánsia, por otro al jardín, en que tambien llegaba á distinguir la tapia por donde saltaba todas las noches su adorado Carlos, y allá en frente, á una inmensa llanura que por la misma carencia de objetos en que posar la vista, la tenían absorta y meditabunda.

Elvira no era ya aquella niña hermosa, jovial y alegre que hace algun tiempo veíamos: por el contrario, en su semblante se notaban las huellas indelebles del insomnio y sufrimiento.

Aquella infeliz mujer padecia horribilmente. Amaba; amaba con esa pasion primera, inmensa, con que ama una mujer á los veinte años, cuando todavia no ha conocido ni ha vislumbrado siquiera otro placer que llegar á pertenecer un dia al objeto de su amor; y esta pasion, muy lejos de fomentarla y gozar con sus bellas ilusiones, tenia que ocultarla, renunciar á ella y escuchar á cada paso palabras de amor de otro hombre á quien odiaba y á quien favorecia su padre hasta el punto de darle facultades para que la apostrofase duramente y la obligase á hacer lo que

creyera conveniente, á fin de que desaparecieran unos amores tan arraigados en su jóven é inocente corazon y que no tenian otro inconveniente que no estar cubiertos de deslumbrante oropel.

Por otra parte, su padre principiaba á sentir remordimientos, y esto amargaba más la triste situacion de la infeliz Elvira.

Rafael se acordaba de su desdichada Teresa; sentia *al cabo de veinte años* el rigor con que la habia tratado, y esto, y el que nadie ni en Zaragoza, ni en Madrid, le dieran razon de ella, le tenian cada dia de peor humor, no hablando en casa mas que palabras secas y duras. que resonaban como un lúgubre eco en el corazon de su hija.

El comportamiento de esta, á quien cada dia amaba más por ser el retrato de su madre y el único recuerdo que de ella conservaba, le tenian tambien inquieto; y cada vez que se acercaba á ella para imprimirla un beso, se le escapaba una lágrima que iba á caer sobre su pálida frente, haciéndola tambien prorumpir

en un llanto de amargura capaz de contristar y conmover á un corazon menos obcecado que el de Rafael.

Un padre, á trueque de ver feliz á un hijo suyo, acepta todos los sacrificios imaginables en el mundo, y el padre de Elvira consentia en ver sufrir á su hija, que era lo más penoso para él, con tal de verla mas tarde dichosa. Los medios no eran los más conducentes; pero él lo creia así, y esto en parte le disculpaba; aunque fuera á conseguir lo contrario de lo que se proponia.

Todo esto, pues, excepto la causa del mal humor y desesperacion de Rafael, cuya causa afortunadamente ignoraba, se le presentaba á la imaginacion de Elvira cada vez que se encontraba sola, como el dia que nuevamente la presentamos á nuestros lectores.

En este dia, lo que más la ocupaba era la carta que habia tenido que dirigir á su amante, hostigada por Arturo, que, abusando de su posicion y de las facultades que el obcecado de Rafael le habia dado, la hizo escribir.

Haber tenido que echarle en cara su posición cuando es la que menos la importaba, era una cosa que la entristecía y la hacía derramar hermosas lágrimas.

Y decimos *hermosas*, porque siempre en los ojos de una mujer es muy hechicera una lágrima cuando es derramada á impulsos de la virtud, de la nobleza y del amor.

Elvira amaba á Carlos, y al considerar que le había dirigido una carta ridiculizándole, lloraba y se retorcía las manos de dolor, porque conocía la nobleza de aquel; sabía que un hombre de sentimientos generosos no sufre que se le rebaje, y mayormente por una mujer que más de una vez le había jurado amor eterno, á pesar de su nombre oscuro, de su posición precaria y de la tenacidad y rigor de su padre; y presentía que, al leer un escrito tal, muy lejos de humillarse, se había de ensoberbecer y había de avergonzarse de amar á una mujer que dice tener por juguete lo que antes apreció con lágrimas y selló con un beso; concluyendo, en fin, por olvidar-

la cosa que para ella era peor que la muerte.

—Que le dicte, señor, el corazon,—esclamaba,—que esa carta es violenta, y que no me olvide. No importa que no permitais que me una á él; pero, ¡Dios mio! que no me maldiga por que le hice esperar en una dicha que tambien era para mí; que al morir, al menos tenga el consuelo de que irá á mi sepultura, y, lejos de maldecir mi memoria, derramará una lágrima, que será el único premio que anhelo!....

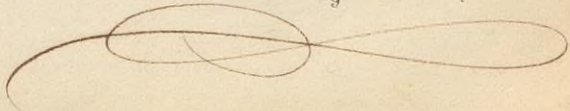
Y profundos sollozos la ahogaban la voz.

Despues, parece que se sentia más animada.

Habia llorado, y con las lágrimas se habia desahogado el corazon. Por otra parte, una confianza interior le decia que el cielo la escucharia y que Cárlos la amaria siempre.

Esta idea hasta la hacia sonreir. ¡Qué modesta en sus aspiraciones es la desgracia! Con solo vislumbrar una esperanza que mitigue la afliccion del desdichado, ya se conceptúa feliz.

Pero ¡ay! que no era ella la más desgraciada! Porque no sabemos qué debe ser peor, si amar y tener obstáculos que impidan la reali-



zacion de las ilusiones formadas, pero siendo correspondida por la persona amada, ó amar, haber sido correspondida, fomentando y haciendo crecer aquella pasion, y despues ser olvidada, cuando el amor hubiera tomado ya tal incremento que fuera imposible contenerle en su camino.

Quando Elvira se habia principiado á serenar, la anunciaron que una jóven deseaba hablarla, y que, sin embargo que la habian manifestado que la señorita no estaba visible, como así lo habia dispuesto, insistió y suplicó se lo dijeran.

Elvira accedió á recibirla, y al momento se presentó una jóven como de veintidos años, morena, de ojos negros y grandes, pero velados por la tristeza. Un aire fino y de candor la distinguian, y en su semblante se apercibian unas muestras que la hizo ser simpática para con Elvira.

Estas muestras eran las huellas que indeblemente se marcan en el semblante: las del dolor y el sufrimiento.

Sabido es cuánto simpatizan dos personas que padecen, y, por consiguiente, no estrañarán nuestros lectores que Elvira quisiera á la desconocida desde que notó que padecía, y esta á Elvira al distinguir no menos que á aquella jóven la aquejaba alguna desgracia, á pesar del auge y el esplendor que la rodeaba.

Las dos jóvenes, pues, al verse, prorumpieron instintivamente en sollozos.

—Y bien,—dijo Elvira por fin, sobreponiéndose á sí misma,—¿qué os conduce aquí? ¿qué me quereis?

—¡Ah señorita! soy muy desgraciada;—esclamó la recién venida sin poder contener el llanto.

—¿Y puedo por ventura seros útil, favoreceiros, aliviaros en esa desgracia?

—¡Ah! sí, mucho; pero temo que os vais á molestar al escucharme.

—¡Ah! eso nunca. Hablad, querida mia, hablad.

—Decidme, — preguntó la desconocida, — ¿amais vos al baron de Creveux?

Al oír Elvira este nombre, palideció, dió un salto en el sillón en que estaba sentada, y dejando violentamente la mano de su nueva compañera que tenia cogida, exclamó:

—¡Yo!....

—¡Oh! no os enfadeis, bella señorita. Yo padezco muchísimo; os contaré mis desgracias, y entonces me compadecereis..... ¡Oh! sí; bien lo sé, me compadecereis.....

—Pero.....—murmuró Elvira.

—Seré breve.

—Bien, contad.

—Mi padre,—principió la desconocida,—tenia el oficio de tejedor. Ya veis, señorita, que con este oficio no podia proporcionarme una educacion muy esmerada; pero era muy honrado, y, en lo que pudo, me quiso inculcar su honradez. Con sus ahorros me puso en un colegio, y yo no sabia que hubiera más mundo que mi padre y mis compañeras, cuando un dia, al salir del colegio, un jóven me siguió y me fué diciendo al oído que me amaba. Yo ignoraba todavía lo que era amar; pero le miré, y

tenia unos ojos tan espresivos, un porte tan distinguido, que me interesó. No sé si seria amor lo que sentí desde luego por él; pero lo cierto es que desde entonces siempre deseaba ir ó salir del colegio por verle, y en cuantas partes me encontraba, y en cuanto hacia, su imágen, entonces hechicera para mí, se me representaba de continuo. Así pasó algun tiempo; y aunque al principio temia hablarle, á pesar de gustarme mucho el verle, bien luego fui perdiendo aquel miedo, y ya le hablaba todos los dias. Figuraos, señorita, qué de cosas me diria. Al principio no me queria decir lo que era; pero despues, más tarde, me dijo que era baron, que era rico, que yo, al enlazarme con él, seria baronesa, que me pondria criadas y tendria carruajes. Yo, como ya le amaba sin saber esto, le amé más. ¡En nuestra clase puede tanto muchas veces la ilusion de alcanzar riquezas!!..... Mi padre, por fin, supo estos amores, y al comprender que era baron, me prohibió espresamente volverle á ver. Pero, ¿qué hacer? Yo le queria ya con toda mi alma, y era más fá-

cil y menos doloroso arrancarme ésta, que poderle olvidar un momento. Seguimos en nuestro amor, y por fin, sin saber ni poder resistir mas á los halagos de su pasion.....

Al llegar aquí se detuvo, el rubor encendió sus mejillas, y dos gruesas lágrimas inundaron su rostro, y despues continuó:

—Cedí á ser suya. ¡Ah! él debiera haberse contentado con este sacrificio; pero nada de eso. Alegando la tenaz oposicion de mi padre, me propuso abandonarle y habitar una casa que él me prepararia. ¡Oh! no debí haber accedido á esto, pero yo le amaba más cada dia; por otra parte, yo no podia separarme ya de él, y confiaba en ser su esposa segun me lo prometia. Me decidí á dar aquel último paso tan aventurado, segura de que al poco tiempo podria compensar el disgusto de mi padre, dándole la feliz nueva de que yo era baronesa, y de que con mis riquezas le podria sacar de su miseria sin necesidad del trabajo..... Pero, ¡cómo me engañé!!!..... Pasaron dias y meses; mi padre murió del disgusto y de vergüenza; yo

dí á luz un niño, y el baron mientras tanto asistia á todos los saraos y diversiones, y me decia que yo no podia asistir hasta que fuera su esposa, pasando de este modo el tiempo entretenida y trascurriendo dias enteros y hasta semanas, sin parecer por mi habitacion. Yo lloraba y sufria extraordinariamente, y si alguna vez le reprendia por su indiferencia, me contestaba regañándome y hasta haciéndome ver la distancia que habia de las jóvenes amigas tuyas, á mí. Un dia, por fin, me vino hablando de una tal Elvira, y para que comprendais, señorita, con la crueldad que se portaba, me decia que era muy linda, de una educacion esmerada y que le habia impresionado extraordinariamente. Soñaba con ella, la nombraba á cada paso y no habia ya para él más gloria ni más placer que su Elvira. En suma; hasta me llegó á decir en una ocasion que Elvira seria la señora y yo seria su criada. Juzgad la impresion que me haria una palabra semejante cuando le habia dado por su amor, el mio, mi honor y mi padre; la vida de mi padre. En este estado, yo me retorcia las manos

de dolor, la vergüenza me sofocaba, y un odio mortal hacía esa Elvira que entonces no sabia que fuérais vos, me hacia desearla la infelicidad y el estado en que yo me encontraba. Por fin, me enteré de quién érais, y al saber que sois tan buena, el comprender que vos, aunque le ameis, no podreis quererle si sabeis que vuestra dicha ha de ser á costa de la infelicidad de otra, me he decidido á venir á hablaros, á suplicaros, que me devolvais el amor de Arturo, el padre de mi hijo, por más que haya sido el usurpador de mi honor y el asesino tácito de mi padre. Si vos os unís á él, yo me quedo deshonorada y mi hijo sin padre. ¡Ah! por Dios, señorita, no me negueis esta gracia que os pido. Si le amais, renunciad á él: mas fácil os puede ser á vos que á mí..... Yo no puedo olvidarle: le reclama mi honor, y mi hijo, el suyo tambien.

Y la infeliz cubria de lágrimas las manos de Elvira.

Cualquiera puede formarse una idea aproximada de la impresion que este relato habria hecho á Elvira.

Si esta hubiera amado á Arturo, la situacion seria comprometida; pero aun así, ¿qué iba á contestar á aquella infeliz mujer, víctima de los desmanes de aquel hombre?

Elvira, sin embargo, se decidió.

—¿Cómo os llamais?—la preguntó.

—Elisa, señorita,—contestó la interrogada.

—Pues bien, Elisa, yo no amo á Arturo.

—¡Qué decís! ¡No le amais! ¡Es cierto! ¡Oh! decidme la verdad.

—La verdad os digo, y no solo no le amo sino que le detesto, porque ese Arturo, aunque por otro estilo, es la causa tambien de mis desgracias. Yo amo á otro, y él, en union de mi padre, combate esta inclinacion de mi alma. Ved, pues, si no tengo motivo para odiarle. Bajo este supuesto, decidme en lo que pueda seros útil, y lo haré.

—¡Ah! pero él os ama sin duda.

—Así lo dice al menos.

—Pues bien; ya que tan amable sois y que no os desdecís de lo que me habian afirmado respecto de vos, sedlo una vez más para conmigo.

—Decid.

—No hagais entrever á Arturo esperanza alguna de que podais llegar á ser suya; hacedle comprender que sabeis nuestros amores, y recordadle la obligacion que tiene de cumplirme sus promesas.

—Así lo haré, y para que veais que le quito toda esperanza, dentro de un mes voy á entrar en un cláustro.

—¡Ah! ¡vos en un cláustro!

—Sí, mi padre no quiere que me enlace con el que yo amo, y entre enlazarme con Arturo ó meterme en un cláustro, he optado por lo segundo. Así consigo dos cosas: dar paz á mi corazon y á mi cabeza, y entreabrir las puertas de la esperanza. ¡Quiera el cielo que seais vos más feliz que yo!

—¡Oh! gracias, señorita, gracias.

—Pero de hoy más, nada de señorita; somos amigas desde este momento, y este tratamiento sienta muy mal.

—Sí, pero.....—balbuceó Elisa radiante de alegría.

—Nada, nada,—replicó Elvira con estraña jovialidad:—yo no soy para ti más que tu amiga Elvira. Te prometo que te enlazarás con Arturo, y por consecuencia debes confiar en la Providencia y en mí. ¡Ojalá me pudieras prometer tú lo mismo respecto á Cárlos! pero.....

—¿Le llaman Cárlos á tu amante?—interrompió vivamente Elisa.

—¿Le conoces acaso? interrogó con interés Elvira.

—¿Es pintor?

—Sí, pintor.

—¡Que si le conozco! Como que somos hermanos. Mi madre murió poco despues de darme á luz, y la madre de Cárlos, que entonces le criaba á él, me crió y me educó hasta que la pobrecita murió ciega.

—¡Ciega!

—Era muy desgraciada sin duda; siempre estaba llorando, y alternativamente nos cogia á Cárlos y á mí, nos daba un beso, y exclamaba: «¡Desdichados! más valiera que no hubiérais nacido.» Pertenece á muy buena familia; habia

ocupado una brillante posición, y al contemplarse en la miseria, casi se desesperaba, y se lamentaba por el porvenir de su hijo.

—¡Ah! ¡quién sabe si será noble también, y mi padre, en vez de mitigar esa desgracia causada quizás por los franceses, le desprecia!

—¿Y qué puedo yo hacer por ti?

—¡Ah, Elisa! nada: á mí me está vedado entrever un rayo de esperanza.

—Y eso, ¿por qué?

—El por qué, ni yo misma lo concibo; pero parece que el corazón me dice que no he de ser nunca de Carlos, que nuestras ilusiones no se han de realizar jamás.

—¡Oh! eso no, Elvira: tú debes confiar. ¿No confío yo también?

—Tú estás en muy diferente caso. Mi padre no accederá en la vida á ese enlace.

—¿Quién sabe!

—Yo no aspiro más que á una cosa: á que Carlos no me aborrezca, á que Carlos comprenda que yo le amo, y le amaré mientras viva; á que Carlos, en fin, al verme en el claustro no

se olvide de mí, que venga á verme, y aunque sin esperanza de ser felices le vea sonreir. ¡Ah! que sepa que me ama, y soy dichosa.

—¡Ah no, Elvira! tú debes aspirar á más. ¿Cárlos te ama?

—Me amaba; pero ahora.....

—¿Dudas que ahora te ame tambien?

—Sí, dudo, porque yo no debí nunca haberle escrito la carta que me obligó á poner y me dictó Arturo, carta en que le insultaba, y que él habrá estrujado entre sus manos maldiciéndome sin cesar.

—Pero ¿esa carta la escribiste violentamente?

—Sí, hostigada por mi padre y por Arturo.

—¿Y qué se puede hacer?

—Qué se ha de hacer cuando se ha herido el amor propio de la persona á quien se ama?

—Pero se le puede hacer comprender lo que ha mediado.

—¡Ah! con eso estaria contenta. Que supiera tan solo que no he querido insultar á quien le daría mi vida entera.

—Pues yo misma me encargo de eso.

—¡Tú!

—Sí; nos cambiamos los encargos: tú el de devolver la paz á mi corazón, yo el de devolvértela al tuyo.

—Somos, pues, doblemente amigas.

—Sí, Elvira, y lo seremos *siempre*; ¿no es verdad?

—Sí, sí, *siempre*.

Y despues de este *siempre* tan espresivo, tan armonioso, tan encantador, se despidieron aquellas dos nuevas amigas, prometiéndose ver en breve, y tener tal vez ya entonces, algo más desahogado el corazón.

VII.

Efectivamente, pocos días despues, las dos amigas volvieron á verse.

La alegría que experimentaron al encontrarse de nuevo reunidas, es inesplicable.

Pero esta alegría fué tan momentánea, tan veloz, tan imperceptible apenas, que casi en el mismo acceso de alegría se notaron en una y otra miradas tales de melancolía que daban á entender que no tenian que contarse nada de satisfactorio.

Elvira la queria interrogar sobre el resultado de su encargo; Elisa, á su vez, queria contarla tambien lo que aquella deseaba, interrogándola al propio tiempo por Arturo; pero una y otra se miraban y se contenian.

Por fin, Elvira, como la más fuerte, al pare-

cer, y de carácter enérgico, vivo y resuelto, rompió aquel silencio, diciendo:

—Y bien, Elisa, ¿qué me cuentas? ¿Qué has conseguido? ¿Has visto á Carlos? ¿Le has hablado?

Elisa se detuvo un poco, y vaciló en contestar.

—Pero, ¿qué sucede? preguntó Elvira con ansiedad.

—Nada, amiga mia; nada,—contestó Elisa, como violentándose y como haciendo un supremo esfuerzo.—Carlos te ama, sabe la historia de la carta, y confía en ti.

—¡Ah! pero es cierto,—esclamó con alegría Elvira:—¿Carlos me ama? ¿no me maldice? En medio de nuestras adversidades ¿espera, tiene fé en mí?

—Sí, querida: el corazón de Carlos es tuyo.

Y dos lágrimas se desprendieron de sus ya humedecidos ojos, sin que pudiera evitarlo la habilidad que tiene la mujer para disimular, ocultando el dolor que le domine.

—¡Ah!—esclamó Elvira sobresaltada al sor-

prender el llanto de su amiga.—Pero ¿qué sucede? ¡Tú lloras! ¿Qué desgracia aqueja á Cárlos? ¿Qué funesta nueva me tienes que comunicar? Habla, habla, por Dios, no te detengas.

—¡Ah Elvira!—esclamó Elisa con amargura.

—Pero.....—murmuró Elvira.

—Prométeme antes no retirar tu palabra de favorecer mis amores con Arturo; dime de nuevo que intercederás con él para que se una á mí y dé nombre á mi hijo, y te contaré lo que ocurre.

—Elisa, yo solo prometo una vez, y lo que prometo lo cumplo. Algo extraordinario sucede, pero aun en el caso de que Arturo hubiera muerto á Cárlos, que es lo último que puede suceder, aun en este caso, haria porque te unieras á él, y eso que entonces nos tendríamos que separar para siempre.

—¡Oh! ¡separarnos nosotras!

—Sí, Elisa; entre la esposa de Arturo y la amante sin esperanza de Cárlos no podria existir la amistad, sino una valla insuperable, profunda, invencible. Pero..... ¿qué es lo que pasa á Cárlos?



—Te lo contaré. El otro día, al marcharme de aquí, fui inmediatamente á casa de Cárlos, y me encontré al anciano que le cuida, solo, abatido y triste: pregunté por él, y me contestó derramando lágrimas y sin poder articular una palabra, y, por fin, despues que se serenó algun tanto, me dijo que habia tenido un duelo con Arturo y éste le habia herido, encontrándose en aquel momento en un acceso de calentura, que si le podia resistir se pondria fuera de peligro, segun opinion de los facultativos, y que, si no, era inminente una desgracia fatal.

—¡Ah!— exclamó Elvira con una muestra de amarga desesperacion.— ¡Muerto! ¡muerto Carlos!.....

Y se arrojó en brazos de Elisa, confundiendo ambas sus copiosas lágrimas.

—¿Pero lo resistió?— preguntó con vivo interés Elvira:—Está fuera de peligro, ó ha perecido?

—No, querida,—respondió Elisa;—no ha perecido: resistió aquel ataque, propio de la debilidad y falta de sangre, y hoy esta ya, aunque débil, bueno y sin cuidado.

—¿Y de la carta?

—Conoció que habia sido escrita violentamente, porque estaba llena de lágrimas tuyas, y le hizo comprender que Arturo ó tu padre te la dictarian, y tú, no pudiendo resistir, ni negarte, la escribirías llorando.

—¡Ah! ¡con que ha pensado eso! ¡Gracias, Dios mio, gracias!

—Dice—continuó Elisa,—que él nunca desconfía de poseerte, y que si acaso el destino lo impidiera, tu nombre seria la última palabra que pronunciaría, y el corazón seria el único legado que haría en el mundo para ti.

—¡Oh sí! yo también haré lo mismo. Mi corazón y mi vida es para él..... Pero dispénsame, Elisa mia, que me espese así delante de tí, que al ver que la persona á quien amo me corresponde, estarás triste y te lamentarás de que no te suceda á tí también otro tanto.

—¡Ah! no comprendes, Elvira, lo que te quiero. Ya ves que estoy deshonrada, que tengo un hijo sin nombre, que he muerto á mi padre, que estoy, en fin, separada de la sociedad por mil y

mil razones afrentosas..... Pues bien; dime que tengo que sacrificar todo esto por tí, que de este sacrificio pende tu felicidad y tu union con Carlos, y todo lo sacrifico.

—¡Ah mi buena Elisa, gracias! Pero ni admitiria sacrificio tan grande, ni puedo esperar felicidad en la tierra. Oye, á ti, que eres mi única amiga íntima y á quien aprecio de corazon, te voy á confiar lo que siento en mi pecho, y la razon en que me fundo para no deber esperar la felicidad. Yo no he conocido madre; mi padre me ha querido con delirio; pero en medio de este delirio he sorprendido una cosa extraordinaria, notable. Mi padre, cada vez que se acerca á mí, llora, me mira con ternura, y se aleja triste, abatido y meditabundo. Se encierra en su sala, y allí, cuando cree que nadie del mundo le observa, saca una cajita, coge un retrato que hay en ella, y lo mira, lo besa, y vuelve á llorar. Sabes que nosotras somos muy curiosas, y como al propio tiempo que su ternura veia ese interés ciego por que me una á Arturo y no á Carlos, sin haberse enterado de uno ni de otro, y no ha-

berme dado las razones del por qué se opone, quise averiguar el secreto que encerraba aquella cajita, por si en ella existia el motivo de aquella estraña obcecacion. Al efecto, todos los dias me ponia á observar, y en uno de ellos me pude esconder detrás de la misma cortina, y observé que habia dos retratos; uno de hombre y otro de una mujer que me semejaba á mí, pero era mucho más bonita, de lo que deduje si seria tal vez mi madre. Mi padre los miraba los dos alternativamente, y al fijarse en el de hombre, se alteraba visiblemente, le miraba como con despecho, y lo apartaba de sí con repugnancia. Cogia entonces el de mi madre, y la miraba tambien con disgusto; poco despues parecia disminuir su furor, y más tarde concluia por apartar con indignacion el retrato del hombre, y estrechar con ternura sobre su corazon el de mi madre. Estas raras metamorfosis me hicieron acecharle de continuo, y últimamente ya no miraba mas que el retrato de mi madre.—Pues bien, Elisa,— continuó Elvira despues de una breve pausa; — en esos cambios, en ese secreto

que mi padre guarda tan sigilosamente en esos escondidos retratos que nunca he podido ver mas que en sus manos, en las lágrimas que á mi padre se le escapan al besarme, debe estar, á no dudar, el misterio de su oposicion. Porque, si no fuera así, ¿cómo deseando mi felicidad habia de contrariar mis sentimientos hasta el estremo de obligarme á que me una á un hombre á quien detesto de todo corazon? No diré tampoco que mi padre sea justo en su mandato, por más que exista el motivo que quiera; nada de eso: está alucinado con las apariencias de ese hombre funesto, y exagera sus convicciones; pero estas tienen un principio inconcuso de verdad, de motivo, de razon que no comprendo, que no imagino, pero que debe existir, y su idea me agobia, me sofoca, me asesina.

—Serán tal vez aprensiones tuyas—respondió Elisa para consolarla. —¿Qué relacion puede haber entre tu padre, que es un título y rico, y el pobre Cárlos, que es un pintor y pobre?

—Es que en Cárlos se encierra tambien un misterio que ni le he preguntado nunca, ni aún

ereo que él mismo lo sabe. En fin, Elisa, desengáñate, que yo por desgracia lo he hecho ya: entre Carlos y yo existe un abismo desconocido pero insuperable, abismo que ¡ojalá no me engañara! no lo puede llenar ni hacer desaparecer, aun el inmenso amor que nos profesamos.

Y ahogándola los sollozos, reclinó su cabeza sobre el pecho de Elisa, dando rienda suelta á un llanto consolador que la desahogaba el corazón del peso que la oprimia, y el cual habia ido aumentando con el relato que la hacia re- copilar los infortunios que la aquejaban.

Iba Elisa á esforzarse en disuadir á su desdichada amiga de sus creencias, cuando se oyeron pisadas en la antesala.

Elvira, juzgando que serian Rafael y Arturo, levantó su cabeza, enjugó el llanto, se ordenó un poco el cabello, ensayó una leve sonrisa tratando de dar á su semblante una apariencia de tranquilidad, y escondiendo precipitadamente á Elisa en un gabinete contiguo, se sentó en su sitial, simetrizó con coquetería los pliegues del vestido y cogió un libro que tenia sobre el

velador, para aparentar que se estaba entreteniéndose en leer.

Efectivamente, los que venían eran Arturo y Rafael, y no tardaron en entrar en la estancia.

Arturo, al ver á Elvira, se inmutó; ésta al propio tiempo sintió un impulso de temor hácia aquel hombre porque le veía manchado doblemente; pero, reprimiéndose, lo disimuló y después de saludar á su padre con una dulce sonrisa, se dirigió á Arturo con desusada cordialidad, y le dijo:

—Hola, señor baron, ¡cómo me habeis abandonado!

—¡Abandonaros yo, hermosa Elvira! Nunca, —contestó Arturo lleno de satisfacción por creer que iba principiando á interesar á aquel corazón tan repulsivo á su amor hasta entonces.

—¡Tres dias sin veros! —añadió Elvira.

—Tres dias que os habrán parecido muy cortos.

—Al contrario, muy largos. Cuando una se habitúa á tener al lado un amigo que la hable,

que la distraiga, que la cuente lo que sucede en la corte..... Por cierto que papá pudiera llevarme alguna vez.

—¿Os gustaria vivir allí?

—¡Oh! mucho..... ¡Es tan solitario esto!....

—Os gustaria vivir entre una sociedad bulli-ciosa y amena, y asistir á aquellos bailes lujosos y aristocráticos.

—¡Oh! gozaria estraordinariamente. Esta soledad me va ya cansando; aspiro á otra atmósfera, á otras diversiones; quiero más animacion, más encanto, más vida, por decirlo así.

—Allí tendríais, sin embargo, un inconveniente.

—¿Cuál?

—El que á esos bailes y á esas fiestas deslumbradoras no asiste más que la aristocracia y de ningun modo *los artesanos*,—dijo Arturo con sarcasmo, acentuando la frase notablemente.

—¿Y qué quereis decir con eso?—interrumpió Elvira con precipitacion.

—Que á esos bailes,—continuó Arturo con estraordinaria frialdad,—no podria asistir *Cárlos*.

—¿Otra vez Carlos? Os dije ya, Sr. Arturo, que no me lo volviérais á nombrar. El dia que le escribí la última carta fué para no acordarme más de él, y debiérais tener presente mi encargo.

—Creí que el voto no era sincero, pero si lo quereis.... —dijo Arturo con cierta satisfaccion y visible placer.

—Sí, lo quiero: no vuelva á nombrarse entre nosotros y reinará la cordialidad, y.....

—¡Oh! ¿y puedo esperarlo?—esclamó Arturo entusiasmado.

—En vos consiste,—añadió Elvira.

—¿Y podré tener esperanza?

—Vos habeis de hacer los méritos.

Al oir Arturo que se le daba esperanza, no sabia qué hacer, si juzgarlo verdad y entregarse á la alegría de verse correspondido, ó juzgarlo una farsa y una sátira, y entregarse á la desesperacion nuevamente.

Pero en Elvira brillaba una sonrisa apacible, una sonrisa que hubiera hecho enloquecer al menos apasionado por aquella belleza, que en

aquel momento ó se estaba engañando á sí misma engañando al propio tiempo á Arturo, ó estaba faltando á la fé prometida á Cárlos y al apoyo ofrecido á Elisa.

Arturo, enamorado como un loco y despreciado hasta entonces por el objeto de su adoracion, al sorprender una mirada tierna y una sonrisa de placer, vislumbra ya una esperanza de felicidad, duda sin embargo, vuelve á mirar á Elvira, y observa que, muy lejos de apartar su vista como habia hecho hasta entonces, le mira y muestra una sonrisa que hace enloquecer.

Entusiasmado entonces, la coge con efusion la mano, la besa repetidas veces, y, oprimiéndola sobre su corazon, esclama:

—¡Ay! ¡Elvira! ¡será cierto lo que pienso! podré esperar.....

—Vos lo habeis de decir—replicó Elvira.

—¿Y qué he de hacer para conseguir vuestro amor? ¿No basta que os ceda mi vida? Decidme «te amo, quiero ser tuya,» y en cambio de esas palabras tomad mi existencia.

—¡Oh! no, no quiero tanto.

—¿Pues qué quereis? decid.

—Quiero tan solo que seais condescendiente, que no seais egoista.

—¡Ah! es que por vos soy egoista en extremo. Solo de que os miren tengo celos, de que os hablen tengo rabia.

—Pues bien, si condescendeis con una cosa, acepto.

—¡Ah! con que acepteis ser mia, pedid lo que querais; os complaceré en todo, haré cuanto me mandeis, seré, en fin, vuestro esclavo.

—Es una cosa muy conforme con vuestro carácter. Con ello no tendreis motivo ni de celos ni de rabia.

—Decid, pues, ¿qué es?

En este momento entraba Rafael de vuelta de su excursion á la salita de los Retratos, como la llamaba Elvira.

Esta, como por temor de que su padre oyera la proposicion que hacia á Arturo, bajó la voz y solo se oyó lo que este replicaba.

—Sí, pero pasado ese plazo.....

—Seré vuestra esposa—afirmó Elvira.

—¡Oh! ¿de veras?—esclamó Arturo entusiasmado.

—Si accedeis á ello, si intercedeis con mi padre para que lo permita, os lo prometo.

—Pues bien, acepto,—dijo con satisfaccion Arturo.

Y volviéndose á Rafael le dijo radiante de alegría:

—Marques, dadme la enhorabuena: Elvira y yo nos hemos reconciliado.

—¡Cómo!—esclamó Rafael lleno de un gozo instintivo y sin saber casi de qué se trataba.

—Elvira, por fin, promete ser mi esposa en el término de un año,—replicó el baron ébrio de placer al considerarse vencedor.

Rafael, loco de contento, por toda contestacion fué á su hija, la estrechó repetidas veces entre sus brazos, y abundantes lágrimas corrieron sin poderlas contener por sus descarnadas mejillas.

—¡Pero será verdad, Dios mio!—meditó.—Di, Elvira mia,—añadió dirigiéndose á su hija:

—¿es verdad lo que oigo? ¿accedes por fin á darme gusto, á proporcionarme una tranquila vejez, á hacerte tú feliz?—¡Oh! pide ahora lo que quieras; nada te negará tu padre.

—Sí; una cosa os pide,—replicó Arturo,—una condicion dolorosa y sensible para mí y para vos, pero á la que he tenido que acceder y á la que espero que accederéis tambien.

—¡Ah! todo, absolutamente todo lo que quiera, exclamó Rafael entusiasmado.

.....

Nadie puede comprender la alegría que reinó en aquella casa desde este momento.

La metamorfosis verificada en Elvira era singular: ni Rafael ni Arturo se atrevían á creerla; pero, por otra parte, no podían dudar de su veracidad, puesto que á Elvira no la arredaban ni las amenazas ni los castigos, y, así como hasta entonces habia permanecido sorda tanto á aquellos como á los ruegos, lo hubiera podido seguir siendo, sin que se obligára á ceder en nada.

—Si habrá sabido—se decían á sí mismos Rafael y Arturo—que Cárlos ha muerto, y viéndose ya sin esperanza habrá querido tranquilizar su conciencia, reparando su falta y obedeciendo á su padre.

Pero ésto comprendían que no podia ser, porque sabían que era sobrado orgullosa para preferir encerrarse en un claustro por toda su vida, antes que acceder á una cosa á que ella no fuera gustosa.

Por otra parte, ellos juzgaban que no podia haber tenido noticias de Cárlos, y de haberlas tenido, sabría que quien le habia muerto—pues ellos le juzgaban así—era Arturo.

¿Cómo, pues, amarle? ¿cómo entregarse en brazos de quien despues de haberla combatido por todos los medios, le mata el amante arrancándola su más bella ilusion, su más pequeña esperanza?.....

Al mismo tiempo que estos se hacian semejantes reflexiones: Elisa en su escondite se retorcia las manos de dolor.

Llagado su corazon por tantos y tantos des-

engaños, creia tambien, no sin algun fundamento, que el proceder de Elvira era un sarcasmo para ella, al que habia querido que asistiera y lo presenciara, encerrándola en aquel gabinete.

Habia confiado en ella, le habia abierto su corazon, la habia relatado sus penas, y despues de saber que Cárlos vive, que la ama como el primer dia, que solo piensa en poseerla, despues de haber referido tambien el secreto de su padre, y despues, en fin, de haberla asegurado que no daria esperanza alguna al baron para ver si podia conseguir el que se uniera á ella, salvándola así del deshonor que la envolvía á ella y á su hijo, falta á este compromiso, se olvida de Cárlos, y encerrándola en una habitacion contigua para hacerla testigo de su infamia, promete al baron ser su esposa en el preciso término de un año.

¡Esposa del asesino de Cárlos, del matador del pobre tejedor, del padre de una inocente criatura á quien no quiere reconocer ni darla nombre, del autor en fin de la deshonor de una

infeliz mujer á quien aquella que iba á ser esposa la habia llamado *amiga*!!...

—¡Ah! ¡maldita nobleza!.... —esclamaba la desdichada Elisa, víctima de una angustia indescriptible.—¡Vosotros tendéis la mano á un desvalido, no para consolarle, sino para cebaros en su desgracia y hacerle objeto de vuestras ridículas sonrisas!.... ¡Dios mio! ¡Dios mio!....

Y, sintiendo debilitarse su cabeza por momentos, se apoyó sobre una pared contigua á la puertecita por que escuchaba, sintió por todo su cuerpo un frio y un sudor glacial, y cayó sin sentido por efecto de un desmayo.

Poco despues, volvió en sí, y al recordar en dónde estaba y qué habia sucedido, se puso á escuchar de nuevo y nada oyó. Convencida que no habia nadie, abrió, y efectivamente la sala estaba vacía.

Entonces salió, y en el libro que estaba leyendo Elvira, y que habia dejado sobre el velador, escribió con la punta de un alfiler en la hoja que tenia puesta una señal esta palabra:
«*Gracias.*»



Y tapándose con su manto y procurando hacer el menor ruido posible, salió de aquella casa, y, metiéndose en un carruaje de alquiler que la aguardaba á poco trecho, volvió á Madrid.

VIII.

Cualquiera que haya estudiado alguna vez la marcha de una tempestad, podrá comprender la que seguiría los celos que había experimentado Elisa desde lo que escuchó en el gabinete de Elvira.

Á la manera que aquella se insinuaba oscureciéndose el cielo, viéndose luego algunos relámpagos y oyéndose allá á lo lejos el sordo rumor del trueno; que más tarde los relámpagos son más vivos, y los truenos más sonoros, hasta que por fin, envuelta ya la naturaleza en la oscuridad más completa, se ven cruzar por el firmamento mil culebrinas de fuego que siembran por doquier el espanto y la aflicción, y que unidas al estampido del trueno parece hacer temer que se va á desquiciarse el mundo, así la infeliz

Elisa sintió oscurecerse su corazón y oprimírsele en términos de impedirle respirar alguna vez, viendo como en sueños á Elvira que habla con dulzura al baron, que le ofrece ser su esposa, y le roba así su amor.

Luego, lo ve todo más palpable, y recuerda la entrevista primera en que la juró que no amaba á Arturo y en que la aseguró que no deseaba más que Carlos no la aborreciese, por cuya razón ella la prometió hablar con éste y hacerle conocer la historia de la carta, mientras que Elvira en premio trataría de ver cómo conducir á Arturo al camino del deber. Recuerda también que luego se vuelven á ver, que la manifiesta el amor y la constancia de Carlos, y ya segura Elvira de la amistad de una y de la fidelidad del otro, la encierra en un gabinete para hacerla testigo de su infamia, jurando á Arturo, en su presencia, que será suya.

Al recordar esto, al comprender que de este modo se la humillaba hasta el extremo, abusando de su franqueza, del título de *amiga* que tan falsamente le había dado, del derecho,

en fin, que tenia sobre aquel hombre que la debia tantas y tantas consideraciones, no puede ya contenerse, ruge como una leona que la han robado sus cachorros, y como si fuera aquella que al echarlos de menos sale de su madriguera para buscarlos con rabia feroz, así sale Elisa de la quinta de Elvira y se dirige á casa de Cárlos.

—¡Ah!—esclamaba desesperada.—Los dos somos engañados: que penemos, pues, los dos, y los dos nos vengaremos.

Inútil es decir que al instante que llegó á la presencia de Cárlos, pintó á éste con los mas vivos colores la infidelidad de Elvira, el doble crimen que cometia, faltándole, á él, á la fé prometida, á ella, á la amistad, á ese hermoso sentimiento que estrecha dulcemente los corazones confundiéndolos en uno: le contó su entrevista, lo que la encargó respecto á él y lo que la prometió respecto á Arturo, y al describir lo acaecido en la segunda, exclamó con un tono de desesperacion:

—Sí, sí, Cárlos: á ti te falta robándote una

esperanza, á mí me insulta robándome un derecho.

—¿Y qué hacer?... replicó Cárlos con risa sardónica.

—¡Qué hacer! estorbar su felicidad, hacer que sean desgraciados ya que nos lo hacen ser á nosotros, corresponder á su conducta, cebarnos en su desesperacion, beber sus lágrimas,—respondió delirante Elisa.

—¡Oh! no, eso nunca. Arturo me venció.....

Y al decir esto sus ojos chispearon, se puso lívido, y continuó:

—Triunfó en el combate y debe usar de las prerogativas del vencedor.

—Pero ¿y Elvira?—replicó Elisa.

—Elvira..... Elvira..... —balbuceó Cárlos.

Y prorumpiendo en una sonora y estridente carcajada, continuó:

—Elvira será feliz..... sí, feliz, porque uniéndose al baron será esposa de un francés miserable, francés que al venir á España su padre deshonró á una familia que disfrutó hasta entonces de una paz envidiable y que despues fué por

su culpa desgraciada; luego el hijo te ha deshonrado á ti..... como hará tambien con Elvira, con esa Elvira tan orgullosa y altiva..... ¡oh! ¡deshonrada..... deshonrada!!....

Y una convulsion horrorosa le estremeció, obligando á Elisa y al anciano á sostenerle y sujetarle.

Crispados los puños y con una fuerza hercúlea arrollaba á los dos débiles seres que trataban de contenerle; su mirada chispeante y fija causaba pavor; su pesada respiracion sofocaba á los que la oian, y un fuerte rechinar de dientes hacia estremecer á todos, temiendo que aquello fuera el principio de una enajenacion mental.

Luego se serenó un poco, respiró con fuerza, se arregló el cabello que le caia por la frente, se volvió al anciano y á Elisa consecutivamente, les contempló un rato con glacial detenimiento, y sacudiendo la cabeza exclamó:

—Mi padre está lívido porque le sabe mal que yo diga á qué familia pertenece ese baron; pero á ti te lo puedo decir, porque sé que guardarás el secreto, y ademas que tambien se lo

tengo que contar á tu padre para que no permita ese matrimonio, porque familia que entra en España deshonorando, no puede menos que salir deshonorando tambien.—Yo no sabia quién era, pero el dia del duelo..... del duelo..... sí, el dia del duelo, primero nos batimos á pistola, pero con tan negra fortuna que perdimos la pólvora, las balas y el tiempo sin lograr herirnos. Viendo él esto y sabiendo jugar muy bien la espada, sacó dos que llevaba en su coche y me propuso que continuáramos el duelo con aquellas armas. Acepté, y de tres golpes le desarmé y arremetí á él; pero era yo español y no podia hacer una villanía: bajé la espada y le perdoné. Él entonces, ciego de rabia, quiso continuar, pero yo ya estaba cansado y me hirió.—Pues bien, en el intervalo que hubo para el cambio de combate, mi padre examinó las espadas y se acercó á mí diciendo:

—Fé y valor en el combate: vas á vengar el honor de una familia que el padre de este robó.

—¿Y sabes—continuó Carlos—por qué mi padre me animaba de esta suerte? Porque en las

empuñaduras y en las hojas de las espadas estaba grabado el escudo y el nombre de aquel seductor. Mi padre me lo contó luego, cuando me hubo pasado la calentura, que á saberlo en aquel momento, al desarmarle le clavo el arma en el pecho.—¡Oh! solo quisiera conocer aquella desgraciada familia para decirles: vivid alerta porque todavía está en España quien os puede deshonorar dos veces..... —Pero no importa, no; iré á ver á tu padre y se lo diré todo, y le reclamaré su apoyo para hacerle enlazar con esa pobre Elisa..... sí, con Elisa, con mi pobre hermana!..... ¡Y por cierto que lo siento! no quisiera que se uniera á un hombre tan perverso..... ¡Pero qué hacer! ¡Elisa está deshonorada también!..... Y además que el matrimonio de Elvira..... se habría de anular..... porque..... es claro..... Elisa debe.....

Y solo unas voces confusas y palabras inarticuladas es lo que siguieron luego: el cansancio le había subyugado, y, apoyándose en los brazos del afligido anciano, había quedado sumido en un pesado letargo.

Un silencio sepulcral reinaba en el aposento, y solo era turbado por la pesada respiracion de Cárlos, los suspiros de su padre y los sollozos de Elisa.

No habia duda que una afeccion mental le habia trastornado la razon, al oir que Elvira iba á ser esposa de Arturo.

Elisa, al comprender que su dolor, su desesperacion y su ligereza habia sido la causa de la enfermedad que habia contraido su hermano, estaba inconsolable.

Solo el anciano conservaba en este supremo momento su serenidad. Cuando vió que Cárlos se habia sosegado, dispuso que Elisa le ayudara para trasladarle á la cama.

El criado que les servia no estaba á la sazón en casa, y habia que hacerlo entre los dos.

Era verdaderamente notable el ver cómo un anciano agobiado ya bajo el peso de los años y de los disgustos, hacia esfuerzos extraordinarios por llevar á la cama aquel cuerpo casi cadáver, con el solo auxilio de una niña, cuyas fuerzas eran bien débiles tambien.

Pasaron algunos dias en este estado; es decir, sin que pudiera Cárlos recobrar las fuerzas necesarias, porque la calentura le devoraba, y no podia adelantar un paso.

Los infames antecedentes de Arturo, la loca idea y falsedad de Elvira, la vida de ignominia que aguardaba á Elisa, eran su constante tema y el objeto único sobre que versaban sus conversaciones y sus delirios.

Arturo, en efecto, era, como habia dicho Cárlos durante la fiebre, hijo de un francés que inuaguró su entrada en España introduciendo la discordia en una honrada familia: habia sido recogido en Zaragoza herido, y próximo á perecer, y en agradecimiento á tal favor, supo seducir á la esposa del que le salvó.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores, pues, que Arturo era, segun eso, hijo de aquel Luis que recogió Rafael herido en los muros de Zaragoza. Entonces Teresa se salvó de la deshonra por el paso atrevido del anciano Raimundo; pero no se salvó de la desgracia, por la fatal casualidad de haber llegado su esposo en

el momento de quemar una carta que, hecha desaparecer, no hubiera quedado vestigio alguno de una pasión que, aunque naciente, era vergonzosa y criminal.

Rafael en su desesperación hubiera muerto á Luis y á Teresa; pero el anciano lo previó, y mientras aquel se agitaba por la desesperación que le producía sus reflexiones, hizo emprender la fuga á Luis, y se preparó para el golpe que sin duda alguna iba á descargar sobre Teresa.

La rodela que interpuso, capaz tan solo de hacer saltar el puñal, fué la niña Rafaelita, que, creyendo que al cogerla su padre era para hacerla una caricia, le saludó con una sonrisa.

Esta sonrisa le desarmó por el momento; pero resolviéndose su cólera por otro conducto, y si se quiere con más fuerza, determinó separar aquel ángel del lado de su madre, creyéndola indigna ya de poderla estrechar entre sus brazos.

Hasta aquí saben nuestros lectores, y, solo lo hemos apuntado para presentar el contraste

que ofrece la palabra *venganza* que pronunció Rafael al separarse de su esposa con lo que efectivamente consiguió.

Al instante de separarse se deshizo de toda la hacienda que poseía en Zaragoza, incluso el título que lo cedió en cambio de otro perteneciente á Castilla. Hecho esto, tomó el apellido supuesto de *Lainex*, hizo llamar á su hija, en vez de *Rafaela Elvira*, se trasladó á Madrid, puso á aquella en un colegio, y cuando ya estaba instruida en todo lo concerniente á una jóven ilustre de entonces, la sacó y se fue con ella á la quinta en que la hemos visto reaparecer, hecha una jóven encantadora.

Teresa, por su parte, antes que tuviera lugar todo aquel cambio de bienes, abandonó Zaragoza, y con el nombre de Margarita se trasladó á Madrid, en donde, como poblacion grande, podia ocultarse mejor á la vista y á la curiosidad de todos. El anciano Raimundo la acompañó en su desventura, auxiliándola en cuanto se lo permitian sus fuerzas y sus recursos.

Este anciano, que al lado siempre del des-

graciado parece semejar al ángel custodio en la tierra, es el que vela ahora también por Cárlos y á quien este llamaba *padre*.

El origen de Cárlos nos lo harán ver los sucesos que vayan desarrollándose.

Inútil nos parece advertir que estas escenas quedaron veladas completamente por el misterio, y que, gracias á los cambios de nombres y al retiro y reserva en que se encerraron todos los personajes de esta historia, ninguno supo el paradero del otro, no sospechando siquiera que pudiera vivir en la misma poblacion. Rafael creía que Teresa habria quedado en Zaragoza, y ésta juzgaba que Rafael se habia ido al extranjero, perdiendo de este modo por completo la mas remota huella.

El público no se apercibió de estos cambios, ó lo olvidó al momento, como sucede siempre, y solo en Zaragoza se permitieron averiguar la causa de tal metamorfosis, cuchicheando y aventurando cada uno su parecer, durante los primeros ocho dias: pasados estos, nadie volvió á acordarse de tal asunto.

El resultado fué que Rafael y Teresa no se volvieron á ver, ignorando absolutamente sus paraderos.

Teresa no pudo sobrevivir á la separacion de su hija y de su esposo, y á los pocos años murió.

Rafael, por su parte, luego que hubo pasado un poco de tiempo, principió á sentir remordimientos por su precipitado paso y su crueldad robando á una madre su hija.

Verdad es que Teresa le habia faltado, pero no deshonrado; y él, juzgando que era igual uno y otro, la abandonó cruelmente, sin considerar que el separar á una madre de su hijo es peor que arrancarle en vida el corazon.

En vano trató luego de buscarla por todas partes: Teresa habia cambiado, como hemós dicho, de nombre, como habia hecho él y su hija; se fingia viuda, y con estas precauciones era difícil que pudiera dar con su paradero.

Ya principiaba á desesperarse sofocándole los remordimientos, cuando llegó para Elvira la edad de los amores, que, como dice un poeta, es la edad de tristes desengaños.

Rafael, sin embargo, olvidaba que á pesar de haberse unido con Teresa por un estremado amor y no por intereses ni convenios entre las familias, ésta le habia faltado, y por consiguiente que era mucho más facil que faltára á su marido la que se case estando enamorada de otro, como podia suceder con Elvira si accedia á cumplir la voluntad de su padre.

Este, pues, no obstante esto, obliga á su hija á que se enlace con Arturo sin más razon que el de ser rico y noble, prohibiéndola absolutamente que siga relacion alguna con Cárlos, de quien no sabe mas que es pintor, y no comprende que debajo de la apariencia de un artista pudiera existir otra cosa, á causa de las revueltas y vicisitudes de aquellos tiempos que, como en otros más remotos, obligaron á muchos hombres célebres é ilustres á no desdeñar el estudio de las artes, ya por recurso en las épocas adversas, ya por distraccion en las prósperas.

Elvira resiste con todas sus fuerzas el furor de su contrariado padre, y cuando se desespera éste y se enfurece Arturo por no poder vencer,

vemos que Elvira cambia, que Elvira olvida su amor y los antecedentes de Arturo, y consiente en aquella boda fatal, tan combatida poco antes.

¿Qué habia pasado en su corazon, qué ocurría, qué pensaba, qué iba a hacer?

La metamórfosis era extraordinaria, incomprendible.

La causa debia ser poderosa, fuerte.

Los efectos que iba á producir dudosos, terribles, sombríos.

Sigamos en nuestra narracion, puesto que ya hemos recopilado todos los antecedentes que nos pudieran convenir para aclarar ciertas dudas que se nos pudieran presentar.

IX.

Al cabo de algunos dias, Cárlos se levantaba ya, restablecido al parecer de su última indisposicion.

Parecia tener en su imaginacion ideas confusas de cierto acontecimiento, de cierta cosa que se habia nombrado; pero ni se acordaba, ni llegaba á comprender de qué pudiera haberse tratado.

Los nombres, sin embargo, de Elvira, Arturo y Elisa revoloteaban por su memoria, y era prueba que algo habia sucedido que tuviera relacion con estos tres personajes.

Con esta idea, que no le dejaba un momento, llamó por fin al anciano, y le dijo:

—Padre mio, ¿qué ha sucedido aquí que parece querer tener alguna idea, pero que es tan

confusa, tan incompleta, tan inconexa que no la recuerdo?

El anciano se vió comprometido para contestar.

Quería ocultar á Carlos la verdad de lo que pasaba por temor de un nuevo acceso, y, por otra parte, era difícil no decírselo, y podría ser perjudicial si no se evitaba el que sacrificasen á Elvira, como parecía que iba á suceder.

Combatido por estos contrarios sentimientos, el pobre padre se hallaba perplejo.

Debemos advertir también que este nunca creyó en que el cambio de Elvira contado por Elisa fuera natural, y aunque no confiara mucho en la constancia de la mujer, en aquel caso el proceder de Elvira le era muy conocido para dudar de ella un momento.

Una mujer que ama á uno, inferior en clase á ella, se coloca respecto á él en un lugar más encumbrado, más digno, más noble que las que calculan las distancias y miden los grados de diferencia; y como todo lo que sea en grandearse les gusta á todas estraordinariamente,

de aquí que Raimundo tuviera fé en la perseverancia de Elvira.

Por otra parte, el paralelo que esta habia tenido que estar formando entre el amor y la nobleza de Cárlos, y el orgullo y ruindad de Arturo, era una garantía más del teson que era de esperar en el combate, la constancia en el amor, la fuerza de la conviccion, la esperanza de vencer, el valor en la pelea y la fé en el porvenir.

Con esta idea, pues, y sin olvidar un ápice de todas las circunstancias que rodeaban á Elvira, Raimundo contestó á Cárlos con una pregunta.

—Dime antes de responder á tu pregunta: ¿Te acuerdas de lo que te dije respecto á Elvira, la noche en que leimos su funesta carta?

Cárlos, sin comprender á qué iba dirigido aquel recuerdo, contestó afirmativamente y con una muestra de viva impaciencia.

El anciano continuó:

—Entonces te dije: «En estas circunstancias no vale que Elvira misma te diga: «te aborrezco»:

mírale los ojos, tócale la mano, obsérvale el corazón, y en todas partes verás contradicha aquella negativa.

Cárlos, entre viendo en estas palabras un nuevo ardid y tal vez una desgracia, pues así lo juzgaba ya en su impresionable imaginación, exclamó:

—¡Ah! pero ¿á qué viene eso? ¿qué sucede?

—Viene—respondió el anciano—á prevenirte que no olvides lo que te tengo advertido. Antes de entregarte á la desesperación, antes de dudar de Elvira, antes de acusarla, aunque veas las mayores pruebas en contrario de su amor, reflexiona bien, indaga y cerciórte.

—Pero.....

—Elvira ha prometido ser esposa de Arturo, dentro de un plazo determinado.

—¡Elvira!!... ¡Elvira esposa de Arturo!....

—Sí, y por eso te he hecho conocer que debes informarte ante todo de la veracidad de esto y de la parte voluntaria que pueda tener Elvira.

—¡Oh! eso no puede suceder sin envilecerse. Aunque se hubiera alucinado por aquel hombre.

aunque le amára, no podia ser suya: Arturo es un miserable, y aunque ella no sea tan noble como hasta aquí, es todavía demasiado buena para unirse á un cobarde que se aprovecha de la impunidad y del exceso de fuerza para cometer un crimen que tiene para él las apariencias y efectos de diversion. ¡Oh! el cielo me confunda si ese enlace se verifica.

Y, trémulo de coraje, se levantó, dió una voz al criado ordenándole le ensillara el caballo, y, dirigiéndose á Raimundo, continuó:

—Perdonadme, padre mio; la cabeza me salta, y creedme que necesito ya á todo trance concluir este asunto tan molesto y desagradable para mí. Voy á la quinta de Elvira; allí me enteraré de la verdad de lo que ocurre, y si es cierto me resigno, renuncio por completo á ella; pero hablaré con el padre de ella, y quitaré al menos la máscara envilecida del autor de mi desdicha.

Y rojo de cólera salió de la estancia, y se dirigió precipitadamente al punto que habia indicado.

Los alrededores de este estaban contra la costumbre ordinaria llenos de gentes estrañas que corrian de aquí para allá dividiéndose en grupos que conversaban con interés y con muestras de alegría unas veces, de compasion otras.

En el interior del edificio no era menor la animacion, dando á entender con uno y otro que algo estraño sucedia allí, y que alguna cosa pasaba, cuando toda aquella gente parecia aguardar con cierta impaciencia.

Cárlos no sabia qué pensar de tan estraño accidente; pero en medio de su aturdimiento, creyó que, segun el gozo que espresaban todos los semblantes, se trataba de un suceso alegre, de una fiesta.

Sin embargo, aquella alegría no era expansiva; se vislumbraba en las miradas de todos algo de melandólico y triste que hicieron conmover á Cárlos, al adivinar que tal vez se trataba de algun hecho triste, ó que por lo menos participara de triste y alegre, como parecian indicar los rostros de los circunstantes.

Con esta idea se apeó y se dirigió á un

grupo de mujeres del campo, y las preguntó:

—Decidme: ¿qué sucede hoy aquí? ¿qué acontece en este castillo?

—Que por fin esa buena señorita....—respondió una de las mujeres....

—¿Se trata de la señorita del castillo?—interrompió vivamente Cárlos.

—Sí, señor, y es una lástima, porque es tan buena.....

—Pero ¿qué sucede?

—Que la pobre quería á uno de humilde origen, y su padre no permite el casamiento. Y en eso hace bien, porque ella es demasiado buena y á todos trata igual, que sean pobres ó ricos.... Pero para casarse no debe ser así. ¡Vea V. qué dirían! ¡la hija de un marqués con un oscuro pintor! Y no es esto decir que los pintores no sean honrados y dignos algunos de una princesa; pero en general es mal enlace una marquesa con un hombre de oficio..... Los padres saben muy bien lo que conviene á los hijos..... porque..... mirad: mi marido, cuando era pequeño, sufría todas las diabluras imaginables por no ir

á trabajar en el oficio á que su padre le habia dedicado; por fin se quedó sin aprenderlo, y ahora daría un dedo de la mano por saber aquel oficio, que era muy bueno.

Cárlos escuchaba, ó, por mejor decir, aguardaba con impaciencia que concluyera con aquella charla sempiterna, y principiara los que á él le interesaba.

Por de pronto habia tenido que sufrir una acusacion, hasta de la gente baja, que por razon natural debiera defender la fusion de las dos clases, y desear que el rico, que el poderoso, no desdenara la clase proletaria, digna de mejor suerte por más de un concepto.

Pero ¡cosa estraña! esos mismos individuos desheredados de la fortuna aplaudian el rigor de aquel padre que se oponia á una boda *desigual*.

Al fin, Cárlos, cansado de escuchar tanta sandez, interrumpió:

—¡Y bien! la señorita queria al pintor y no á algun noble como su padre queria, ¿no es eso?

—Así es justamente: su padre queria á un rico

baron; ella, como niña, sin saber lo que vale el dinero, al pintor; pero el marqués, que es hombre de mucho teson y de carácter duro, le dijo á su hija: «primero serás esposa del diablo.» Ella que no se mostraba muy dispuesta á cargar con un compañero tan feo, consiguió por fin, no sin gran trabajo, el ser esposa.....

—¡Luego Elvira va á ser esposa!..... exclamó desesperado Cárlos.

—¿Sabeis que la llaman Elvira?—preguntó con estrañeza la mujer.

—Sí, sí, —contestó Cárlos maquinalmente:— lo he oido allá abajo.

—Pero ¿qué teneis?—esclamó su interlocutora al ver la palidez mortal que se habia apoderado de él.

—Nada, nada, continuad. ¡Con que decís que va á ser esposa.....

—Sí, ciertamente, y hoy abandonan el castillo para trasladarse á Madrid á hacer todos los preparativos.

—Pero ¿de quien va á ser esposa?

Iba la mujer á contestar, cuando la gente

se estrechó acumulándose en la puerta del castillo, que acababa de abrirse.

Con este motivo los dos interlocutores se separaron, quedando Carlos sumido en la mayor incertidumbre.

— ¡Se casa Elvira! ¡Por fin no ha podido resistir á los ruegos ó mandatos de su padre! Pero esa mujer parecia indicar que era otro el elegido de Elvira..... ¿Quién ha de ser sino Arturo?.... ¡Oh! ¡Arturo!.....

Y el infeliz tuvo que apoyarse en una pared para no caer en el suelo.

En aquel momento salieron de la casa dos carruajes.

En el primero iban Elvira, Rafael, Arturo, y un sacerdote; en el otro las doncellas de Elvira.

Los demas criados se habian quedado para acabar de arreglar el edificio y sus enseres, y volver luego á Madrid.

Elvira iba alegre y jovial, hablando con cariño á su padre, con respeto al sacerdote, con agasajo á Arturo; pero sin mirar á la gente, sin

duda por no evocar recuerdos, y como dominando un sentimiento interior.

Arturo, por el contrario, triste, taciturno, con la mirada vaga y distraída.

Rafael demostraba también cierto pesar que contrastaba visiblemente con la jovialidad de su hija, y con el satisfactorio resultado de sus esfuerzos, resultado inesperado, porque hasta él había desesperado ya de poderlo conseguir.

Cárlos, al ver á Arturo con Elvira y Rafael, y además un sacerdote, exclamó desesperado tirándose de los cabellos:

—¡Oh! no hay duda. ¡Con él se casa la per-
jura!

X.

Un mes habria trascurrido, despues de lo que acabamos de describir, cuando una tarde, y contra la costumbre ordinaria, la iglesia del convento de las Salesas se hallaba abierta y llena de un concurso numeroso.

El altar estaba preparado para una ceremonia religiosa, y á la puerta del locutorio se veian dos criados de Elvira vestidos de ceremonia.

Acababan de dar las seis de la tarde de un hermoso dia de primavera, cuando principiaron á llegar algunos coches conduciendo elegantes señoras y caballeros, que eran guiados á asientos preparados al efecto en una de las rejas del locutorio próximas al altar.

Entonces principiaron á encender las numerosas luces y á poner sobre la mesa objetos que

habia en las laterales contiguas á la mayor.

Apenas habrian concluido los preparativos, llegaron cinco ricos carruajes.

Una voz «ya esta ahí,» resonó en toda la iglesia; y, á manera que una chispa eléctrica, comunicó á todos cierto movimiento, y principiaron á apiñarse con el objeto de acercarse al altar cuanto les fuera posible, produciendo ese murmullo peculiar de aquella clase de espectáculos en puntos en que no se pueden desahogar gritando ó hablando en alta voz, aunque, á decir verdad, hay ciertas funciones religiosas que la costumbre autoriza para meter ruido con perjuicio de la reverencia debida, y alguno amplia esta autorizacion hasta el punto de hablar en voz alta, y reñir con el vecino si le oprime demasiado, ó se pone delante y le impide ver lo que desea, ó le pisa, ó dice alguna inconveniencia, ó corrige el parecer de alguno, aunque no sea dirigido á aquel..... ó habla, en fin, por no dejar de hacerlo, con su interior, ó con un ser invisible que se imagina al notar que nadie le quiere escuchar.

Entiéndase, por supuesto, que esto acontece generalmente con las mujeres del vulgo, y muy pocas veces con los hombres, ni mucho menos con las personas finas, que, aunque participan tambien de esa animacion y de esa irreverencia, digamoslo así, lo hacen siempre como lo aconseja la prudencia y lo exige la educacion y el respectable lugar en que se hallan.

Al poco rato de llegar los carruajes apareció en el altar Elvira, acompañada de una amiga, compañera de colegio, un amigo antiguo de Rafael y tres sacerdotes con capas.

Entonces el tumulto, las voces y los empujones crecieron, hasta que, arrodillada Elvira entre los dos que la acompañaban en concepto de padrinos, dió principio la ceremonia religiosa.

Como podrán comprender nuestros lectores, aquella ceremonia estaba muy distante de ser un casamiento, como habia creído Carlos en vista de lo que la mujer le habia principiado á decir, y que no habia concluido, por la salida de los carruajes que cortó la conversacion, é

hizo en su vista calcular al que interrogaba, la conclusion de la historia.

Aquella ceremonia tenia por objeto vestir Elvira el hábito de la Salesas.

Esto es lo que queria significar la mujer al decir que Elvira iba á ser esposa..... del Señor, cuyo último término de la frase no lo pudo concluir, interpretándolo Cárlos á su modo.

Esta era tambien la condicion que habia puesto á su padre para casarse con Arturo, condicion á que se avinieron los dos, no sin algun trabajo, y condicion que, no habiéndola podido entender Elisa, encendió en su corazon el odio y los celos hácia una pobre víctima que se sacrificaba por hacer imposible el enlace proyectado.

Dijo aquel dia á Arturo y á Rafael que estaba decidida á acceder á sus deseos en el término de un año, si la permitian que el plazo lo pasase encerrada en un claustro, para prepararse con Dios á recibir el trascendental sacramento del matrimonio.

Ambos dudaron y temieron en acceder, pero,

creyendo que aquello era un exceso de bondad y de virtud y que tal vez tuviera por objeto olvidar por completo sus absurdos amores, accedieron, y el día de que nos ocupamos, entraba efectivamente en el convento, con el objeto de salir el día que le tocara profesar para casarse con Arturo.

Esta segunda parte es la que ignoraban el mayor número de los convidados.

Después de terminada la ceremonia, vestida ya Elvira con el traje religioso y despojada de todos los adornos mundanos, pasó al claustro, donde la aguardaban la abadesa y todas las que eran ya sus compañeras y hermanas, á las que fué abrazando una por una con el mayor cariño y cordialidad.

Concluidas todas estas ceremonias, pasó á la sala en que la esperaban su padre, el imprescindible Arturo, y todas sus amigas y amigos.

Al ver á Arturo y abrazar á su padre, prorumpió en un amargo sollozo; su padre lloró también, y lloraron con él todos los demás circunstantes.

Solo Arturo permaneci6 impasible en una escena tan tierna, desconociendo sin duda que 6l era el motor de aquel paso, que parecia muy natural, pero que era m6s notable, m6s extraordinario, de m6s consecuencias, de lo que 6 primera vista parecia.

De seguro que ninguno de los personajes que entonces figuraban en aquella escena, sabia el papel que iba 6 representar en adelante.

Hasta aquel dia se presumia y seveia el resultado probable, porque todos obraban 6 cuerpo descubierto.

Mas, ¿sucedia en aquel supremo momento lo mismo?

Creemos que no.

Pero continuemos.

Pasado aquel primer momento de pena, por verse el padre y la hija separados, la conversacion y la jovialidad se hizo general, pudi6ndose notar en Elvira una especie de satisfaccion que admiraba 6 todos los que sabian lo forzado de aquel paso.

Trascurri6 como una hora, y se fueron reti-

rando los convidados hasta dejar solos á Rafael, Arturo y Elvira.

Entonces exclamó Rafael:

—¡Conque por fin has conseguido tu deseo! ¡Abandonar á tu padre!

—¡Oh! no,—respondió Elvira precipitadamente y con ternura,—no os abandono; por el contrario, me uno más á vos. Dos corazones están siempre separados mientras no quieran los dos una misma cosa, mientras no tengan un mismo impulso..... ¿Y os parece que esto sucedia en los nuestros?

—No sucedia, hija querida; porque tu inesperienza y tu demasiado buen corazon te hacian oponer á los consejos dictados por mis canas y mi experiencia..... Mal me sabia que dieras este paso tan triste para mí, porque me parece que no te he de volver á ver fuera del convento; pero, vencida esa natural repugnancia, me alegro ahora, porque así podrás meditar á solas con tu conciencia; y, ayudada por los consejos del bueno de D. Tomás, tu confesor, podrás conocer lo que verdaderamente te conviene. Muchas veces

te lo he repetido, hija del alma; yo he estado muy distante de ser feliz, y ya que yo no lo he sido, ni tu pobre madre tampoco, quiero al menos que la dicha que al enlazarme creí experimentar, y que solo duró tres años, que pasaron con la velocidad del rayo, la experimentes tú concluyendo la obra de tus pobres padres.

—¡Oh! sí, padre mio; quiero haceros feliz; quiero hacerlo á Arturo; quiero hacérmelo yo tambien.

Arturo, que hasta entonces habia permanecido callado, y entregado sin duda á meditaciones que aquel sitio le sugerian, al oir que Elvira le queria hacer feliz, brilló en sus ojos un rayo de alegría, y exclamó:

—¡Oh! Elvira, hacedme feliz, y yo os juro sacrificar á vos mi dicha, mi bienestar, mi vida, en fin. Interceder con vuestro padre para que os concediera su permiso para entrar en este convento, es el principio de los sacrificios, es sacrificar la más bella ilusion de mi alma, que consiste en estar siempre á vuestro lado. Este año que vais á estar aquí, me va á parecer una

eternidad en el infierno: concededme, pues, un premio á este penoso sufrimiento; dadme despues de este infierno la gloria de vuestra posesion.

—¿Y no sabeis vos, Arturo, que conmigo no podeis ser feliz?—replicó Elvira mirándole fijamente.—¿No habeis sentido en vuestra conciencia ningun grito que os haga comprender que para que el hombre sea feliz ha de hacer que nadie esté sufriendo por causa suya?

La conciencia gritó en aquel momento á Arturo; se acordó de Elisa, se le encendieron las mejillas, y balbuceó:

—¡No comprendo!!...

Y miró alternativamente á Rafael y Elvira, como si temiera que supiesen el secreto de sus amores con Elisa.

Sin embargo, por lo que habia dicho Elvira, no podia haber sospechado siquiera, si aquella no hubiera invocado á la infalible conciencia, y esta hubiera correspondido fielmente á aquella invitacion.

Rafael no entendia una palabra, ni compren-

dia dónde iba á parar Elvira con sus cargos.

Temeroso siempre de ver destruido en un momento el hermoso castillo de sus ilusiones, puso atento oído á lo que su hija decia.....

—Decidme,—continuó esta dirigiéndose á Arturo con un tono de profunda convicción,—¿qué juzgais que debe ser peor, amar y no ser correspondido, ó amar, ser amado, y luego hallar un horrible desengaño cuando de él pueda depender la virtud, el honor, la vida tal vez?

Arturo tartamudeó algunas palabras incomprendibles.

—¿No comprendéis,—prosiguió Elvira,—que un ciego que recobra por un momento la vista y contempla los hermosos rayos del sol, las formas de los diversos objetos que hay en la naturaleza y la notable hermosura de los colores que él nunca ha podido imaginar ni comprender, si de repente se le priva otra vez de aquella vista, con la cual habia admirado la imponente grandeza del cielo, al que dirigia sus votos en accion de gracias, le ha de ser la oscuridad más terrible y se ha de desesperar al fin? Por el contra-

rio, el ciego que nunca ha visto la luz, se la imagina muy bella, es verdad; pero nunca puede creer lo hermosa que es, y por consiguiente, por mucho que desee verla, nunca puede sentirlo tanto como el otro infeliz que por su desgracia la conoció por un momento para volver á sepultarse en las tinieblas eternas.

—Efectivamente—balbuceó Arturo—pero no comprendo.....

—¿Recordais, aunque confusamente, haber conocido alguna vez á alguna..... Elisa.....?

—¡Elisa!.... ¡Elisa!..... —tartamudeó Arturo con emocion.—Habeis dicho.....

—Sí, Elisa:—afirmó con sequedad Elvira, mirándole fijamente y estudiando los menores movimientos de sus ojos.

—¿La conocéis?—preguntó Arturo.

—Yo no..... ¿y vos?—

—Parece que recuerdo..... pero creo que fué simplemente una amiga superficial.

—Pues bien; con esa amiga *superficial* es con quien debéis consultar si podreis ser feliz conmigo ó no.

Rafael comprendió al fin, aunque así como en embrion, y observó:

—¡Ah! conque Arturo tiene que consultar con otra!.....

Pero Arturo, reponiéndose de la sorpresa que Elvira le habia causado con su inesperada aseveracion, sin darle tiempo para forjar una mentira, contestó forzando una sonrisa:

—Así lo dice Elvira; pero no es mas que uno de los recursos con que nos acomete de continuo. Por unos dias ha depuesto sus punzantes armas para que entreviera una esperanza y ofrecerme un porvenir halagüeño, y hoy que ha conseguido lo que deseaba, en cambio de nuestra concesion, vuelve á su cotidiano sistema, y echa mano de ese argumento que no tiene fuerza ni valor.

—Efectivamente, —afirmó Rafael, —si en efecto existe esa Elisa, será un recuerdo pasado, recuerdo efimero de jóven, que nada puede significar en la actualidad.

—Ya sabe Arturo, —replicó Elvira, que sí, que significa y mucho, y en prueba de ello se lo he

recordado. La memoria del hombre es muy débil en ciertas ocasiones, y Arturo, que adolece mucho de este mal, debe agradecerme el que le haya hecho el obsequio de recordárselo para que durante este año piense y reflexione lo que debe hacer en asunto tan delicado y grave.

—Difícil será que varíe de pensar,—esclamó Arturo.

—Mucho lo sentiré,—replicó Elvira.

—Vamos, ¿á qué viene ahora esto?—preguntó con sobresalto Rafael.—¿Volvemos á las andadas despues de tu promesa, y despues de hacer el sacrificio de pasar un año lejos de ti?

—No puedo menos de hablar así, padre mio.

—¿Por qué?

—Porque si ahora correspondiera al cariño de Arturo, seria adúltera.

—¡Adúltera!—esclamaron á la vez Arturo y Rafael profundamente admirados.

—Soy esposa.

—¡Esposa! ¡cómo! ¿de quién?—preguntó sobresaltado Rafael.

—Del Señor,—contestó Elvira con grave solemnidad.

—Pero es para un año tan solo, observó Rafael.

—Es para toda la vida, contestó Elvira.

—¡Elvira! —esclamó Arturo, mientras que Rafael, dando una patada en el suelo, solo tenia fuerzas para esclamar:

—¡Ah!

—Al ofreceros á vos y á Arturo—continuó Elvira—qué seria su esposa en el término de un año, pero á condicion que me habíais de dejar pasar ese año en un convento como monja efectiva para salirme al tiempo de profesar y casarme con Arturo, fué solo una estratagema de que me he valido para engañaros. Ahora estoy ya amparada por la Iglesia, y me he casado antes del año: soy esposa del Señor.

—Luego nos has engañado,—esclamó desesperado Rafael.

—Tambien Arturo ha engañado á Elisa; vos le habeis engañado á él; yo he engañado á Carlos, y todos, en fin nos hemos engañado unos á otros.

Una campana sonó en aquel momento en el interior del convento, y Elvira fué avisada por la hermana tornera que aquella campana llamaba para reunirse todas las hermanas.

No fué posible, pues, continuar la conversacion, y se despidieron de Elvira volviendo á llorar ésta y Rafael, y ¡cosa estraña! rodaron tambien por las mejillas de Arturo dos lágrimas de fuego.

El amor, la ilusion, el deseo, la esperanza que habia alimentado de poseer á Elvira, su amor propio, todo se habia revelado en aquel momento, al tener que despedirse tal vez para siempre de la mujer que amaba como un loco, de la mujer por quien habia sacrificado la felicidad y ventura de otra, por la que sacrificaria sin reparo toda una vida de dichas y de placeres.

¡Qué cambios suceden en las criaturas humanas!

Arturo principi6 por querer tener en su catálogo de amantes á Elvira, y concluye ahora por afiliarse en el catálogo de los desgraciados locos de amor.

Rafael abandonó aquel local despues de haber abrazado varias veces á su hija, sin poderse cambiar entre los dos la menor palabra de despedida.

Pero Rafael, si bien temia que se cumplieran las promesas de Elvira, confiaba sin embargo en que para profesar necesitaba su autorizacion, y como él no la daria jamás, tendria que salir del convento y volver á su lado, mal que la pesara.

Mas sucedia ya tambien otra cosa.

Rafael principiaba á arrepentirse de su obstinacion, y si hubiera podido en aquel momento, habria anulado todo lo hecho, permitiendo hacer á Elvira lo que la dictara el corazon.

Principió á conocer que en todo lo que hacia estaba marcado el dedo de Dios, y que la palabra *venganza*, que habia pronunciado al separar á la pequeña Rafaela de su madre, estaba cayendo sobre su cabeza con todo el peso que Dios pone sobre quien no perdona al que le ofende.

Teresa, la mujer de Rafael, no habia sido

culpable hasta el extremo de faltarle; solo habia tenido un momento de alucinacion; él la castigó como si hubiera sido culpable en realidad, y si bien ella experimentaria todos los horrores que aniquilan á una mujer separada de su marido, y á una madre apartada de su hija, tambien el que fulminó tan inhumana sentencia estaba sintiendo los efectos de su misma obra.

Arturo, á su vez, estaba luchando con su conciencia.

Entre otros delitos de menos trascendencia, le acusaba la deshonra de la infeliz Elisa, su abandono y la prematura muerte de su pobre padre.

La clausura violenta de Elvira, la soledad del triste Rafael y la amargura á que habia condenado al infortunado Carlos, le hacian tambien conmover su empedernido corazon.

Y, en suma, se horrorizaba al solo recuerdo de su pobre hijo, á quien por no darle nombre y sumir en la miseria á su desgraciada madre, le impelia tácitamente al horrible camino del vicio, legándole tal vez por triste herencia la senda

que sigue á la del vicio: la del crimen con todas sus horribles consecuencias.

De suerte que el nuevo encargo de Elvira habia abierto á la vez en los corazones de Rafael y de Arturo una lucha de remordimientos.

Solo Cárlos y Elisa permanecian combatidos por una misma pasion; los celos y la desesperacion, ocasionada por ignorar el paso que habia dado Elvira.

Solo esta, pues, era la única que estaba tranquila, al parecer.

Sin embargo, tambien sufría, tambien luchaba, tambien la embargaban su imaginacion muchas reflexiones que la abatian.

Su amor.

Qué habria sido de Cárlos y qué habria pensado Elisa de lo que oyó en el gabinete sobre el enlace de Arturo, era lo que más la ocupaba.

A todos recordaba; en todos pensaba.

Elisa, su desdicha, su deshonor, su hijo, la esperanza que la habia dado de favorecerla y la infamia aparente de tratar en su presencia de

enlazarse con el que su honor y su hijo le reclamaban.

Su padre, su ancianidad, su obcecacion, sus lágrimas de dolor, sus recuerdos, su buen celo por hacerla feliz, el mal medio escogido, su poco tacto, su confianza ilimitada en el brillo refulgente de un falso oropel que deslumbra y alucina.

Arturo, su proceder indigno para con Elisa, para con Elvira y para con Cárlos; su insistencia para reunirse con otra mujer, olvidando á la infeliz que habia dado su honor, su orgullo, su poca nobleza y su mal corazon.

Cárlos, su desdicha, su desventura, su mala idea respecto á una mujer que abandona el mundo antes que faltar á su juramento de amor, y que sacrifica por él la dicha de su anciano padre.

Su pobre madre, en fin, cuya suerte ignoraba; el apoyo que con su muerte le habia faltado, la felicidad que le hubiera sonreido á su lado, guarecida con ese cariño maternal, superior á cuantas clases de cariño se pueden imaginar.

Todo, todo revoloteaba en su aturrida imaginación, viendo pasar un recuerdo tras otro, como en una lámpara mágica se ven pasar los cristales.

De modo que Elvira, en la soledad del claustro, lo tenía presente todo, y en todo pensaba.

Se podrán separar del mundo las que se albergan en los conventos, podrán apartarse del bullicio y la animación de la sociedad, podrán abandonar los trenes, el lujo, los festines, las fiestas y hasta la familia; pero separarse de los recuerdos, olvidar las ilusiones, no acordarse de lo que ya pasó ó está pasando, alejar todas aquellas ideas de la cabeza, suspender los latidos del corazón, impedir el sentimiento, no puede ser, es imposible.

XI.

Pasó algun tiempo en esta angustiosa situacion, durante el cual, el confesor de Elvira, venerable anciano, modelo de virtud y de talento, y modelo tambien del evangélico sacerdote, pudo convencerse por las repetidas confesiones de aquella, que su entrada en el convento habia sido tan solo para evitar el enlace á que la obligaba su padre, comprendiendo que la obstinacion de Rafael era injusta é inconveniente, por lo que, como buen pastor y verdadero sacerdote de la religion católica, no podia permitir que aquel alarde de fuerza tuviera su resultado.

El buen sacerdote comprendió que mientras Elvira estuviera en aquel convento bajo su direccion, él tenia que hacer las veces de pa-

dre, evitando tocar los extremos que el verdadero.

Muy lejos de él la idea de procurar alucinarla para que quedara en aquella reclusion como hacen muchos que inculcan las ideas absurdas y erróneas de que solo en el cláustro, abandonando padres, hermanos, parientes y obligaciones, se puede servir á Dios y ganar la gloria eterna; muy lejos de él la creencia de que no se puede servir al Criador, quizás mejor que en un convento, cumpliendo las leyes naturales y divinas al cuidado de la familia; muy lejos de él, en fin, la idea de que Elvira abrazara aquel estado que la condenaba á la vida triste y solitaria del cláustro, sin que aquella tuviera una decidida vocacion, cosa que él conocia perfectamente que estaba muy lejos de su ánimo y su corazon.

Animado por el mejor deseo, y convencido que era preciso dar al mundo lo que fuera suyo, reservando para Dios tan solo los corazones, con lo cual bastaba, se enteró por Elvira dónde vivia Carlos y la exhortó á seguir siempre por

la senda de la virtud, y rogar al Eterno que le diera la resignacion suficiente para olvidar aquellos amores si noeran dignos de ella, y que concediera á su padre la imparcialidad para conocer lo bueno y lo malo en aquel caso, permitiéndola, por fin, enlazarse con Cárlos, si en efecto era justo y conveniente.

Elvira le prometió hacer en un todo lo que su buen pastor la indicase, manifestándole además su firme propósito de continuar en el convento, si por cualquier accidente no podia enlazarse con Cárlos.

El sacerdote la manifestó que así se haria, y partió para casa del pintor.

Esta la hemos descrito ya en otra ocasion, y la hemos visitado varias veces, y por consiguiente, sin detenernos á pintarla de nuevo, nos introduciremos con el sacerdote para hacernos cargo con él del estado de aquella familia y situacion de las personas que interesan á nuestra narracion.

En una sala de reducida estension habia cuatro personas.

Estas eran Cárlos, el anciano Raimundo, Elisa y su pequeño hijo, á quien estaba amamantando.

Cárlos estaba sumido en cama, víctima de una afeccion pulmonar, y en su rostro estaban impresas las huellas del sufrimiento, con una demacracion espantosa.

Elisa, cosiendo precipitadamente y con un niño en brazos, estaba sentada á los piés de la cama.

Raimundo, sentado igualmente, á la cabecera, apoyada su cabeza entre sus manos.

Un silencio sepulcral reinaba en la estancia.

Solo se oia la pesada y fatigosa respiracion del enfermo, y el ligero ruido que produce el choque del dedal y la aguja, seguido del paso del hilo por una tela algo ordinaria y gruesa.

Una tos apagada y seca interrumpia aquel silencio algunas veces, y hacia de cuando en cuando parar de coser á Elisa, y levantar la cabeza al anciano para mirar á Cárlos, que despues de toser suspiraba con tristeza, y volvía á quedar en la postracion más completa.

Cárlos, pues, estaba enfermo, muy enfermo.

Elisa no se hallaba allí de visita como en otras ocasiones.

Oprimidas ambas familias por la escasez de recursos, y faltó Cárlos de una persona activa é interesada que le cuidase, resolvieron vivir juntos, encargarse Elisa del gobierno de la casa y despedir al muchacho que les servía.

De esta suerte podían pasar con más desahogo, gracias á los ahorros que tenía hechos Cárlos, á una reducida pensión que Raimundo cobraba, aunque con mucho atraso y descuentos, y á lo que la pobre Elisa ganaba trabajando en los ratos que las faenas de la casa se lo permitían, pudiendo por este medio atender con más esmero á la penosa y mortal enfermedad del desventurado Cárlos.

Esto, en cuanto á la situación material de estas familias, reunidas ahora en una.

En cuanto á la situación moral, la enfermedad de Cárlos lo indicaba.

Contrariado por tantos y tantos disgustos, y

agobiado por el sufrimiento continuo, habia concluido por contraer una grave afeccion al pecho desde el mismo dia que Elvira se trasladó de su quinta á Madrid, y desde el que no habia vuelto á saber nada absolutamente, creyéndola ya casada con Arturo, segun habia indicado la mujer aquella que habló con él, y le dió razon de cuanto sucedia.

Con respecto á Elisa, las muestras indelebles del insomnio estaban cada vez más marcadas en su semblante, cubierto de una palidez mortal.

El anciano que padecia con los dos participando de ambas penas, se le veia demacrado, con los ojos hundidos, representando más edad y mucho más encorvado que hasta entonces se le habia visto.

Todos, en fin, padecian; todos sufrían, todos eran desgraciados, todos eran dignos de llamar la atencion despertando el interés de quien les iba á visitar y del cual no se podia dudar que les llevaria el consuelo, la resignacion y la esperanza, circunstancias que generalmente acompañan

al sacerdote verdaderamente evangélico, cuando, cumpliendo con su mision santa, ejerce la caridad visitando á los que sufren.

El sacerdote entró, y el anciano lo condujo á la sala en que pintaba Cárlos, y que nuestros lectores conocen ya.

La conferencia duró largo rato, al cabo del cual pasaron á la habitacion en que habian quedado Cárlos y Elisa.

Aquel estaba sumido en un pesado letargo, y por lo tanto, el sacerdote no le pudo hablar, dirigiendo en cambio palabras de consuelo á Elisa, que, creyendo que aquella visita tendria por objeto el confesar á Cárlos por estar este muy grave, lloraba desconsoladamente.

El buen sacerdote procuró tranquilizarla, y al despedirse dijo al anciano, apretándole cordialmente la mano:

—Yo veré al padre de Elvira y á ese Arturo, y veremos si podremos arreglar los dos asuntos. Lo que importa ahora ante todo es salvar la vida de vuestro ahijado.

Cuando Raimundo volvió al lado de Elisa,

esta le salió al encuentro anegada en lágrimas, y le interrogó con febril interés:

—¿Peligra la vida de Cárlos? ¿qué sucede? ¿Por qué ha venido ese sacerdote? ¿Ha ordenado el médico que le sacramenten? Decid, hablad.....

El anciano, como poseido de una viva satisfacción, pero comprimida esta por un pesar cuya causa revelaba mirando tristemente la cama de Cárlos, contestó tranquilizando á Elisa:

—No, no ha venido á confesar á Cárlos, como tú crees sin duda. Ha venido.....

—¿Á qué?—interrumpió vivamente Elisa.

—Á..... verme á mí.

—¡Oh! no, eso no es cierto. Primero os he visto triste y sombrío, y ahora advierto en vuestros ojos un brillo cual no habia visto hace mucho tiempo. ¡Ah! vos teneis que comunicarme alguna nueva placentera..... ¡Oh! sí..... yo os veo gozar.

—¡Gozar!!... — exclamó melancólicamente Raimundo. —¡Gozar! ¡Cuando veo en el lecho del dolor á mi pobre Cárlos sin esperanza acaso de

salvarle!.... Cuando te veo á ti, llorosa y afligida, besar á ese inocente niño, fruto de un crimen ó de un desvarío que llora á su vez preguntando por su padre!... ¡Gozar! ¡gozar!... ¡Cuántas veces pronuncia el hombre esta palabra sin saber siquiera lo que dice!

—Pero, en medio del dolor que os agobia siempre,—dijo con impaciencia Elisa,—me parece haber sorprendido en vuestros ojos una chispa de alegría que brilló un momento, pero que murió al nacer. ¿Qué sucede? ¿qué nuevas hatraido ese buen padre? ¿qué ha hecho? ¿qué quiere hacer?

—Ha hecho lo que debiera haber hecho hace muchísimo tiempo; lo que yo no hice, por no revelar una accion afrentosa, y por no dar la apariencia de crimen á lo que solo es fruto de una desgracia, de una ligereza, que con harta crueldad ha sido expiado. ¡Oh sociedad, sociedad, qué cruel eres para con los que viven en tu seno!....

—No os comprendo—esclamó confusa.

—Tienes razon, hija mia. ¿Cómo me has de

comprender si estaba hablando conmigo mismo? Pues bien, ese sacerdote ha venido á interesarse por ti, á interesarse por Cárlos, y á hacer, *si es posible*, que cese ya por completo esa angustia que os devora, y esa pena que os aniquila y os mata.

—¡Ha sido tarde! respondió tristemente Elisa:—¡Ojalá hubiera venido antes!

—No es tarde todavía: aún hay tiempo.

—¿Pero Arturo no se ha casado ya?

—No, no se ha casado todavía.

Un rayo de alegría iluminó los ojos de Elisa.

—¡Ah! exclamó radiante de placer y esperanza,—y trata de hacerle volver á mis brazos, restituirle á mi cariño, impedirle que martirice á Cárlos, y que dé nombre, en fin, á esta infeliz criatura?

Y mientras decia, la estrechaba contra sus brazos, inundándola de besos y lágrimas de felicidad.

—Si, si,—continuó besando al niño,—tu padre se arrepentirá del mal que nos ha hecho, y

vendrá á pedirte una sonrisa de perdon por su olvido y su abandono; concediéndote en cambio, á ti, un nombre que te falta hoy, y á mí, el honor de que carezco en la actualidad.

Y, loca de contento, se habia olvidado de Cárlos, para quien tal vez estaban vedados aquellos trasportes de alegría, y del anciano que, de pié, inmóvil y cruzado de brazos, contemplaba aquellos bellos desahogos del alma con lágrimas en los ojos por efecto de la misma alegría por una parte, y, por otra, del sentimiento, al considerar que ya no podía ser una verdad para el desventurado Cárlos.

—¿Y quién es ese sacerdote?—preguntó con interés aquella.

—El confesor de Elvira:—contestó Raimundo.

—¡¡Elvira!!....—esclamó Elisa.

Y una nube de melancolía se difundió por toda ella.

—Sí, de Elvira,—volvió á decir Raimundo.

—¡Oh! ¡me hace tanto daño ese nombre!

—¿Por qué te hace daño?

—¿Habeis olvidado la escena que os referí cuando me convení de que Elvira era una perjura, de que Elvira me estaba engañando, estaba vendiendo á Carlos?

—Vé ahí el motivo por qué nunca me he cansado de repetiros á ti y á Carlos que, en cuestiones ó asuntos graves, no vale fiarse de las apariencias; es preciso consultar el fondo, examinar el corazón.

—¿Qué más pruebas, que en mi presencia prometer enlazarse con Arturo en el término de un año, plazo que se abrevió, por cuanto el día que estuvo allí Carlos, se venian á Madrid para hacer los preparativos de boda?

—Y Elvira al prometer enlazarse con Arturo, ¿no puso alguna condicion?

—Sí, puso una.....

—¿Y cuál es esa?

—La dijo en voz baja, por temor sin duda que la oyera yo.

—¿Y no sabes cuál fuera aquella?

—Lo ignoro, á fé mia. Bien que aunque allí hubieran hablado de ello, no lo habria sabido;

porque yo no veia ni oia..... Solo tenia en mi imaginacion una idea de venganza, que me hizo comprender cómo hay hombres, á quienes antes llamaba *desalmados*, que penetran en una casa y asesinan á todos sus habitantes. Yo entonces, débil mujer, á quien una gota de sangre horro-riza, hubiera salido, y un torrente vertida de aquellos infames, me hubiera parecido poco.

—No hubieras hecho más que ser tan injusta y tan criminal como son todos esos infelices que, careciendo de toda nocion de educacion y moral, no creen que hay más razon que la suya ni mas justicia que la de su brazo, que solo obedece á una idea pequeña, mezquina, efímera, criminal. ¿Qué condicion juzgas tú que seria la que Elvira puso á Arturo?

—No sé.....

—Pues era la de estar en un convento durante el tiempo que tarde en enlazarse con Arturo.

—¿Y entró por fin?—preguntó Elisa con un interés que revelaba ya compasion hácia la que tanto odiaba un momento antes.

—Sí; ha entrado en las Salesas, de donde no volverá á salir, si no es para unirse á Cárlos.

—Luego aquella promesa.....

—Aquella promesa fué un estratagema para que la permitieran entrar en el convento, y ya en él desafiara el poder de su amante y de su padre.

—¡Pobre Elvira!!.....

—¿Ves cómo has sido injusta? ¿Ves cómo lo fué Cárlos? ¿Ves cómo lo sois todos los que os guiais por apariencias y acrimináis sin consideración alguna á los pobres que aparecen culpables por vuestros superficiales juicios?

—¡Ah! en verdad, padre mio, que hemos sido injustos..... Pero ¿qué ha dicho ese buen sacerdote, de Arturo?

Iba el anciano á contestar, cuando un estremecimiento de Cárlos les hizo cesar en su plática y acudir á la cama.

XII.

Cárlos había despertado de aquel pesado letargo.

Su mirada vaga, fria, glacial, apenas se fijaba en objeto alguno, y al dirigirle el anciano la palabra para enterarse de su estado, solo contestó con sonidos inarticulados, que avivaron más y más la pena de que estaban poseidos él y Elisa.

Por fin, Cárlos, conociendo sin duda en uno de esos esfuerzos que hace la imaginacion de un enfermo los objetos que le rodeaban, exclamó con una voz ahogada y confusa:

—¡Padre mio!..... ¡Elisa!.... No es verdad que os hago padecer mucho?..... ¡Oh! yo os quisiera mitigar el dolor que sentís por mi estado; pero bien veis que no puedo. No obstante,

creo que mis días están contados, y quisiera haceros un encargo.

Hubo un momento de pausa, durante el cual el enfermo pareció tomar fuerzas mientras aguardaba la contestacion de aquellos á quienes hablaba.

Viendo por fin que esperaba en vano, porque en realidad aquellos no podian contestar, continuó:

—Quisiera que averiguáseis dónde vive Elvira y la llevarais mi postrer adios. El adios de un moribundo no puede inspirar celos al hombre más desconfiado. Arturo, pues, no se incomodará por ello. Decidla que al borde de la tumba, la juzgo y considero inocente, y mas que inocente, mártir. Que su padre nos ha sacrificado á los dos, pero que tambien le perdono, porque estoy seguro que su deseo es plausible, y que, despues de sacrificar su hija al necio interés y al orgullo, se habrá arrepentido, y, si pudiera, desharia lo que hoy es ya completamente imposible.—Tú, Elisa, cuida de este anciano cuanto puedas, sé, en tu precaria situacion,

su sosten y su consuelo, y en tu miseria procura educar bien á tu hijo. La educacion combate los vicios y abre el camino de la virtud, y con ella el de la felicidad, que, como relativa siempre, es mayor, cuanto mayor tranquilidad hay en la conciencia. Procura, pues, que tu hijo no se alucine nunca como has hecho tú: hazle ver lo perjudicial de la sed de oro, y el afan del brillo refulgente; que comprenda que la única riqueza es la virtud y el trabajo, y con estas máximas, inculcando en su jóven corazon estos principios, aun podreis alcanzar horas de paz, ventura y tranquilidad.

Calló un momento, suspiró tristemente, miró con atencion á los dos que le escuchaban con las lágrimas en los ojos, y continuó, dirigiéndose á Elisa:

—No estrañes que un jóven te hable así: todos al borde del sepulcro son viejos y experimentados.

—Y vos, padre mio,—añadió dirigiéndose al anciano,—en cuyos ojos sorprendo una constante y tierna lágrima, tranquilizaos y rogad



al Eterno por mí, por Elvira, por su padre, por Elisa, por Arturo y por su hijo. Yo tambien rogaré por todos, muy en particnlar por vos, padre mio, á quien debo que al morir ponga la mano en mi corazon, y le sienta latir con toda la regularidad de un corazon puro y tranquilo. La muerte no me horroriza; antes por el contrario me halaga. Cuando se pena en el mundo y la conciencia no acusa de nada, ¡es tan bella la idea del descanso, es tan dulce morir!....

No podemos dar una idea del efecto que iban haciendo estas palabras de despedida en el pobre Raimundo y la infeliz Elisa.

Cárlos estaba en un intervalo de lucidez como no habia tenido jamás, y no habia duda, por lo grave que estaba y por la conviccion con que hablaba de la muerte cercana, en su concepto, que aquel momento tan tranquilo y que en otro enfermo hubiera difundido la alegría entre todos sus parientes y amigos, era ese momento prehursor de la muerte, que, á la manera que una luz, al apagarse, brilla de una manera extraordinaria.

El anciano, por fin, se dominó á sí mismo, y con un esfuerzo supremo, exclamó:

—¿Y á qué vienen esas ideas de muerte? Bueno es que tengas la conciencia tranquila, como tú dices, y que no te arredre la muerte: pero tampoco conviene anteponerse á los juicios del Altísimo. El encargo que haces para Elvira es inútil, puesto que Elvira no se ha casado con Arturo ni con nadie.

—¿Qué decís!.....—esclamó Cárlos tratando inútilmente de incorporarse.—Elvira..... no.... ¿no se ha casado?.....

—No; Elvira espera tu restablecimiento para enlazarse contigo.

—¡Ah! pero la obligarán.....

—No, no es posible que la violenten.

—¿Por qué? ¿qué ocurre.....?

—Elvira tiene ahora un defensor formidable, una custodia invencible, una valla inpasable.

—¿Qué poder la defiende?

—Las rejas de un convento.

—¿De un convento!

—Sí, las rejas de las Salesas.

—¡Ah, Elvira monja!.....

—Sí.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!.....

Y ocultó la cabeza entre sus manos.

El anciano continuó tranquilamente:

—Monja solo por el tiempo que tarde en ser tu esposa: entonces resucitará para el mundo para encerrarse en tus brazos. Ya ves, pues, que las circunstancias han cambiado, y que muy lejos de dejarte llevar por esas ideas melancólicas que te asaltan, las has de desechar y has de tratar tan solo de restablecerte cuanto antes, para volar á su lado y librarla de su cautiverio. El padre accede tambien, y todo marcha á pedir de boca.

Durante el relato de Raimundo, los ojos de Carlos habian ido brillando cada vez más; su mirada era viva y penetrante, y hasta la cabeza la mostraba erguida y con fuerza; pero cual la fugaz claridad de la chispa eléctrica, todo desapareció al momento; sus ojos se apagaron, su cabeza volvió á caer sobre su pecho, y exhalando un triste suspiro, murmuró con voz sorda y confusa:

—¡Y no veis, padre mio, que todos esos cambios bonancibles son muestras evidentes de mi cercano fin! Vencer la obstinacion de Arturo; librarse Elvira de aquella tiranía; acceder, en fin, su padre á que yo la llame *mia*, son circunstancias todas que no podian reunirse mas que cuando fuesen ya inútiles, cuando fuera imposible su realizacion, cuando la desgracia hubiera hecho presa en nosotros..... ¡Pobre Elvira! ¡pobre Elvira!.....

Y anegado en llanto, escondió su cabeza entre las almohadas, presa de una febril exaltacion.

Un fuerte golpe de tos dió fin á aquella triste escena, y despues de este momento, cual no lo habia tenido en toda la enfermedad, principió á hinchársele la lengua, y á declarársele la postracion completa y el desfallecimiento general en todos sus miembros.

Quando llegó el médico, declaró su estado grave, y ordenó que al momento se le administraran los sacramentos.

XIII.

Mientras tanto, el confesor de Elvira llegaba á presencia del padre de aquella.

—¿Qué nuevas me traeis, D. Tomás? preguntó Rafael.

—Pocas buenas.

—¿Y eso? ¿Sobre qué?

—Sobre el casamiento de Elvira.

—¿Y qué nuevas son esas?

—Decidme antes: ¿Para qué ha entrado Elvira en el convento?

—Para prepararse con el Señor, y recibir luego dignamente el sacramento del matrimonio.

—¿Y creéis que Elvira podría nunca recibir dignamente ese sacramento del modo que vos lo intentais? ¿Ignorais que Elvira habia de decir en el altar y sobre los Evangelios *quiero por*

marido á Arturo de Creveux, cuando eso no es cierto, cuando mentiria si lo dijera cometiendo un sacrilego perjurio?

—Ella ha prometido....

—Estar encerrada en el claustro como no pueda enlazarse con quien su corazon ha elegido.

—¿Pero no comprendéis que eso es un error que influiria desventajosamente en el nombre de nuestra caza?

—Bien.... lo concedo.... Pero ¿de dónde lo habeis deducido?

—Rafael se quedó parado sin saber qué contestar.

—¿Qué sabeis de uno y otro?—continuó el sacerdote.

—El uno es rico, noble, la quiere en extremo.....

—¿Y el otro?

—Es un pintor.

—¿Y qué mas?

—Pobre, sin nombre, de clase oscura....

—¡Ah obcecacion m undana!—esclamó exasperado el bueno del sacerdote.—Porque es pobre

ya se le dice que no tiene nombre y que es de clase oscura....—Mas, ¡perdonad! Yo vengo aquí á aconsejar, y nada mas. Los informes que debiérais haber tomado vos los he tomado yo, y vengo á esponerlos sucintamente, para que, en vista de ellos, elijais el mejor partido posible para vuestra hija y para vos. Rafael, sin saber qué sucedia y qué habia de particular en aquello, acercó su sillón al de don Tomás, y prestó un oído atento al principio de aquella narracion.

—El año de gracia de 1808,—principió don Tomás,—el pueblo de Zaragoza estaba recordando al mundo las célebres é inmemorables jornadas de Sagunto, convertidos todos los habitantes en soldados que defendian con indecible heroismo á su patria y á su Rey. Un noble de aquella inmortal ciudad recogió un herido enemigo y lo llevó á su casa á curarle, y luego, en premio de aquella generosidad que le hubiera podido costar muy cara, á apercibirse los demás de ello, el enemigo herido trató de sembrar el mal en aquella casa, arrastrando á la virtuosa esposa del

noble hácia el horrible camino del vicio; cosa que evitó con mucho tacto un anciano esclaustrado que habia en la casa, y que, sorprendiendo la trama casi en su principio, pudo hacer arrancar á aquella esposa, infiel por un momento, dolorosas lágrimas del mas firme y verdadero arrepentimiento.

Al llegar aquí, Rafael, que habia ido exaltándose mas y mas á cada palabra del sacerdote, no pudo contenerse por mas tiempo, y exclamó:

—¿De dónde sabeis esa fatal historia que parecia estar oculta á los ojos de todos? ¿Cómo la sabeis vos? ¿De dónde habeis averiguado?...

—Permitidme que continúe,—interrumpió D. Tomás:—Aquel ingrato amigo, producida la discordia en una honrada familia, abandonó poco despues España para venir más tarde á establecerse en Madrid, y como de esto hace veintidos años y él entonces tenia un niño, resulta que aquel francés tiene un hijo de veintidos años, que se llama.....

—Que se llama.....—interrumpió con impaciente ansiedad Rafael:

—Arturo de Creveux—añadió el sacerdote.
 —¡Ah!—esclamó Rafael,—¡ciego de mí! yo queria enlazar mi hija con la familia autora de su horfandad y mi desgracia!..... ¡oh! ¡no, no!..... Os autorizo desde luego para que negueis á ese Arturo el consentimiento para su enlace con Elvira; que digais á ésta, que su padre ha sido un necio en admitir en su casa sin beber antes su sangre á un hombre tal, y que de hoy más no se opondrá nunca al capricho más refinado que pueda tener.

Y rojo de cólera, y centellantes sus ojos por la ira que le embargaba, se levantó furioso y principió á dar precipitados pasos por la sala.

—¡Admitir en mi amistad á la familia de un cobarde!—esclamaba fuera de sí.—¡poner á mi hija en el peligro de que corriera igual suerte que su pobre madre! ¡darle armas en contra mia, en contra de mi pobre Elvira, cuyo noble corazón le repelia instintivamente!.....¡oh! ¡soy un necio!..... La fuerza del averno me empuja á mi pesar, haciéndome beber hasta las heces un cáliz amargo que yo trataba de hacerlo

apurar á otro ser, más digno de lástima que yo!..... ¡Oh!.....

El sacerdote le contemplaba atónito en silencio, y esperaba á que se calmara para proseguir en su relato.

Rafael se detuvo, y exclamó:

—Repito, D. Tomás,—queda deshecha la boda proyectada, y retiro la palabra que di al hijo de aquel seductor.

—No basta eso,—replicó el sacerdote;—si el padre fué malo, si correspondió á un favor con una ingratitud, no es justo que el castigo recaiga en su hijo, por más que las leyes divinas hagan alcanzar aquel hasta la cuarta generacion. Si Arturo es bueno y es honrado, no debe importar nada que su padre no lo fuera.

—¡Oh! ¡no, no!—interrumpió Rafael;—puede Elvira casarse con el pintor ó quien quiera: yo no tengo instinto; yo no tengo corazon, ni tengo cabeza; ni uno ni otra me dictan lo que debo hacer y á quién debo admitir, ó querer, ú odiar. ¡Soy un loco!

—No os desesperéis, y prosigamos. Ya admi-

tis á Cárlos, y aún no sabeis si en él habrá quizás otro inconveniente parecido al otro, ó por el contrario si será digno de que forme parte de vuestra familia,

—Teneis razon: os escucho.

—Patrimonio de los desheredados por la fortuna son las artes: desatendidas por lo general, olvidadas sus escuelas, pervertido el gusto, y miradas aquellas obras con desden, han servido, sin embargo, á grandes hombres de lenitivo en sus pesares, de consuelo en sus infortunios, y de remedio en sus penurias y escaseces. El que posee un arte, no pasa nunca por la desesperada situacion de encontrarse sin comer y tener que mendigar. Pedro el Grande no se avergonzó de ser forjador y enseñar con orgullo una espada hecha por él, como tambien sus zapatos remendados por sí mismo, habiendo ganado un jornal, ni más ni ménos que si hubiera sido un operario cualquiera. Otros muchos han seguido su ejemplo; y Cárlos es uno de ellos. Cárlos es pintor por necesidad: á su talento y sus pinceles debe la vida: sin ellos no hubiera podido sostener á su

madre, y quizás hubiera perecido él tambien; Cárlos, en fin, es noble.

—¡Cómo!—replicó admirado Rafael.

El sacerdote continuó:

—Cuando el francés, intruso en la casa del noble aragonés, abandonó España, el matrimonio aquel, desunido por los lamentables sucesos que habian acaecido, se separó completamente, llevando el padre á una niña que tenia, y dejando á la pobre madre abandonada á su suerte y á su desesperada situacion. Aquel hombre, sin embargo, no vió ni pensó en el estado interesante en que estaba su esposa, y no se cuidó mas de ella, desapareciendo poco despues de Zaragoza, sin volverse á saber de él. Su esposa, acompañada del anciano que la salvó, digamoslo así, del precipicio, se vino á Madrid y dió á luz un niño, hijo de aquel noble aragonés que tan inhumanamente la habia abandonado. El niño se dedicó despues á la pintura, con cuya profesion sostuvo al anciano esclaustrado y á su madre, que tuvo gran cuidado de ocultar siempre á su hijo su origen, para que no se engriera por una parte,

ó sospechára de los motivos por otra. La madre murió despues, y aquel niño, aquel noble y pintor al mismo tiempo, es.... Cárlos. Un noble, pues, y no un oscuro pintor sin nombre ni porvenir, es el que aspira á la mano de Elvira. ¿Se la podreis dar, ahora que conoceis sus antecedentes?

Rafael no contestó.

Á la mitad del relato de D. Tomás, trató de levantarse, pero, faltándole las fuerzas, cayó aniquilado por el dolor, y escondió la cara entre sus manos.

D. Tomás viendo que no contestaba, y estrañándole el estado en que parecia estar Rafael, se levantó, se acercó, y le apartó las manos de la cara.

Rafael estaba llorando.

—¿Á qué conduce esto? ¿Qué tonterías son éstas en un hombre fuerte y enérgico como vos?

—¡D. Tomás, soy muy desgraciado!.....

—Pero ¿qué os pasa? ¿Á qué conduce ese estremo?

—Esas dos historias que habeis contado, uni-

das en una, es la mia. Ese noble aragonés que trató de ser engañado por el francés, que abandonó inhumanamente á su esposa; el padre, en fin, de Carlos..... soy yo.

Un rayo que hubiera aniquilado al sacerdote no le hubiera causado quizás el efecto que le hizo semejante revelacion.

Nunca hubiera imaginado que fuera él, y por eso apareció un poco duro en sus calificaciones.

Rafael se tiraba de los cabellos.

D. Tomás no sabia qué contestar.

El asunto se habia complicado de una manera extraordinaria, siendo imposible completamente su arreglo.

Aquellos amores fomentados con la sistemática oposicion eran ilícitos; no podian continuar; el destino venia definitivamente á cortarlos, separándolos para siempre.

Esto es lo primero que le ocurrió á don Tomás.

Rafael, mientras tanto, pensaba que con su mal proceder habia perdido á su hijo, aun antes

de encontrarlo, porque conocia las fatales consecuencias que podria producir un reconocimiento imprevisto, y á su hija, que ya no queria abandonar el claustro, viéndose condenado á la soledad y á estar siempre frente á frente con su conciencia.

Por fin Rafael rompió el silencio, y exclamó:

—¡Qué desgraciado soy, D. Tomás! ¿Habeis visto caso igual en vuestra vida? ¿Habeis encontrado nunca un cúmulo de circunstancias como las que me atormentan y me hacen ser el hombre mas infeliz del mundo?

—Verdaderamente que es estraño cuanto sucede: pero tranquilizaos y procuremos atender ahora á remediar, en cuanto sea posible, el mal que haya hecho.

—¿Y qué hacer?

—Lo primero es atender á vuestro hijo que se halla enfermo de alguna gravedad, y lo segundo, prevenir á Elvira de suerte que no se avergüenze de su incestuoso amor, y pueda volver á vuestro lado.

—¡Oh! sí, sí; disponedlo como vos querais.

Ojalá que hubiérais sabido lo que pasaba, y se hubiera conocido lo que hoy, antes de entrar Elvira en el convento.

—Pues bien: ya que no es posible retroceder enmendaremos lo posible: yo os ayudaré en cuanto pueda. Ahora os acompañaré á casa de Carlos, y mientras vos le habláis y le reconocéis, yo corro á prevenir á Elvira de que vos desistís de que sea esposa de Arturo, permitiendo que lo sea de Carlos, si éste se restablece de una grave indisposicion que le aqueja.

—Corramos, pues; no perdamos un instante. ¡En qué momento, Dios mio, encuentro á mi hijo! ¡Cuando va á morir y he enterrado á mi hija en un claustro! ¡Solo! ¡Solo!.....

Y golpeándose la frente por la desesperacion que le cegaba, salió, acompañado de D. Tomás.

Ambos se dirigieron á casa de Carlos.



XIV.

La escena que pasó en casa de Cárlos entre éste, su padre y Raimundo, es imposible describirla.

El remordimiento, el sobresalto, la alegría, el sentimiento, el placer, el sinsabor y cuantos elementos contrarios pueden imaginarse, todo se reunió allí para amargar mas la situacion de aquellos personajes.

D. Tomás dejó á Rafael á la puerta de la casa de Raimundo, y se fué al convento á prevenir á Elvira.

Rafael entró.

Raimundo fué el primero que se le presentó.

Al verle el anciano, sorprendido por un recuerdo que aquella fisonomía le evocaba, retrocedió un paso, y se quedó mirándole fijamente.

Rafael, que no tenía que evocar recuerdo alguno, puesto que ya sabía á quién iba á ver, se dirigió á él y se arrojó en sus brazos.

—¡Rafaell!.....

—¡Padre Raimundo!..... exclamaron los dos respectivamente, confundiéndose en un estrecho abrazo, y mezclando gruesas lágrimas que se escapaban de aquellos ojos tan cansados de ver infortunios.

Lo que pasó por sus imaginaciones en aquel momento, no es posible explicarlo. Un período de veinticinco años se desarrolló instantáneamente á su vista, y vieron pasar uno á uno todos los hechos, todos los sucesos, todos los sinsabores, todas las desgracias, todos los disgustos y contratiempos experimentados en aquel tiempo, en que, separados, el destino les iba empujando por una pendiente escabrosa para estrellarse al fin en un encuentro fatal, cuando ya no hubiera medios de contener la fuerza impulsiva del rápido descenso.

—¡Tú por aquí, Rafael!—esclamó por fin el anciano haciendo un violento esfuerzo.

—Sí, padre Raimundo, yo por aquí, al cabo de tanto tiempo, cuando ya quizás no haya remedio, cuando he perdido á mi hijo.

—Luego sabéis....

—Sí; de todo estoy enterado; sé que Cárlos es mi hijo, que está en peligro su vida, y quiero verle, quiero abrazarle, quiero que me llame *padre*.....

—¡Oh! ¿Y por qué no has dado este paso antes? ¿Por qué no ha de haber permitido el cielo que hubiérais llegado con más oportunidad? Todo entonces se hubiera remediado quizás..... ¡Pero hoy es tarde!.... ¡Dios mio! ¡Dios mio!....

—¿Y qué hubiera podido hacer antes? ¿Qué puedo hacer ahora?

—Ahora..... nada: antes..... mucho.

—Se intentará ahora: decid.

—Es imposible, es tarde. Con que hubieras reconocido á Cárlos, con que le hubieras dado tu nombre, con que se hubiera podido presentar con la cabeza erguida, no como un oscuro pintor sin origen ni familia, sino como un noble, se hubiera evitado que le negaran la mano de la mujer

á quien ama, y cuyo amor, contrariado hasta el extremo por un ridículo padre, de necias pretensiones, ha originado la mortal enfermedad que le ha llevado al sepulcro.

—¡Ah Raimundo! ¡Cuán desgraciado he nacido! Yo soy quien llevo á la tumba á mi hijo; yo soy ese padre ridículo, yo soy el necio que escupia mi sangre, sin sentir los latidos que por afinidad daba el corazón.

—¡Cómo! ¡Tú el padre de Elvira! ¡Tú quien ha envilecido al pobre pintor!.... ¡Vamos! ¡Vamos!.... ¡Tú deliras!.... ¡Eso no puede ser cierto!... ¡Tú!.... no, no, no. ¡Es imposible!

—Imposible parece, pero es una realidad.

—¡El padre de Elvira!.....

—Esa Elvira es Rafaelita, á quien hice cambiar de nombre, como cambié también mis títulos y posesiones.....

—¡Insensato!....

El anciano no pudo continuar, y cayó desplomado en un sillón.

Rafael hizo lo mismo, cubriéndose el semblante para que no saliera á él el rubor que le

causaba la idea de haber avergonzado y menospreciado á su mismo hijo por el solo delito de que por combatir la pobreza se habia acogido á la noble profesion de un arte, que, muy lejos de envilecerle, le elevaba y le engrandecia.

—Pero mi hijo..... preguntó Rafael con ansiedad,—quiero verle.....

—Es inútil,—contestó con desfallecimiento Raimundo,—la situacion en que está no es la más conveniente para que le veas.

—Pero, no importa: yo quiero verle, quiero abrazarle, quiero darle el último adios, si es que desgraciadamente está en tan triste situacion.

—Sí, Rafael: doloroso es decirlo, pero le quedan ya muy cortos instantes de vida, y no es conveniente que le veas: tu presencia, tus palabras, una frase imprudente, le precipitaria.....

—¡Oh! no, no,—interrumpió Rafael:—me contendré; no le revelaré que soy su padre; pero quiero abrazarle. ¡Ah!.....

Y el pobre Rafael se tiraba de los cabellos, desesperado por creerse autor de tanta desgracia.

Raimundo seguía sin fuerzas para levantarse del sillón en que había caído aniquilado por tan continuo sufrimiento.

Grandes sollozos de Elisa anunciaron á nuestros dos personajes la proximidad de una desgracia fatal, y se dirigieron á la sala del moribundo.

Un sacerdote estaba á la cabecera de éste.

Elisa se había retirado.

El médico acababa de llegar en aquel momento, y había prevenido el próximo fin de aquel malogrado jóven.

Rafael se arrojó desesperado sobre la cama, y principió á besar con insistencia aquel inanimado cuerpo.

El médico y el sacerdote trataron de separarle y hacerle alejar de aquel punto.

—¡Hijo mio!—esclamaba Rafael sin cesar de besarle.

Raimundo, arrodillado al lado de la cama, cubría de lágrimas la mano de Cárlos, que había cogido entre las suyas.

Todos los esfuerzos que hacían por separarles, eran inútiles.

Como enclavados en aquel sitio, daban rienda suelta á su dolor, y á su desesperacion.

No bastaban las reflexiones que el sacerdote les hacia en nombre de la religion: sus atribulados ánimos no podian reflexionar, y no comprendian en aquel momento la esperanza ni el consuelo que la Religion derrama sobre los abatidos espíritus.

El enfermo, por fin, despues de una prolongada postracion, se revolvió un momento, abrió desmesuradamente los ojos, miró á todos lados, sin lograr quizás ver nada; y exclamó con voz ahogada y confusa:

—¡Padre!..... ¡Elisa!..... ¡Arturo!..... ¡Elvira!.... ¡Elvira!....

Estas fueron sus últimas palabras, que simbolizaban toda la historia de su vida, por decirlo así.

—¡Hijo mio!—volvió á exclamar Rafael.

Cárlos no contestó.

Tras un estridente suspiro, cerró los ojos, para no volverlos á abrir.

EPÍLOGO.

El cúmulo de desaciertos, arbitrariedades y sinrazones habian producido su efecto.

Cárlos habia bajado al sepulcro, legando á su padre un peso de que no podria librarse mientras viviera.

La palabra *venganza* zumbaba en sus oidos como un roedor tormento, y comprendió, aunque tarde, que nunca puede producir buen resultado al que en su corazon abriga tan bajos sentimientos y tan pobres y mezquinos deseos.

Elvira, por su parte, abismada por el dolor que le habia ocasionado el suceso, que al fin llegó á su conocimiento, se congratulaba, no obstante, por su feliz ocurrencia de acogerse á la defensa que el claustro le ofrecia contra las exi-

gencias de un mundo egoísta que hace abstracción del corazón, le relega al olvido, y se ocupa tan solo de la cabeza y de los cálculos que ésta hace, en un siglo en que el espíritu, el alma, el sentimiento yace sepultado por el prosaico materialismo.

Avergonzada de haber alimentado una pasión incestuosa, aunque sin culpa ni conocimiento, se decidió á cumplir el voto que habia hecho de permanecer en el convento mientras no se pudiera unir con Carlos.

Este habia muerto, y aunque tal no hubiera sucedido, no podia tampoco realizar su sueño por las poderosas razones que mediaban, encontrándose por lo tanto en ambos casos en la precisión de realizar lo que á sí misma se habia ofrecido y habia ofrecido tambien á Dios.

En vano Rafael y Raimundo la rogaron con insistencia que saliera al mundo de nuevo para consolar á su dolorido padre: manifestó lo imposible que la seria vivir en la atmósfera infeccionada de la sociedad, y pidió como única gracia, en premio de tanto sufrimiento y amargura, le

que la dejaran descansar en aquella solitaria mansion para rogar al Eterno por todos los que habian intervenido en aquella dolorosa historia.

Fué fuerza acceder, y Rafael y Raimundo quedaron solos: el primero luchando con su conciencia; el segundo, con el peso de los años que le empujaban rápidamente hácia el sepulcro, donde pronto encontró el descanso eterno.

Con todos estos inesperados sucesos, vió Arturo, por fin, lo imposible de realizar sus aspiraciones, y, conmovido ante el desgarrador espectáculo que aquella familia ofrecia, halagado por el perdon que Rafael le habia dado para él y su padre, por las desgracias que uno y otro habian ocasionado, seducido por la bondad de Elvira que, muy lejos de guardarle rencor, le perdonaba tambien á condicion de que se uniera á la buena cuanto desgraciada Elisa, entre cuyos brazos podia encontrar todavía la felicidad de que ya desesperaba, convino en cumplir aquella deuda sagrada, devolviendo á la pobre Elisa su honor, en cambio del cariño que aún le guardaba, á pesar de su mal proceder, y

dando á la vez á su inocente hijo un nombre que le pusiera á salvo de los precipicios que encuentra el mísero en el inmenso erial de la vida.

De esta suerte, pues, llegaron á convencerse todos que es inútil caminar contra la voluntad de quien señaló órbitas á los planetas y límites al mar, y que los que intentan faltar á sus preceptos y á su justa ley, tarde ó temprano encuentran el premio á su proceder.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA.	5
PRÓLOGO I.	7
II.	21
CAPÍTULO I.	39
II.	54
III.	63
IV.	89
V.	106
VI.	124
VII.	143
VIII.	163
IX.	178
X.	189
XI.	209
XII.	223
XIII.	230
XIV.	242
EPÍLOGO.	249

FÉ DE ERRATAS.

Pág.	Lín.	DICE.	DEBE DECIR.
8	19	carácter español, no era	carácter español no era
22	7	Elvira	Rafaelita
30	3	infeliz de Rafael	infeliz Rafael
30	14	más á ese hombre	mas á ese hombre
30	16	una casada	una buena casada
31	1	venian.	venia
34	8	edificar.	edificar!
36	7	pendiente en	pendiente de
39	2	tranquila,	tranquila;
39	6	había producido	habia ocasionado
43	21	les veía	las veía
48	11	esposa.	esposa?
49	15	hubistes	hubiste
67	5	digno	dignas
87	3	resistiéndose	resintiéndose
90	22	Norte	Sur
92	17	era sólo su compañero	era su solo compañero
97	8	Norte	Sur
129	1	olvidarla cosa que	olvidarla, cosa que
174	3	llamaba	llama

Pág.	Lín.	DICE.	DEBE DECIR.
174	14	había	habría
183	18	melandólico	melancólico.
183	7	los que	lo que
194	10	y seveia	y se veía
196	9	hacerlo á Arturo	hacerle á Arturo
196	9	hacermelo yo	hacerme yo
197	22	invitacion	invocacion
200	22	replico Elvira, que sí,—	replico Elvira—que sí,
202	18	engañado,	engañado!
206	6	Solo Carlos y Elisa per-	Carlos y Elisa conti-
		manecian	nuaban
206	7	pasion;	pasion:
206	18	enlace de Arturo	enlace con Arturo.
207	12	su honor,	su honor;
211	1	y rogar	y á rogar
211	3	si noeran	si no eran
39	—	que Elvira	en que Elvira
60	—	un estratagema	una estratagema
114	—	prehursor	precursor
226	21		



Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y de provincias, al precio de 8 y 10 rs. respectivamente.

También se puede pedir directamente al autor, acompañando el importe, en carta dirigida á don Enrique Domenech, Redaccion de *La Democracia*.

que pidan diez ó más ejemplares se les hará la comisión.

1891
1891

